FRANCISCO CASTRO

# Tantos años de silencio

Traducción de Raquel Ferrón Martínez

Rayo verde
editorial

FRANCISCO CASTRO

# Tantos años de silencio

Traducción de Raquel Ferrón Martínez

Rayo verde
editorial

**Tantos años de silencio**

**Colección Rayos globulares**

**(36)**

**FRANCISCO CASTRO**

# Tantos años de silencio

**Traducción de Raquel Ferrón**

Rayo verde
editorial

*Para Mónica Vázquez Alonso,*

*que impulsó esta novela*

*desde la ilusión.*

*Como haces siempre todo.*

«La historia se detuvo en 1936».

Carta de George Orwell a Arthur Koestler

«Al lector se le llenaron de pronto los ojos de lágrimas,

y una voz cariñosa le susurró al oído:

—¿Por qué llorar, si todo

en este libro es de mentira?

Y él respondió:

—Lo sé;

pero lo que yo siento es de verdad».

«La verdad de la mentira», Nada grave, Ángel González

«Quiero escarbar la tierra con los dientes,

quiero apartar la tierra parte a parte

a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte

y besarte la noble calavera

y desamordazarte y regresarte».

«Elegía», El rayo que no cesa, Miguel Hernández

«—Escapemos…

—¿De qué vamos a vivir?

—De amor. Escápate conmigo».

*Slumdog Millionaire*

«Cuando acabes tu trabajo, lávate las manos y coge el libro que has pedido en la biblioteca. Busca un sitio tranquilo y lee. Recordarás siempre con placer esos ratos.

Guarda luego el libro cuidadosamente hasta que puedas volver a seguir leyendo. Procura que, al devolver el libro, ya leído, esté tan limpio como cuando te lo entregaron.

¡Buena idea se tendrá de un pueblo donde los libros se leen mucho y se conservan limpios y cuidados!».

Patronato de Misiones Pedagógicas (1931-1936)

# 1

*Febrero de 2006*

La mujer apareció cinco metros a la derecha, según miramos hacia el norte, y no en la misma fosa que los demás. Ella no estaba en la fosa, digamos, la grande, la que tenía tantos huesos ya etiquetados, marcados todos con aquellos pequeños papeles adhesivos, cada uno con su número, 1, 2, 3..., dígitos que aspiran a ser un significado, un nombre, un origen, una familia, recuerdos, memoria e identidad.

La Asociación por la Memoria Histórica de Flavia llevaba quince días haciendo eso: etiquetar huesos. Dos semanas sacando del suelo kilos de tierra mezclada con fragmentos de lo que una vez fue el sustento de un cuerpo, gente, personas que sintieron, que amaron y que odiaron, que durmieron, que respiraron, que cantaron. Que padecieron.

Todos habían muerto más o menos igual. Fusilados en su gran mayoría sin formación de causa, o sea, porque les apeteció a sus verdugos, que, además, estaban amparados por aquellos dos bandos de guerra, del 17 y el 28 de julio de 1936, que permitían que cualquier atrocidad no constase y que la locura se aplicase a voluntad. Aunque fusilados no es la palabra, porque la mayor parte de ellos murieron porque les metieron un tiro en la cabeza.

Había por lo menos seis cráneos perforados por disparo de bala en la frente. El mismo tamaño de orificio en esa media docena. Un agujero limpio. Redondo. Perfectamente circular. Casi hermoso en su geometría si no fuese porque sirvió para lo que sirvió: quitarle la

vida a un ser humano.

Solo uno de los cadáveres conservaba el cráneo en perfecto estado, es decir, que no se lo habían perforado como a los otros. El doctor Aboi, el forense que trabajaba en esta exhumación, concluiría días después que aquel cráneo pertenecía a unos huesos que, a su vez, habían aparecido con otras marcas de bala. Concretamente, sentenció con su sabiduría fría de galeno, había un peroné perforado y varias costillas astilladas por varios impactos de bala, o sea, lesiones causadas por muerte traumática, por decirlo en estilo formal y con la asepsia de formol semántico que se le supone a la ciencia incluso delante de casos tan poco asépticos.

Todos confiaban en que, a pesar de la confusión en la que aquellos cuerpos habían sido entregados a la eternidad de la tierra, depositados o arrojados allí de cualquier manera y en la mezcla segura de los huesos una vez desaparecida la carne, el ADN sería una herramienta poderosa que permitiría separar unos muertos de otros, y así establecer perfiles genéticos identificados y claros para discriminar unos asesinatos de otros, unos olvidados de otros, para más o menos recomponerlos y, si hay suerte, identificarlos con precisión gracias a los familiares que esperan desde hace tanto tiempo, abatidos, invisibles. En silencio.

La mujer sí apareció, en otro sitio diferente y cuando ya nadie se lo esperaba. Había sido la directora de la exhumación, Anxela, quien había insistido. Quiero que perforemos también ahí y ahí, y señaló con la cuchilla que usaba para excavar delicadamente en la tierra, señaló rígida como una zahorí entrenada en el arte aguzado e inquietante de encontrar restos humanos, aunque no lo era, no lo era para nada, era su primera excavación, así que fue suerte, coincidencia, casualidad. Las personas trascendentes dirían: el destino. Otras, con tendencias poéticas, matizarían: no, el esqueleto estaba esperándola, pacientemente esperaba su turno, esperaba a que aquella persona dijese perforad ahí, porque ahí vais a encontrar

un esqueleto de otra muerta de la Guerra Civil.

La mujer apareció cinco metros más allá que el resto de lo que quedaba de los otros cadáveres y fuera de la zona delimitada donde siempre se había pensado que estaba la fosa común, como más tarde se confirmó. No fue difícil, ya que los más ancianos del lugar recordaban dónde habían tenido lugar las ejecuciones, en qué lugar del pazo exactamente los habían matado, en qué parte del jardín del pazo de aquella tierra, de aquel país, de aquel planeta, de aquel momento histórico se había cometido aquella barbaridad, aquello de dispararle en la cabeza uno por uno a aquellos hombres que allí estuvieron detenidos en agosto de 1936. No quedaban muchos que pudiesen atestiguarlo con claridad y, sobre todo, no había muchos con la valentía suficiente para poner en palabras lo que eran capaces de recordar.

El silencio puede llegar a ser una costumbre. Y la costumbre, al final, se vuelve silencio.

Impulsadas por la Asociación por la Memoria Histórica de Flavia, las abuelas se atrevieron a entrar en aquel pazo para señalar con el dedo. Es aquí, en esta pared, enfrente de la capilla de Nosa Señora da Guía, allí fue donde los pusieron de rodillas para matarlos, que yo bien que me acuerdo aunque en aquel momento era todavía una niña, dijo Amparo tapando con las manos los ojos para que no la viesen llorar, aunque aquellos ojos eran mares, y yo era una niña de nueve años y vi matar ahí a mi padre y a mis dos tíos, que eran del PCE. Me cago en la madre que parió a aquellos cabrones asesinos que tan gorda la montaron aquí, hijos de puta, ojalá se les pudra el alma, hacedme ya las pruebas de ADN, con todos los restos, con todos, quiero llevarme a casa los huesos de mi padre que me faltó en vida, los de mi tío, quiero todo lo que quede, aunque solo sea una muela, medio diente, me da igual, sí, los mataron justo ahí, pude ver cómo les perforaban la cabeza, puestos de rodillas ahí mismo, y muertos de miedo.

Setenta años esperando a que alguien les haga justicia y les arranque de dentro del pecho, pegada al esternón durante una vida completa, aquella angustia de no tener los restos de los familiares para darles camposanto u ofrecer velorio.

La mujer estaba cinco metros más allá, casi donde empieza el césped de la piscina.

Los voluntarios de la asociación trabajan a destajo, juntos y concentrados para aprovechar bien el tiempo en busca del tesoro, rebuscando en la tierra como quien recoge castañas en un día feliz de otoño.

Había sido un calvario conseguir que la ley fuese eso, ley, y que un tribunal, concretamente el Superior de Justicia de Galicia, obligase al dueño a permitir las catas en busca de posibles restos.

Argumentó el propietario que aquello era propiedad privada.

Y llevaba razón.

Pero los muertos, desde las profundidades de su olvido de tierra y años, los muertos ejecutados sin juicio, los condenados sin defensa, los olvidados sin losa que abrigue sus nombres, los enterrados sin lápida alguna, los acribillados a tiros por los camisas azules, guardias civiles o simples perros hambrientos de sangre de venganza, gritaron más fuerte y dijeron: sacadnos, estamos aquí.

Y llevaban más razón que nadie.

Ella estaba allí, llamando, reclamando atención.

Su calavera asomaba de la tierra que le aliviaron por encima.

Donde antes había pensamiento, toneladas de tierra.

Donde antes había una nariz que olió las flores, las pieles, quizás el aire salado de las algas y del mar, que no está muy lejos de aquí, toneladas de tierra.

Entre los dientes, ocupando el lugar de una lengua que probablemente saboreó piel amada y fue vida, tierra.

Y entre los brazos, un libro.

Sabemos que no habla, pero es como si dijese: sacadme, tengo una historia importante que contar.

# 2

*Finales de agosto de 1936*

Vila Flavia es el pazo del médico Emilio Varela. Los que lo conocen sueñan con volver a visitarlo. Los que nunca entraron, se imaginan las maravillas que allí dentro habitan. Unos, por lo que vivieron. Otros, por lo que escucharon. Y todos llevan razón.

Unos y otros hacen bien en practicar tales recuerdos o imaginaciones: la fama del pazo es grande desde los tiempos del padre del actual propietario. Don Javier Varela Mosquera, diputado en Madrid, lo había comprado y levantado desde las ruinas y el abandono de siglos para convertirlo en el lugar inigualable que era ahora, con aquellas paredes muestra de señorío; con el palomar en lo alto, señal de distinción; con la capilla, coqueta pero rotunda, como corresponde a la gloria de Nuestro Señor, señal de devoción. De sus manos pasó a las del médico don Emilio Varela, eminencia científica desde muy joven, hombre inquieto en todas las artes y culturas que en esta España se practican y conocen y, sobre todo, hombre generoso que lleva años poniendo su dinero al servicio de la gente más humilde, dándoles pan, casa y escuela.

Vila Flavia era un sueño. Un destino. Un deseo. En Vila Flavia todo es posible, decían los más poéticos. Los bailes de Vila Flavia son los más grandes de España o, si no lo son, casi lo son, comentaban los más frívolos. En Vila Flavia los criados de servir presumen de su categoría y fortuna por trabajar entre aquellos muros y para aquel patrón. Las monjas del monasterio de Veleiro, apenas a un kilómetro monte arriba y, en la práctica, lugar mantenido por el dinero del doctor Varela, dicen que entrar allí es como hacerlo en una especie de antesala del paraíso, con aquella capilla dedicada a

Nosa Señora da Guía, protectora de los marineros, tan limpita, siempre rodeada del aroma y el color de las camelias que crecen en aquel lugar vegetal, alocado y generoso. El laberinto de boj francés que hay en su interior, las cuatro fuentes que nacen puras y cristalinas aquí y allá, el jardín botánico que en su día don Javier mandó hacer con lo mejor de las plantas y árboles de todo el mundo, el lago artificial para los cisnes, la casa de planta haciendo un perfecto ángulo recto, la capilla, la balconada, la solana orientada hacia el mediodía..., todos esos elementos permiten afirmar que todo es luz en Vila Flavia.

Una pena que, desde hace unas semanas, allí solo habite la muerte.

—Aquí no podremos sobrevivir.

—Pero debemos sobrevivir y aferrarnos a la vida.

—Pero esto es como una cueva. Y en las cuevas viven los animales, no las personas.

Él la miró fijamente con la dulzura con la que acostumbraba a mirarla desde que era una niña y comprendió que estaba unido para siempre a aquellos ojos, a aquellos pechos, a aquella mujer infinita.

—Nosotros no somos animales, no somos ratas, aunque ahora estemos en esta madriguera. ¿Y sabes por qué?

—Dímelo, amor.

—Porque nosotros soñamos y amamos. Y los animales no hacen eso. Animales son esos que están ahí fuera. Esos que no sueñan.

# 3

Hubo un tiempo en que eran personas, seres humanos, gente. Incluso hubo un tiempo en que estaban vivos. Ya no lo son. Ya no lo están. Son espectros. Son muertos con un corazón que todavía late, pero ya no son humanos. Basta con asomarse al abismo de sus ojos para saber que ya no son hombres. Que son otra cosa. Allí dentro solo habita el miedo. Son miedo. No es que lo tengan. Son. Miedo en ojos medio cerrados convertidos en hollejos informes por los moratones y que por suerte no les permiten ver esa realidad pesada y oscura, pesadísima como bloque de granito insoportable sobre aquellas espaldas rotas. Miedo en las caras, que intentan no expresar, no dar a entender, no manifestarse. Es la mejor actitud si se quiere seguir vivo. Tragar. Aceptar. Obedecer. La Falange tiene muy mala hostia, había dicho ayer mismo el cura cuando les hizo entrar en la capilla de Nosa Señora da Guía, allí, en Vila Flavia, donde los habían encerrado como cerdos en la cochiquera antes de San Martín.

—La Falange tiene muy mala hostia. —Sí, eso mismo dijo desde aquel púlpito improvisado con cajas de madera amontonadas de cualquier manera unas junto a las otras, para después añadir—: No me provoquéis, porque Cristo está con la Falange y la Falange con Cristo. —Se detuvo a pensar, buscaba las palabras por las alturas celestiales y no le salían, sonrió, ya las había encontrado—. Se puede decir que las hostias son —pequeña pausa, teatral, sonrió más ampliamente, le salió una voz aguda y ridícula, claramente de burla— divinas.

Se pudieron oír las risas por la ocurrencia, concretamente las carcajadas de los cinco guardias civiles que custodiaban a los poco más de veinticinco presos que, arrodillados, soportaron la misa y los insultos, como ayer y anteayer y antes de anteayer. Parece que

llevan siglos allí encerrados, soportando todo eso así, sin permitirle a la cara que exprese nada. También rieron, perfectamente al unísono con los guardias civiles, los cuatro falangistas que a la derecha y a la izquierda del cura festejaban con aquellas risotadas no se sabe si la conexión de Cristo con su causa, de la que hablaba el sacerdote, o con el mismísimo demonio. En cualquier caso, los presos miraban al suelo. Ya fuese por la divinidad, por la Falange o por la Guardia Civil.

—¿No os hace gracia el chiste, cabrones? —Y dijo después, más bajo, dirigiéndose a los falangistas que lo escuchaban—: Estos rojos no tienen sentido del humor.

La alocución había sido casi la misma que la de ayer.

—Estamos limpiando España de rojos y de separatistas. Sois la escoria de nuestra sociedad. A algunos ya los hemos paseado. A otros, lo haremos pronto. No a todos, claro. No somos asesinos como vosotros. Solo a quien se lo merezca y a quien haya cometido crímenes realmente graves. Solo a los rebeldes. Así que, si tenéis suerte, puede que salvéis la vida mientras estéis aquí confinados antes de llevaros al Lazareto de San Simón, ya veréis qué bonita isla, allí en medio de la ría de Vigo. En fin, ya se verá lo que pasa con vosotros, pues todos para allí no iréis. Pero no tengáis miedo. No temáis a la muerte. Os confieso antes y el Señor, que es misericordioso, os perdonará vuestras atrocidades, que no son pocas. Porque no sois buenos católicos, porque gracias a vuestras ideas de independencia la patria estaba en peligro y menos mal que se pusieron al frente los generales, porque lo que queréis es que España se desmiembre, que se rompa, que estalle en añicos, grandísimos hijos de la gran puta de Satanás, cabrones, porque queréis la anarquía, que no haya ni ley ni Dios, ¡republicanos de los cojones!

Dicho esto, y siguiendo al cura, todos hicieron brazo en alto el saludo fascista. Todos. Ellos también. Y si no estuviese clavado en la cruz, también lo haría Cristo y lo haría con miedo. Tal era el temor que habitaba, libre y poderoso, en las paredes de aquel pequeño mundo de tinieblas y muerte.

El doctor Emilio Varela, con los ojos fijos, como los demás, en el suelo, para qué levantarlos si en el horizonte tan solo hay alambradas, baja por fin el brazo cuando terminan los vivas —a España y a Franco, tres veces viva para cada uno, seis vivas como seis tiros a pecho descubierto, y un grito final, ¡España, Una, España, Grande, España, Libre!—, se pregunta cuál habrá sido su atrocidad, pues de eso es de lo que habla el cura: de atrocidades. Él las suyas no las conoce, no puede imaginar cuál es su delito, cuál es su conducta terrible para merecer aquel castigo brutal que él y Ana, su hija desaparecida desde hace semanas, desde que la guerra empezó, están sufriendo a manos de estas bestias que los tienen así, sin casi comida, casi sin agua, moribundos.

Vencidos.

# 4

Ya todos se habían ido a casa después de aquella jornada de dieciséis horas hurgando en la tierra cuando Anxela encontró aquel esqueleto tan bien conservado con un libro entre los brazos.

Cuando se moría el día, cuando ya no quedaba aliento, cuando su cuerpo era muy consciente de que iba a rendirse y de que las agujetas iban a ser de escándalo al día siguiente, decidió quedarse a sacar tierra en otros puntos, ya que los demás se marchaban.

Y, entonces, apareció.

Un esqueleto completo más o menos conservado, con más o menos todos los huesos, como si la tierra y la humedad tuviesen miedo a hacer su trabajo paciente de tiempo que erosiona la historia y sus secretos.

Como los demás, la cabeza agujereada en mitad de la frente.

Era una mujer, sin duda, por el tamaño de la pelvis.

Estaba con los brazos entrecruzados sobre el pecho, como tanta gente en los ataúdes, en esa misma postura de descanso.

Perfectamente cruzados.

Y entre las manos y las costillas, algo que parecía un libro.

Un volumen grueso protegido por una tela roja, como de cortina. Transparente y algo agujereada.

Bajó a la fosa, resbalando ligeramente, pero sin perder la verticalidad. Se puso en cuclillas y con dos dedos agarró la muñeca izquierda para separarla lo suficiente como para que hubiese espacio para apartar la tela y sacar el libro.

Después, devolvió el brazo a su posición anterior.

Y de un salto, volvió al mundo de los vivos con un libro en las manos.

*Poemas a Ana. De Ramón Gándara.*

# 5

Lo sabía todo el mundo: que el doctor Emilio Varela no era un rojo ni un rebelde y que los falangistas y los guardias civiles solo detienen a los rojos o a los rebeldes, y que el médico no lo es, que es de familia de bien de toda la vida, hijo de quien es y dueño de un pazo señorial. Además, todos lo saben, a quien se detiene es a la gente del campo que se mete en política, a los albañiles que se meten en política, a los marineros que se meten en política, a los alcaldes que se meten en política, a las mujeres locas que no saben cuál es su lugar en el mundo. Por eso nadie entiende nada, porque el doctor no es un político. O quizás sí lo entienden, como se entienden todas estas cosas tan extrañas que pasan estos días de disparos de unos a otros y en los que no hay mañana en la que no se escuchen ráfagas de fusiles. Ahí mataron a uno, no, ahí mataron a siete u ocho, que los vi yo cómo los subían a la camioneta. Ráfagas como música silente que despierta a la humanidad vencida, fuera de sí, mostrando lo peor de sí misma. Música fúnebre que empieza por la noche, a las dos, las tres de la mañana, cuando se detiene una camioneta en la puerta del pazo y los cívicos entran y pronuncian los nombres de los que van a morir en minutos.

—No cojáis nada —les dicen—, adonde os llevamos nada vais a precisar.

Desde hace bastantes noches las estrellas lloran la misma letanía rutinaria. Llega la camioneta, un hombre de camisa azul pronuncia unos nombres y unos apellidos, y se concreta así la pesadilla que todos han sufrido en algún momento en sus cabezas: que los llaman, que los pronuncian. Y los llamados, los pronunciados —nunca un nombre fue tan propio—, suben a la camioneta después de ser atados espalda con espalda, hombres que no se conocen pero que viven en la solidaridad automática que dan los cautiverios que son

preludios de la muerte, atados espalda con espalda sintiendo el calor del hermano, no del padre, no de la madre, hermanos porque los llevan a morir juntos. Sienten los escalofríos, uno del otro, otro del uno, y atados de pies y manos entran en la camioneta. Les mandan sentarse y agachan las cabezas; es el último momento, la vida se terminó para ellos. Y los demás, sí, los demás celebran que están vivos. Esta vida es miserable. Esta vida es una mierda. Pero estamos vivos. Estamos vivos. Y celebran su suerte, aunque no lo digan. Disfrutan de su fortuna, aunque no se atrevan a decirlo en voz alta. Y todos rezan más o menos la misma oración: Señor, cuando vuelva mañana la camioneta, que se lleven a otro, no a mí. Por favor, Dios bondadoso, que maten a otro.

El doctor está detenido y nadie sabe por qué lo han prendido. Desapareció durante unas semanas y cuando lo trajeron de vuelta lo metieron, o sea, lo tiraron como un saco de patatas podridas, en las cortes de Vila Flavia. Qué humillación, qué disparate, el gran señor del pazo preso en su propia casa, maltratado a golpes como si fuese un vulgar comunista o nacionalista o anarquista o cualquier otra cosa por el estilo, que toda esta gente no sabría explicar qué es nada de eso, pero ya se sabe lo que se dice, que si los detienen y matan es porque hicieron algo. Imposible imaginar qué haría el bueno del médico, porque todos lo recuerdan como un hombre precisamente así, bueno, una buena persona, un buen médico, un hombre bueno que, eso sí, metía en su casa a todocristo, que tenía abiertas sus cocinas para que los pobres del lugar comiesen las mejores tajadas de su despensa, las lonchas de las carnes más preciadas, migas en leche, orujo para beber y alegrar el alma. Igual eso es ser comunista, piensan algunos. Quizás. Quién sabe. A lo mejor es por aquella manía suya de convertir el pazo en un lugar abierto en el que todo el mundo pudiese aprender. Decía eso. En concreto, decía todo el mundo debe aprender, y subrayaba el verbo, y por eso estaba allí aquel cartel —alguien lo arrancó hace unos días— de la Sociedad Recreativa y de Instrucción, una sociedad extraña porque no tenía asociados, todo el pueblo puede venir, todos deben aprender, culturizarse, hacerse mejores. Decía esas cosas. Las decía y el pazo estaba siempre abierto, y allí iban a comer decenas de muertos de hambre rebanadas de pan con mermelada y frutos

dulces, y libros, el doctor les obligaba a irse con un libro en las manos si querían comer, cambiamos el hambre por letras, la incultura por buenas historias; llévate un libro y no olvides leerlo y venir a por más. Ellos también son alimento. Hacía así, extraño y generoso, cada día, y él no les preguntaba, ni él ni Ana, aquella niña dulce que lleva un tiempo desaparecida, quién sabe si estará viva. Los dos, con sus propias manos, llenaban los platos de toda aquella gentuza como si fuesen unos criados más, saciaban el hambre de todos aquellos «desheredados de la historia». Así cuentan que escucharon que les dijeron que parece ser que una vez supuestamente se cree que dijo, con el cura párroco delante, que así se refirió a ellos el doctor y dueño de aquel pazo singular.

Singular por lo que allí pasaba, por lo que allí se decía, por lo que allí se contaba, debatía y soñaba.

Porque, por lo demás, es como todos los de los alrededores. Un pazo muy gallego con su casa do forno para hacer el pan —que el doctor regalaba a quien pedía, sin preguntar—, su vivenda do caseiro —que el doctor convirtió en fogar do pobo, así rezaba el cartel de la puerta, y allí dormía quien quería y precisaba cama—, con sus cortes y fontes y terras de labor.

Allí, en el bajo de las dos plantas del pazo, en aquellos salones que habían conocido zapatos lustrosos en otro tiempo, comían los hambrientos y saciaban su sed mientras Ana, la hija, aquella niña de piel morena —demasiadas horas al aire libre— y cabello oscuro —recuerdo de su pobre madre, también ausente, pero porque la muerte se la llevó hace unos años, y menos mal, piensan algunos, que la pobre mujer no tiene que vivir estos momentos turbios, incomprensibles, suicidas, de esta España loca y asesina—, allí comía toda aquella gente mientras Ana, nunca señorita Ana, como le correspondería, les leía poemas. Sí, eso hacía. Sacaba un libro medio roto, una especie de cuaderno deshilachado y, mientras todos aquellos comían, leía poemas de amor que hablaban de pies que

andaban por las nubes, de mujeres árabes subidas en alfombras, de cielos anaranjados que acariciaban montes como labios, como tierra, como fruta, leía esas cosas, y aquellos pobres, aquellos escapados de todas partes, aquellos mutilados de la vida, dejaban las sopas, dejaban los cuchillos sobre las mesas, quedaban con el vaso de vino a medio beber, suspendido en el aire, admirados por la belleza que salía de aquella boca fascinante.

Sucedían aquellas cosas en aquella casa grande que, si el doctor hubiese sido más inteligente, visto el desarrollo de los acontecimientos, habría conducido de otra manera. Así que sí, seguro que sí, comunista, anarquista o algo, cualquier cosa que a los militares o a los curas o a los de la Falange no les gusta. En cualquier caso: algo peligroso.

Y tanto: el doctor decía que es posible cambiar la sociedad. La cultura y la educación nos harán mejores y más libres a todos. Ese será mi legado al mundo. Y claro, decía eso y la gente de su clase y posición cuchicheaba bajito entre ella. ¿Qué dice este animal? ¿Qué es eso de que ese será su legado? ¿Será que no sabe que la única obligación que tiene un hidalgo como él es hacer más grande su casa y dejar así mayores riquezas a su hija? ¿Qué tonterías dice de un legado? ¿Qué ha dicho antes de las clases populares? ¿A qué viene eso de anunciar su apoyo al Frente Popular, o a los galleguistas, o a todos los que, cómo ha dicho? ¿A todos los que van a cambiar para mejor el mundo? ¿Qué clase de señor es alguien que dice ese tipo de cosas? ¿A qué está jugando?, se preguntan y con razón todos aquellos que todo aquello han escuchado. Que es posible cambiar el mundo, afirmaba. ¿Y para qué habría que cambiarlo? Las cosas están bien como están. Dios en el cielo. Los hombres trabajando. Las mujeres pariendo. Y los señores gobernando. ¿Qué quiere decir que «es posible» cambiar el mundo? Usted se cree que la gente quiere ser liberada, le contestó una vez don Marcos, el cura párroco. Pero la gente —concluyó el sacerdote en el casino escuchándose feliz a sí mismo— lo que quiere es que alguien la guíe, que la manden, que la gobiernen, que piensen por ella, no pensar. Además —prosiguió el señor cura—, ¿acaso no es

usted consciente de que tiene detrás una Historia —lo pronunció así, en mayúsculas—, una Tradición, un Linaje, unas credenciales de Familia e Hidalguía? ¿Va el señor del pazo a tirar todo eso por la borda? No me sea alocado, doctor. No se arriesgue usted, que los tiempos futuros van a ser difíciles.

En aquel pazo el doctor mandó preparar una sala de juegos, pero no de cartas, sino de ajedrez y damas, y un gabinete de lectura, una biblioteca cada año más grande, y abrir la baranda del balcón para que, quien quisiera, pudiese observar desde allí por la noche las estrellas, para lo que, además, había mandado instalar un gran telescopio que habían comprado para él en Berlín.

En el pazo se celebraron, de manera más o menos periódica, obras de teatro abiertas a la gente.

Y jornadas de baile abiertas a la gente.

Y máscaras por carnaval, con su baile también. Para la gente.

Él mismo compuso canciones para el entierro de la sardina. Él, y Ana, claro, siempre Ana con él, colaborando con la misma pasión en aquellas aventuras intelectuales o revolucionarias de su padre. Los dos recitaron poemas. Recitaron durante la celebración de los Juegos Florales Poéticos que se celebraron el año pasado y en los que incluso se permitió concursar en gallego...

Todo para la gente.

Esa gente que ahora grita ¡Franco! ¡Arriba España! ¡Muerte a la República! con los ojos húmedos de pasión patriótica.

—¿Sobreviviremos, amor?

Ahora es él quien hace la pregunta. Y las palabras del hombre resuenan en el techo de cemento, en las paredes de cemento, en el suelo de cemento de aquellos diez metros cuadrados donde la vida insiste, aunque no debería, en seguir adelante. Las palabras viajan de un lado a otro de aquellas paredes que son útero aún seguro, y resuenan a pesar de hablar ellos murmurando, casi sin pronunciar sonidos, casi confiando en que tú, amor, sabes leerme los labios. La noche, además, amplifica los sonidos, por pequeños que sean, hasta convertirlos en trompetas apocalípticas y ruidosas que clamarán a los verdugos de ahí fuera.

—Claro que sobreviviremos, amor —responde ella—. Claro que sí.

# 6

Una epifanía. Eso fue lo que sintió o sufrió. Una epifanía o algo parecido. Eso sintió o sufrió cuando decidió que se iba lejos, que iba a aprovechar la oportunidad que le brindaban desde la asociación para ponerse en pie, que ya bastaba de tantos días metida en cama. Hay una sentencia firme. Orden de alejamiento. No puede acercarse a menos de cien metros de ti. La hay, aunque él siga mandando wasaps diciéndole que no hay sentencias que puedan frenar el amor que siente por ella. Podría sonar como una frase hermosa, pero es un aviso, es una manera de decirle no voy a desaparecer de tu vida, no voy a dejarte en paz, me da igual que la sentencia diga que no puedo acercarme a menos de cien metros de ti, porque yo te quiero mucho, cariño, tanto que por ti y por recuperarte estoy dispuesto a todo.

Tampoco es algo nuevo. Fue así desde la primera bofetada, desde el primer grito. ¿Cuándo había sido? Anxela se esfuerza por no recordar, pero recuerda, sí, el primer grito debió de ser como al mes de casados. Ya no sabe el motivo. Seguro que por alguna chorrada. Siempre era por alguna chorrada. Algo doméstico, seguramente. Sí recuerda la sensación de espanto, ese escalofrío que significaba algo así como no me creo lo que acaba de pasar. Y recuerda la culpa. Siempre la culpa. Yo debería cambiar. Debería ser menos retorcida. Ser mejor para él. Y así todo nos iría mejor y él no se enfadaría.

Sí. Fue una epifanía. Un relámpago en mitad de una noche oscura y sin bombillas. Un rayo de lucidez inexplicable, pero que lo explicó todo de repente sin que hubiese que explicarlo, porque todo estaba claro.

Y fue un martes, como podía ser un lunes o un jueves, cuando se

puso en pie y dijo ya está, acepto la tarea, este es un pretexto tan bueno como cualquier otro para resetear la vida, empezar de cero. La exhumación será a ciento cincuenta kilómetros de aquí, muy lejos de él, así que es el momento, me voy, estaré sola, centrada. Entre la actividad y la pastilla, estaré tranquila.

Había recibido la invitación de la Asociación de la Memoria Histórica de Flavia hacía un año ya, cuando todavía estaba refugiada en casa de sus padres —mamá insistió al principio, seguro que se puede arreglar, cariño, Ramiro no es un hombre violento, todos tenemos nuestros días malos, hay que saber perdonar, también tú, hija, ¡es que tienes un carácter!—. Fue allí donde se refugió después de aquella última bofetada —¡pero si ni siquiera fue una bofetada!, dijo Ramiro intentando calmar al padre de Anxela, clavado delante de la puerta para que él no entrase (para hablar civilizadamente, como reclamaba), sí le di un empujón, eso puede ser, no una bofetada, diga lo que diga la mentirosa esa que tenéis por hija, lo normal, a ver, ¿qué parejas no discuten?, tu hija es una exagerada, dile que vuelva, ¡hostia!, gritó golpeando la puerta que ya había cerrado el padre—.

Aquella había sido la última bofetada. Eso se dijo a sí misma: no me pegas más. Salió de casa aprovechando que él había ido a dar un paseo. Siempre hacía igual. Salía y volvía atormentado. No volverá a suceder. Pero si yo te quiero por la vida. Es este estrés que soporto. Es que todo va muy mal en la empresa. Y ella, sí, ella entendía. Ella perdonaba. Claro que no volverá a suceder. Además, él después era, durante unos días, encantador. El hombre elegante y bueno que todos conocían.

Cuando llegó la invitación no le prestó atención, pues no se imaginaba haciendo algo así. En aquel momento, de hecho, no se imaginaba haciendo nada en absoluto.

Llevaba varios años colaborando con ellos, redactando pequeños informes técnicos como historiadora, cosas así, y en algún momento, en algún correo electrónico, dijo que le gustaría mucho participar en alguna exhumación, colaborar de alguna manera, estar presente de verdad en el trabajo concreto, y le habían contestado diciendo que con su formación académica y, sobre todo, con sus ganas, lo haría sin duda muy bien y que la tendrían en cuenta para la primera oportunidad que surgiese si había algo más o menos cerca de su lugar de residencia, eso le habían contestado en un correo electrónico, y se lo comentó a Ramiro, mira lo que dicen, que lo haría bien, ¿tú me ves?, y él respondió: no sé qué cojones pintas tú en esa mierda. Una respuesta de las suyas. De las de siempre.

La invitación había llegado hace un año, pero no le hizo caso porque en aquel momento, ya huida de casa, lo que le preocupaba, qué misterio es la mente humana, no era lo lógico que le debería preocupar dadas las circunstancias, a saber, quizás me mate, tengo que ver cómo protegerme, tengo que preparar una buena estrategia con mi abogada para el juicio, tengo que asegurarme de no quedarme sin el piso, que estaba a nombre de los dos, en fin, lo normal en este tipo de situaciones. No, lo que a ella le preocupaba era qué pensará la gente de mí, qué dirán cuando me vean y conozcan mi historia, que soy una mujer maltratada, qué van a pensar de eso que me pasó, aunque no soy una mujer inculta residente en un polígono industrial, yo soy una mujer formada, profesora de Historia en el instituto, yo no puedo sufrir violencia de género. A mí no puede pasarme algo tan absurdo.

Esta vez dijo que sí y pidió una excedencia en la Consellería de Educación para excavar en el jardín del pazo de Flavia, donde la memoria popular afirmaba que había habido fusilamientos en agosto de 1936 y para el que, después de un año de pleitos, la justicia había dado permiso de entrada a pesar de la oposición del propietario a que se excavara en aquella necrópolis silenciada.

Y aquí está.

Enfrentada a su vida y a un esqueleto de una mujer abrazada a un libro.

# 7

La ecuación está resuelta: un comunista es alguien como el doctor Emilio Varela.

Porque los comunistas son esos que prenden, que pasean, a los que revientan a hostias hasta dejarlos lisiados. Y como al doctor lo han prendido —todavía no paseado— y reventado a hostias los falangistas y los guardias civiles y los cívicos, entonces debe de ser comunista.

La vida en el pazo está perfectamente organizada desde hace semanas, desde que alguien decidió, en las esferas militares superiores, que aquel era un buen lugar para cumplir con la función con la que ejemplarmente estaba cumpliendo, como era la concentración provisional de las personas desafectas a la Nueva España mientras no se decidía qué hacer con ellas, que ahora ya se sabe, desde que está aquí el teniente Covelo, a saber, trasladarlas a la futura prisión militar del Lazareto de San Simón, en la ría de Vigo. El pazo sirve ahora para eso, pero también para fusilamientos rapidísimos o paseos, que aunque no se celebran, no existen, no se dan, se celebran, existen y se dan.

Las gentes de aquel lugar, a menudo presentes por los campos y los caminos desde primeras horas de la mañana, como es normal cuando los humanos viven del campo, pendientes de sus huertos y sus fincas, lugares pues de actividad exigente y temprana, están desaparecidas. Y desde que comenzó el tiempo de los disparos, de las cunetas y de esconder las banderas, no se les ve. Si están, son como fantasmas invisibles. Y en todo este tiempo no hubo una madre que gritase devolvedme a mi hijo, que es un buen hombre, no hay un muchacho que diga dónde está mi padre, por qué lo

tenéis ahí, no me lo matéis, que no le pase como a los que aparecen por la mañana en el río o en la curva de Muriás, juradme que no le haréis eso.

No sucede porque el miedo hace invisibles a las personas. Ya lo hemos dicho: cuando el temor a la muerte es la segunda piel, todos callan.

Pero esto los niños lo ignoran.

El soldado la vio entrar por la puerta principal. Venía corriendo. El soldado era el encargado de vigilar que aquellos encadenados picasen el granito que llegaba en las furgonetas de la cantera de Atanes para luego llenar los camiones que trasladarían todos aquellos restos para fabricar la grava que se precisa para hacer las carreteras por las que tienen que pasar los tanques, las botas, los carros blindados, los caballos de acero de la Nueva España.

El soldado la vio entrar. Sola.

Tendría, como mucho, nueve años.

—Padre, padre, ¿cuándo vuelve usted a casa?

El padre ignoró lo que debía hacer, es decir, dejarse dominar por el espanto y quedarse quieto en su puesto. Y como ignoró eso, salió de la fila y, caminando como pudo, con los pies encadenados el uno al otro, como una bestia salvaje del monte, con la misma valentía

abrió los brazos para abrazarla contra su pecho, hija, mi niña, ¿qué haces aquí?, ¿dónde está tu madre?, padre, padre, padre mío, ¿cuándo vuelve a casa que solo hay frío desde que usted nos falta?

El hombre cae de rodillas con la niña en los brazos. Se besan hambrientos de cariño.

El soldado llora, grita, se caga en Dios. Se agacha, y si alguien lo viese ahora le parecería incluso que los está abrazando, al padre y a la hija hechos lágrimas. Él también. En realidad, intenta separarlos sin mucha fuerza, sin mucha autoridad, mientras le pide a la niña que se vaya antes de que alguien la vea.

*No sabría decir si es cobardía o es vergüenza. En el diccionario no aparecen como palabras sinónimas.*

*No, para nada, no son sinónimas.*

*La cobardía es la incapacidad para hacer algo por miedo.*

*La vergüenza es otra cosa.*

*Soy una mujer maltratada y no soy capaz de avanzar.*

*Por cobardía o por vergüenza.*

*No, Anxela, no digas tonterías. Es el miedo. Siempre es el miedo el que nos ata al silencio y, por lo tanto, al sufrimiento.*

*Y nadie hace nada para aliviarte el miedo.*

# 8

Están allí dentro como preventivos, eso es lo que pone en el papel que le obligaron a firmar cuando ingresó, en su propia casa, en Vila Flavia, en el pazo en el que nació, en el que nació su hija Ana, desaparecida, quién sabe si aún está viva. O algo peor. Porque es mejor la muerte que seguir viva en manos de estos animales.

Son preventivos esperando el traslado al Lazareto de San Simón. Conoce esa isla, hermosa como una ballena dormida en mitad de la ría de Vigo. En realidad, son dos islas conectadas por un puente, como dos ballenas cansadas en medio del mar. Los poetas medievales cantaron su belleza, qué clase de poetas le pondrán palabras el día de mañana al horror que presenciarán aquellos hombres cuando lleguen a la isla. No hay lírica posible para ellos. Esperan, mientras ese traslado llega, en el pazo de Vila Flavia, acusados todos de asuntos disparatados. Acusados que se saben condenados. Acusados que saben que no les espera la justicia, sino un castigo. Acusados que saben que hay un árbol para ellos, una pared, un suelo.

Preventivos que sobran en el Nuevo Estado.

El cura lo había dicho así.

—Estamos aquí para limpiar España y para ayudar al nacimiento del Nuevo Estado.

El cura hablaba emocionado. Sinceramente emocionado, con un odio sincero. Patriótico.

El doctor reflexiona sobre la expresión: Nuevo Estado. Comprende que hablan como lo hacían los que se fueron a América, que también buscaban un Nuevo Mundo. Parece ser que cada poco tiempo a la gente le da por rehacer el mundo, cambiarlo todo de arriba abajo para construirlo de nuevo. Pero siempre les sale mal, piensa aquel doctor enamorado de las palabras, de las utopías, de la educación, de la república —esa es su atrocidad, cada vez empieza a verlo más claro—. Por ese amor fue por el que llenó el hórreo de libros. Mandó quitar las mazorcas de maíz, los sacos de castañas y de patatas, todo lo que había allí dentro, para almacenar libros que después Ana, soñadora, iba catalogando para la Biblioteca Popular. Ese ya era su nombre. Eso era lo que decía en el cartel que mandó poner, tan feliz. «La biblioteca que cambiará este pueblo y que, a fin de cuentas, cambiará el mundo».

Sabe que, en el fondo, él no es tan diferente de ellos, que él no es tan distinto de aquellos mandos de la Guardia Cívica de Flavia que ahora presumen entrando y saliendo de las habitaciones del pazo como si aquella casa grande fuese suya, con las cintas cruzándoles el pecho desde el hombro izquierdo al derecho, para que así la pistola les quede cerca de la mano diestra. Todos así. Todos son y serán diestros en este Nuevo Estado donde no puede haber zurdos ni de mano ni de corazón. Él no es tan distinto de estos uniformados guardias cívicos de gorra en punta y mirada desconfiada. Porque él también cree, también creía, en un mundo nuevo en el que las cosas serían diferentes y mejores. Y tanto creía en ese mundo nuevo que el pazo fue también escenario de mítines políticos, todo el vecindario concentrado allí escuchando a Castelao, a Bóveda, a todos aquellos intelectuales galleguistas que pedían el poder para el pueblo, que llamaban a votar el Estatuto de Galicia, a cambiarlo todo, a acabar con los señoritos y con los caciques. Tanto creía en el albor de ese nuevo mundo que él mismo se recuerda hablando a la gente desde la balconada del pazo sobre el jardín, frente al robledal.

—Mujeres, ¡descubrid las cabezas, tirad esos pañuelos y liberad el cabello! ¡Poned a bailar las frentes al sol, mirad para arriba, valientes y liberadas, que en lo alto está la libertad!

Recuerda esas palabras de luz y de esperanza. Palabras hermosas para un sueño hermoso.

—¡La educación os liberará a todos, vecinos queridos! ¡Y vendrá un mundo renacido, igualitario y guiado por el arte y la razón!

Eran hermosas todas aquellas palabras que rebotan en su cabeza ahora, en el recuerdo.

Las palabras.

Que nunca son tan fuertes como los cañonazos, como las patadas con botas reforzadas en la punta, para hacer más daño, para que duelan más, y que ya sintió demasiadas veces en la cara. Las palabras que, en la situación en la que se encuentran él y todos aquellos hombres presos, no sirven para nada más que para herirlos de melancolía.

# 9

—Hola, querido doctor.

Oculto con torpeza tras un trapo de cocina amarillento a modo de máscara, el hombre se tapaba la mitad de la cara. Pero incluso así, el doctor sabe que aquel cacareo opaco responde a la voz de Félix Ureña, uno de los vecinos de Vila Flavia, un bruto, un hombre que probablemente hará carrera en el Nuevo Estado que es-tá naciendo y que, quién sabe por qué, siempre había mirado con malos ojos al doctor y, sobre todo, a lo que pasaba dentro del pazo, siempre pendiente de la vida de allí dentro.

Félix Ureña es miembro de la Guardia Cívica de Vila Flavia. No son militares, pero es como si lo fuesen. Están, en teoría, controlados por la Guardia Civil. En la práctica, la Guardia Cívica, o los cívicos, como ya se les conoce por todas partes, van por libre. Usan uniforme y van armados. Y no rinden cuentas a nadie porque nadie les pide cuentas.

Félix Ureña se alistó en los primeros días después del Alzamiento, y además es dueño de unas cuantas tierras heredadas desde tiempos remotos. Él había intentado que el doctor le vendiese, precisamente, unas fincas que limitaban con las posesiones de los dos. Y el médico se había negado y por toda explicación había dicho:

—No, porque ahí irá la escuela.

Ahí irá la escuela. La que los hombres y mujeres de la Institución Libre de Enseñanza, con la que el doctor colaboraba, económica y moralmente, animándolos a venir a Galicia en cuanto pudiesen, abrirán cuando todo esté preparado. La escuela, soñaba el doctor, irá ahí, un lugar grande donde niñas y niños, sin distinción, aprenderán el oficio más importante de la vida.

—¿Y cuál es ese oficio, padre? —había preguntado la pequeña Ana la primera vez que escuchó hablar así a su progenitor. Su carita de ángel inocente se reflejaba en los cristales limpísimos de la galería que el mismo Castelao había diseñado para aquella casa que un día fue nido de felicidad.

—El oficio del pensamiento, hija mía. Si los hombres piensan por sí mismos, nada les estará vedado. Si los hombres aprenden a pensar, conseguirán que nazca un mundo nuevo. Si los hombres piensan, serán felices.

—Y las mujeres, padre. Las mujeres también.

—Claro, pequeña, las mujeres también.

A pesar del pañuelo, los ojos azul cielo, tan extraños por estas latitudes, y la voz grave, de barítono salvaje, delatan a Félix Ureña.

—Alguien quiere saludarlo, querido doctor.

Abrió los ojos y salió de aquel sueño feliz en el que paseaba con

Ana y con Ramón. Los tres llevaban un libro, el libro de Ramón, el libro de poemas de Ramón, el libro de poemas de amor que Ramón le había escrito a Ana, musa de poetas. Paseaban los tres por la arena de una playa. El mar estaba agitado, oscuro, y amenazaba con engullirlos. Pero eran felices a pesar de todo. Recitaban. Cantaban. Ramón besaba a Ana en los labios y él sonreía complacido.

Salió del sueño, abrió los ojos y lo vio. Félix Ureña agarraba con la mano izquierda el pañuelo para que no se le cayese de la cara.

—Vengo a reventarte el alma.

Alguien se rio. Lo pusieron en pie entre varios y dos quedaron sujetándolo. Por una axila lo agarró el guardia civil que lo había despertado. Por la otra, uno de sus compañeros presos. Clavó sus ojos en los de aquel desgraciado. Ambos sabían que se perdonaban aquella afrenta terrible.

Sin soltar el pañuelo, su mano derecha empuñaba un palo de alcornoque que ya blandía en el aire. Un palo, un arma, una promesa de dolor confeccionada a partir de la madera de uno de los árboles más duros y hermosos que habitan esta tierra generosa y que ahora se pervierte así en arma de venganza.

Como si fuese una lanza, se lo clavó a la altura del páncreas.

Quizás no le reventó el alma. Pero sí hizo que se doblase como una marioneta liberada de sus hilos.

Volvieron a ponerlo en pie. Emilio Varela puso de nuevo sus ojos en los del compañero obligado a participar en la paliza. Quiso decirle no te preocupes, hermano. Quiso decirle nada puede ser tan fuerte como la libertad que nos espera. Quiso decirle no sufras, yo haría lo mismo que tú para salvar la vida. Pero no tuvo tiempo ni aire, porque Félix Ureña, vecino, campesino, hombre como él, mortal como él, persona como él, pero guardia cívico con autoridad en esta Nueva España llena de emblemas y frases de gloria, ya le golpeaba la cabeza con aquel trozo de madera hermoso que olía a hierba y a humedad.

Cayó redondo. Vio huir al compañero hacia el final de aquella estancia inmunda donde una docena de hombres, sentados y agarrándose las piernas, asistían a aquel espectáculo indecente. Sintió las patadas, los insultos, e incluso sintió un mordisco en un brazo.

El doctor Emilio Varela no gritó, ni gimió, ni lloró.

Dejó de escuchar aquellas frases de miseria fanática en el momento en que los poemas de Ramón le nacieron desde el fondo del fondo de su memoria.

*Escucha el grito enamorado de las aves*

*clamando Amor,*

*escucha el alba, cuando todo clarea,*

*al río que explica que todos los días*

*son un gran día.*

*Escucha,*

*Amada,*

*la Vida.*

—¡Déjalo ya! ¡Para! —gritó alguien desde algún lugar.

Y Félix Ureña se detuvo.

—Este está pendiente de juicio. Y tú ya te diste el gusto.

—No todo lo que merece este cabrón.

El doctor Emilio Varela salvó aquel día su vida gracias a las palabras.

Porque ni las patadas, ni los insultos, ni los golpes, ni la sangre, ni esos tres dientes que ahora se mueven pueden ser más fuertes que las palabras que, mientras todo sucedía, escuchaba dentro de su alma y que le permitían, de algún modo, no estar allí.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

El hombre y la mujer, la mujer y el hombre, saben que el tiempo es una convención, una manera como cualquier otra de medir la vida humana. Pero el tiempo no se mide igual en la superficie, a la luz del sol, que en un agujero a tres metros del suelo, en un sótano preparado debajo de la cocina y que avanza, gracias a un corredor de algo más de un metro y medio de alto, hasta debajo del patio. Ambos son capaces de imaginarse qué hay fuera. Aunque solo les llegan voces e imágenes turbias de botas.

Ya han aprendido a hablar en murmullos, en un susurro inaudible que solo ellos escuchan, a leer los labios incluso cuando se va la poca luz que entra por la rendija de la trampilla de la cocina, la que está debajo de la mesa grande y que esperan, los dos, que nunca nadie abra.

El tiempo será una convención.

Pero se les mete en las venas, el tiempo y su quietud, anquilosándoles las ganas de respirar. Sobre todo, a él.

—Esto es todo por mi culpa —dice el hombre.

Ella le besa los dedos con suavidad y su saliva es el frescor necesario que ambos necesitan para vencer la desidia asesina del tiempo, un día más.

# 10

Anxela ve llegar a don Darío, el dueño del pazo. Lo traían, como siempre, doblado en su silla de ruedas guiada por un hombre del que aún no sabe el nombre, pero al que han visto dando vueltas, husmeando por allí unas cuantas veces. Un tipo callado, serio, hermético, grande, nadie sabe si tiene voz, nadie lo vio nunca hablar. Ni con don Darío ni con nadie.

—Exijo que me deje ver ese libro, doctora.

Ante aquella violencia imperativa verbal que la altera —conoce bien lo que suele haber detrás de quien habla así, Ramiro hablaba así, gritaba así, se alteraba así—, Anxela no centró su interés en las malas palabras, sino en que insistía en llamarla doctora. Y no lo era. Era una licenciada en Historia que daba clases en un instituto de Vigo y, en todo caso, si lo que quería aquel hombre era ofrecerle un tratamiento ceremonial, lo suyo sería llamarla directora, pues eso era realmente por lo que estaba allí. Era la directora de aquella exhumación, la responsable de aquella cata en busca de fosas de la época de la Guerra Civil en el pazo de Vila Flavia.

Tenía claro que no iba a perder el tiempo con don Darío, aquel anciano de quien se decía que ya había cumplido los noventa y cinco años y que, a pesar de la edad, seguía fuerte sobre una columna vertebral que no necesitaba bastón. Aunque lo traían en silla de ruedas, todavía caminaba. Y no con dificultad. Con pasos cortos y prudentes. Pero caminaba por sí solo. Una genética, sin duda, envidiable. Y la salud, añadió Anxela para sí, de quien nunca tuvo que trabajar ni cansarse mucho. Por algo era el dueño del pazo. Técnicamente, un señorito.

Contaban sobre él que llevaba encerrado en aquel pazo desde los tiempos de la guerra. Solo salía, y muy raramente, en el coche que conducía aquel mismo hombre que empujaba la silla de ruedas. Don Darío era, para todos, un enigma. Nadie sabía decir nada sobre él. ¿Qué clase de ser humano, se preguntaba Anxela, es alguien que vive enclaustrado entre estas viejas paredes?

—Aquí me crie, aquí crecí e hice mi vida, doctora. Y puedo jurarle que aquí no hay nada. ¡Aquí no se fusiló a nadie, digan lo que digan los que quieran decir algo sobre este lugar, y aunque caven hasta el mismo infierno, nada encontrarán, porque aquí no se mató a nadie!

—No es eso lo que sostienen algunos vecinos. De hecho, usted sabe que siempre se dijo que en este pazo pasaron cosas muy feas en los primeros tiempos de la guerra. Que fue durante una temporada campo de detención antes de llevar a los presos al Lazareto de San Simón. Eso está documentado, está más que estudiado y no puede usted negármelo. Incluso hay fotos. Lo que pasó aquí lo sabe todo el mundo.

—La gente es idiota, doctora. No saben nada. —La miró con desprecio—. Desde luego, no saben todo lo que sé yo.

Todo eso habían hablado aquel primer día. Hoy reaparecía exigiendo ver el libro. Y lo reclamaba con un tono imperativo. El tono de un hombre que está acostumbrado a dar órdenes.

—¿Cómo lo sabe?

—La vi desde mi ventana. Paso mucho tiempo ahí. Y los viejos dormimos muy poco.

—¿Y por qué tendría que enseñarle este libro? No tengo ninguna obligación, don Darío...

Ella mira fijamente sus ojos pequeños, pero es incapaz de deducir nada sobre lo que sea que está pensando.

Pero extiende la mano y se lo da.

Él acaricia el lomo. Lo pone de frente y sopla para quitarle los restos de tierra que aún tiene encima.

—Estaba protegido por esta tela. Parece una cortina o algo parecido. ¿Le suena de algo?

Él toca con dos dedos aquella tela, pero enseguida los ojos vuelven al libro. Lo abre y empieza a pasar las páginas al mismo tiempo que ella se acerca para ver con él. Parecen poemas manuscritos. Anxela adivina una caligrafía cuidada, de esas de otra época. Caligrafía de pluma estilográfica. Tinta negra y letra inclinada.

—¿Quién es Ramón Gándara? ¿Le suena ese nombre?

Él niega con la cabeza. Cierra el libro y se lo devuelve.

—Ni idea, doctora.

Ella abre el libro por cualquier página y lee en alto.

*Solo yo puedo conocer tu sufrimiento;*

*yo, que tanto te quise;*

*yo, que te canté cuando ya no estabas.*

Anxela cierra el libro y mira a los dos hombres que tiene a su lado.

—¿No le suena de nada ese nombre que le he dicho? ¿No me ha comentado que lleva toda la vida viviendo aquí? No me dirá que no es raro que aparezca este esqueleto así, y de esa manera, con el libro este... Dicen de usted que lleva décadas aquí encerrado. ¿De verdad no sabe quién fue ese escritor?

—Guárdelo bien, doctora, no se lo vayan a robar. —Después de unos segundos en los que su rostro no expresa nada, habla de nuevo —. Duarte. —Ya sabemos cómo se llama quien lo atiende—. Vamos dentro. Váyase a descansar, doctora. Esa muchacha le dará mucho trabajo.

—¿Por qué dice «muchacha», don Darío?

Él mira de nuevo la fosa.

—Porque unos versos como los que ha leído antes no se le escriben a una mujer adulta o a una vieja, sino a una muchacha en la flor de la vida, cuando es joven. El poeta ese tenía que estar muy enamorado de ella.

Ella se calla y no sabe qué decir. Y quizás por eso detiene la mirada en Duarte.

—Hágame caso y descanse.

Duarte tira hacia atrás la silla de ruedas, dispuesto a sacarlo de allí.

—Imposible. Tengo que llamar al responsable forense ahora mismo. Nos queda una dura noche por delante para trabajar con esta muchacha, como usted la llama. Exhumar unos restos lleva su tiempo. Y esta chica, tan bien conservada, nos llevará un mundo de horas. En la otra fosa no tenemos ni idea todavía de cuántas personas hay, quiero decir, a cuántos enterraron allí, pensamos que media docena, pero esta mujer está sola y nos obligará a un trabajo más detallado. Esta mujer...

—Ana —la interrumpió.

—Perdone, ¿cómo dice?

—Se llama Ana. ¿No ha visto el título del libro ese que tiene ahí?

Poemas a Ana. Pues ya sabe cómo se llamaba la muerta.

—¿Y usted sabe quién era?

—Vámonos, Duarte, que hace frío.

Se sube el cuello de la chaqueta para resguardarse del frío. Ella lo sigue.

—¿Sabe quién es esta Ana? —insiste.

—No sé, doctora. Soy un hombre mayor, con muy mala memoria, y aquí hoy hace mucho frío.

# 11

Clareaba el día cuando las voces de los guardias lo despertaron. Clareaba el día, pero ya todos llevaban horas despiertos, desde que se escucharon las primeras descargas de fusilería. Hoy mataron a cinco más. ¿Cinco?, yo vi salir por la noche en el camión a seis o siete. Clareaba el día, sí. Y los guardias los despertaban. A patadas, como hicieron todas las otras veces, aprovechando para maldecir a sus madres, escupiéndolos al pasar. Los levantaban para que formasen en el centro del patio y hacer el recuento. Más bien para actualizar las listas, porque cada día había nuevas bajas, nombres que representaban personas pero que eran tachados sin más, sin mucha más atención, con la misma tranquilidad con la que se hace el inventario de las patatas de la cocina.

Uno se muere del todo, aquí, cuando lo tachan de la lista de la mañana.

Los despertaban con violencia innecesaria, y aquella violencia era algo natural, formaba parte del aire que respiraban, de la materia con la que estaba construido aquel universo.

Ser consciente de eso era algo que pasmaba al doctor Varela. No que matasen a gente, sino que matar ya no tenía importancia. Ninguno de aquellos hombres perdería el sueño si se llevaban a alguien por delante. La muerte ya no era ni una circunstancia. Simplemente, era.

Todo era, aunque no pudiese ser. El reino de la sinrazón se había instalado en las cabezas y en los corazones y cualquier cosa era

posible, incluso lo imposible. Como la misa de la mañana, donde el cura uniformado con pistola en el cinto hablaba de paz, amor, perdón y misericordia al mismo tiempo que los amenazaba de muerte. Aquel cristianismo de banderas a la derecha y a la izquierda de la imagen de Nosa Señora da Guía, era. A la derecha, la bandera de la Falange. A la izquierda, la de España. Y en medio, un cura con mirada asesina. Y a los lados, falangistas, guardias civiles, soldados, cívicos, todos ellos con los fusiles en alto, bayonetas al aire, recibiendo la bendición divina.

Aquella mañana un hombre con galones, al que nunca habían visto, les hablaba desde una caja de madera que alguien había puesto delante de todos. Era uno de los semilleros para la siembra. Ahora, palestra de la autoridad.

Su tono no es elevado ni su gesto violento. Incluso les saluda con un buenos días que nadie se atreve a contestar.

—Antes de que os pasen el rancho haremos algo de limpieza. Mañana vendrá a hacerse cargo de estas instalaciones el teniente Darío Rocha. —El doctor levanta la cabeza al escuchar aquel nombre conocido—. Si creíais que las cosas aquí eran duras, esperad a que venga el teniente Rocha. —El doctor mueve la cabeza hacia delante y hacia atrás, a la derecha y a la izquierda, buscándolo—. Tenemos órdenes muy claras de adecentar este lugar para que cuando él llegue, mañana a primera hora, todo brille y esté limpio como una patena. Los guardias y los cívicos os indicarán lo que tenéis que hacer. Obedeced y no hagáis ninguna gatada y todo será rápido y fácil.

El militar baja de la caja y desaparece por el interior del pazo.

Un grito animal, como el que hacen los cerdos cuando los alejan de sus madres, lo saca de su estupor aturdido. Al doctor, aquel apellido, Rocha, le retumba dentro del cerebro una y otra vez.

—¿Habéis oído, cabrones?

Nadie contesta. El falangista sonríe satisfecho. Tiene delante el silencio de los que saben que están en la antesala de la muerte. Ese silencio es el grito de victoria de los verdugos. El miedo lo es todo en estos días grises en una España de mortajas. Los ejecutores lo saben y por eso dejan abandonados los cadáveres en medio del monte, en las cunetas, donde puedan ser vistos, incluso ayer seis atados a unos manzanos allí abajo, en la entrada del pueblo. Hacen así para expandir el miedo, que atenaza, que castra, que inmoviliza. Que calla las bocas para siempre.

Además, pueden hacerlo. La impunidad es absoluta.

El militar que antes les había arengado sale del pazo. Lleva algo en la mano y el doctor Emilio Varela se quiere morir.

Se pone delante de él.

—Creo que esto es suyo, doctor.

Le da la vuelta a lo que trae pegado al cuerpo para que él lo pueda ver. Es una foto enmarcada. En ella, vestidos de carnaval, Ana de aviadora y él de caballero inglés con un cigarro puro en la mano, y

detrás de ella, Beatriz, su Beatriz, su esposa, debajo de un parasol, ataviada con un kimono japonés. La foto había sido sacada delante del retablo de la capilla de Nosa Señora da Guía que hay en el pazo. Se ve detrás una escena de la adoración de los Reyes Magos. El cura párroco la dató en el siglo xvi. Había también un ara sepulcral aún más vieja que ya alguien se habría llevado a su casa.

—Sí. Esta foto es mía. Como el pazo y estas tierras y todo lo que está robando su gentuza, teniente.

El militar, inexpresivo, le pone la foto en las manos.

—¿Sabe usted quién es Darío Rocha, doctor?

Claro que lo sabe. Asiente con la cabeza.

—Pues mañana le tendremos aquí. Mañana, usted lo sabe bien, las cosas se van a poner realmente feas. ¿Entiende lo que le digo, doctor Varela?

El médico observa la foto con detalle, consciente de que es la última oportunidad que tiene para verla. Quizás debería suplicar en este preciso instante la muerte. Porque sí, mañana, tan pronto como Darío Rocha ponga sus garras sobre ellos, y sobre todo sobre él, el infierno, o algo peor, se instalará para siempre.

¿No sería mejor morir?

—Darío es un buen amigo. Servimos juntos en la Academia Militar de Zaragoza. No paraba de hablar de este pazo continuamente. —El doctor abre los ojos sin cuencas, con las pupilas aterrorizadas y sin vida, incrédulo—. Habla mucho de usted, señor Varela. De usted y de sus ideas locas y, sobre todo, de Ana.

Ya no hay incógnitas. Sí. Mejor morir.

—Qué pena que no sepamos dónde está. Ojalá algún día sepamos algo sobre ella. ¿No le parece que sería una gran noticia? ¿No tiene ganas de saber qué es de ella, doctor? Tengo entendido que se fue en los primeros días del Movimiento. ¿Es eso cierto? Porque mi teniente, Darío Rocha, su viejo amigo, de usted y de ella, tiene muchas ganas de verla. —El militar se le pone delante—. Usted ya me entiende.

El doctor Emilio Varela traga saliva. Más bien pretende tragarla y aclarar la garganta. Pero no puede.

—Tengo una orden que cumplir, doctor. Y usted me va a echar una mano. Haga que vuelva su niña y le salvaremos la vida. A los dos. Dígame dónde y quién la tiene escondida.

El militar no abre la boca durante unos segundos. Sabe que ese hombre, que además es padre, aunque sepa dónde está su hija nunca se lo va a decir.

—Deme la foto, si es tan amable.

Emilio Varela se la da. El tiempo, como las respiraciones, lleva minutos detenido en aquel patio. Un silencio agrio, como la leche cortada de muchos días, habita mezclado en una atmósfera de tristeza irrespirable. Ya no queda aire. Queda vacío en aquel patio que un día estuvo también lleno de gente, no un día, cientos de ellos, cada vez que se abría para las fiestas de Nosa Señora da Guía que el doctor auspiciaba a pesar de su poco sentimiento clerical. Pero era porque amaba la fiesta. La vida.

—Permítame.

Deja el marco con la fotografía, con mucho cuidado para no romperla, en el suelo, colocando hacia arriba aquellas tres figuras disfrazadas en unánime gesto de felicidad.

—Ahora quiero que mees sobre la foto, hijo de puta.

Unas risas agudas, nerviosas y felices, salen de las gargantas de los vigilantes, de los soldados, de los camisas azules y de los pechos abiertos al frío de la mañana cara el sol.

El doctor da dos pasos hacia atrás, como iniciando con ese gesto una huida fuera del mundo. El teniente saca la pistola y se la pone en la cabeza. Grita.

—¡Mea ahora mismo sobre la foto o te saco esos putos sesos que tienes por las orejas!

Hacía ya muchas semanas que no se escuchaban tantas risas en aquel patio que un día estuvo lleno de elegancia y vida.

Hacía ya mucho tiempo que el mal no habitaba, desatado, en aquel patio sin futuro.

# 12

Los inquisidores medievales, los dictadores de todas las épocas, siempre han tenido mucho amor por el fuego y un gusto devoto por las llamas. Así que se llamó al fuego para que anidase en aquel patio aquella mañana que los militares habían dicho que sería «de limpieza». Básicamente, de libros. De los miles de libros que, repartidos por distintos puntos del pazo, dentro y fuera, el doctor había acumulado durante décadas para uso propio, de su hija o de la gente que allí estudiara cuando se abriese la prevista escuela de la Institución Libre de Enseñanza.

El doctor vio arder, clavado como un árbol muerto en mitad del patio, con los ojos fijos en la torre del pazo —a él lo liberaron del trabajo de «limpiar» porque querían que presenciase con atención el aquelarre de la destrucción de todo cuanto amaba— y en la foto contaminada con su orina impotente. Pero también cuadros que amigos artistas habían regalado a la familia, ofreciéndoles lo mejor de su talento, y libros, muchos libros de aquellas bibliotecas que él soñó para que quien quisiera leer, leyese, herramientas de papel, de palabras, de semánticas lindas para que, quien quisiera pensar, pensase. Vio arder los libros amados de Beatriz, su esposa, y de Ana, su corazón. Y sus tratados médicos. E incluso una pequeña linotipia que había comprado de segunda mano en las rotativas de El Pueblo Gallego de Vigo —aquel periódico de aires republicanos en el que los galleguistas difundían sus ideales artículo tras artículo—, quizás con la idea de editar su propia revista ilustrada. Vio consumirse, hora a hora, la sabiduría acumulada durante años, durante la vida larga y culta de su padre, durante la suya, no menos culta e intuye que más breve. Vio arder las historias clínicas de sus pacientes, las láminas que adornaban la consulta con los nombres de las partes del cuerpo, de los huesos del esqueleto, de los músculos que nos mueven, de los nervios que nos gobiernan, de toda la ciencia. Por ver arder, hasta vio quemarse el palomar de planta circular en el que también acumulaba libros a la espera de catalogación. Podrían

sacar los libros y dejar el palomar, que lleva, que llevaba ahí, desde antes de antes de que su padre comprase el pazo, pues había dicho el cura que era del siglo xviii. Vio morir en el fuego todo papel que aquellas bestias encontraron, las cartas que había intercambiado durante años con los intelectuales de Madrid, sobre todo con la gente de las Misiones Pedagógicas y de la Institución Libre de Enseñanza, con la que ya tenía tan avanzado el proyecto educativo que revolucionaría aquella tierra tantas veces anclada en la negritud oscura de una ignorancia fomentada por caciques, curas y señoritos. Ardió todo eso. Arden, en definitiva, los sueños de una España mejor, libre, liberada, republicana, igualitaria. Como arden los cuadernos infantiles de Ana, que él con tanto celo había conservado como recuerdo de una inocencia caligráfica que algún día haría reír a esos nietos que no llegarán, porque la muerte todo lo vuelve estéril. Y arden los carteles de las fiestas minervales que Beatriz había organizado durante años para que la gente del pueblo llenase el pazo y se empapase de las palabras de los poetas, de los discursos de los catedráticos, de las cantigas de las voces populares y sabias del campesinado noble...

En la hoguera del centro del patio, aquella mañana de enero, ardían los mejores días de Vila Flavia.

Cuando todo era posible.

Cuando la vida era vida.

Sus compañeros presos iban sacando todo aquello del interior del pazo siguiendo las órdenes, los gritos, las proclamas, los insultos, los ultrajes, las patadas por el aire porque sí, las bofetadas en la cara porque también de aquellos guardias civiles y falangistas que, fusil en mano, empezaban a construir, con fuego y escupitajos, la Nueva España.

No sería, lo sabían todos los que estaban allí, aunque nadie se lo dijese nunca, una Nueva España basada en aquella libertad grande que, como el doctor había proclamado durante años, en el Liceo del Pueblo, en la taberna de Xosé María, en el atrio de la iglesia, para escándalo del cura y del resto de las fuerzas vivas, traería la cultura cuando se extendiese a la totalidad de la población. Una Nueva España, decía Emilio Varela, que nacerá de los poemas de Lorca, de Rosalía de Castro. De las alas que dan las palabras, la ciencia y la verdad. Mejor dicho, la Nueva España que, como el himno aquel cantaba, empezaba a amanecer, se construía a base de pólvora, sangre y hostias consagradas.

Los presos salían del pazo y entraban en él corriendo, con pasos cortitos, así caminan siempre los hombres atemorizados, tratando de esquivar las patadas en el culo y los culatazos en la espalda. A veces no había tantos reflejos, o tanta suerte, y las patadas y los culatazos alcanzaban su objetivo y entonces caían y entonces alguno de aquellos uniformados se apresuraba a acercarse para pegarle más en la espalda, para que continuase con el trabajo cuanto antes, y entonces era cuando sabían que solo la muerte sería alivio, y entonces era cuando entendían que habían caído en desgracia, y entonces comprendían que estaban marcados para siempre. Que aunque sobreviviesen, estarían muertos para siempre de todos modos.

Aquello duró toda la mañana y el sol ya estaba alto, aunque no calentaba aquellas almas congeladas, cuando la hoguera llegó a lo más grande.

En aquel instante se hizo un completo silencio.

Presos, guardias civiles, soldados, falangistas, el teniente, todos se quedaron quietos observando el fuego, viendo arder todo aquello que representó la vida y la grandeza de aquel pazo durante años. Quietos como la estatua de la fuente de Mercurio. Quietos como la Venus —a la que alguien ha arrancado los pechos— que está en la peana de detrás de la balconada. Quietos.

Durante unos segundos, en la contemplación pasmada del hipnótico crepitar de las llamas, aquellos hombres se sintieron, aunque no sabían que lo eran, iguales.

De algún modo lo eran: un puñado de hombres atrapados en un instante de la historia, viviendo unas vidas que, probablemente, aunque pensasen lo contrario, no escogieron ellos.

Después, un grito seco del teniente mandando que los metiesen a todos en las cortes de nuevo, devolvió el orden a aquel patio descabezado de razón.

# 13

Cuando llegó al hostal eran ya las cinco de la mañana. Había estado allí sentada, al lado del esqueleto, casi hora y media hasta que apareció el doctor Aboi, forense en los juzgados de la capital y asignado a aquella excavación, para empezar con el levantamiento, casi hora y media observando todos aquellos restos aún clavados en la tierra.

Espera allí al lado del esqueleto todavía con el chaleco fluorescente puesto y la visera que la protege del sol. Está así a pesar de que es de noche y hace un poco de frío. Espera, con las palabras algo insolentes de Darío Rocha en la cabeza, tan esquivo, tan ambiguo, tan dando a entender yo sé mucho, pero no se lo pienso decir.

Levantaron lo que quedaba de la mujer entre los tres operarios que llegaron con el doctor Aboi y ella misma, que ayudó como pudo.

Después, también ayudó a meter el cuerpo en el coche que ya viaja hacia la sala de autopsias del juzgado donde Aboi certificará lo que ya se sabe: mujer, murió de un disparo en la frente. Como el resto.

Como el resto, no. Porque ella tiene un libro entre los brazos. El libro de Ramón Gándara, en fin, no un libro, un cuaderno grande, una especie de libro hecho a base de coser —los hilos resistieron años— aquellas páginas que, a simple vista, eran bastante similares y trataban de lo mismo: poemas de amor del tal Ramón Gándara a Ana. Ana sin apellidos.

No tiene sueño.

Ningún sueño.

Y mejor no dormir, porque vienen fantasmas que no quiere que vengan cuando duerme.

Cuando se casó con Ramiro se fueron de viaje de novios a un resort en una playa de Cayo Coco. Recuerda la puesta de sol, el refresco y la música, Ramiro sentado detrás de ella, con las piernas abiertas y ella refugiada entre ellas. Era una postal de felicidad.

Estaba enamorada.

Lo estuvo, de hecho, durante años. Ahora se pregunta cómo pudo estar enamorada si la maltrató desde el primer día, por lo menos de palabra. Cómo podía haber amor ahí si había gritos, miradas de hielo, el desprecio como norma, la distancia como hábito.

Pero estaba enamorada.

Y cada agresión fue vivida con tristeza y culpa. No con la rabia que siente ahora. Con tristeza y una sensación pesada de culpa.

Saca el móvil y hace una búsqueda rápida en internet. Ramón Gándara arroja una infinita cadena de nombres que en realidad no dicen nada, todos gente viva con perfil en redes sociales. Pero ni

rastro de un escritor o de algún personaje de la historia reciente española con ese nombre. Se desnudó con cuidado y llevó el libro al baño. Apaga el móvil, pues entiende que tiene que intentar dormir. Aunque, una noche más, no lo consiga.

Cuando despierte, si es que duerme, habrá, seguro, algún wasap de Ramiro.

Las paredes supuran.

Su cueva está llena de agua. Ella dijo entra agua por todas partes. Hay filtraciones. Y él dijo de eso nada. Es que las paredes supuran. Es el zumo agrio de la tristeza de lo que hay ahí fuera. No, lindo —dijo ella—, solo es agua. No, linda —dijo él—, es el pus de la guerra, el detritus de la descomposición de un mundo que se va para siempre. Esta humedad es el resultado de tanta tristeza.

El hombre y la mujer duermen apretados, ahuyentando la humedad que les entra a mares a través de las paredes, como linfa podrida de herida que, como no para de sangrar, supura.

# 14

El teniente Darío Rocha se acomoda como puede en aquel coche militar en el que llevan demasiadas horas sentados, él, el cabo Jesús Vizoso y el soldado que conduce; de este último no sabe el nombre. Pero tanto da. Los soldados no tienen nombre ni tienen por qué tenerlo. Tampoco él lo tuvo mientras fue un simple soldado.

Lo habían recogido en Coruña, en la estación adonde había llegado desde Madrid en un viaje que se le hizo eterno de más, no se sabe si por lo largo de las horas y las muchas paradas o por las ganas que tenía de llegar, bajar del vagón y tirar para Vila Flavia. Debió de ser por esto último su desasosiego, porque lo cierto es que, aunque el tren llegó a la estación a las dos de la mañana, en vez de retirarse unas horas, como le ofreció el cabo Vizoso, para descansar en una pensión que estaba preparada para él cerca de allí, decidió que llamaran al coche mientras desayunaba algo caliente para llegar cuanto antes y no perder tiempo. Quería, necesitaba, se moría por llegar a su destino. Escribámoslo bien: a su destino. Un destino deseado. Lo solicitó él mismo a la Junta Militar Central, quería una licencia de tres meses para desplazarse hasta su tierra, a Galicia. Tenía ese derecho adquirido e indiscutido por haber sido uno de los primeros en servir a la vez que Franco, nombrado ya jefe de los Ejércitos. Él estaba en África cuando todo empezó y alguien firmó sin dudar aquel papel que decía que el teniente Darío Rocha estaba liberado de los servicios a la patria «durante tres meses o los que crea menester que precisa para atender sus asuntos personales». Como toda explicación, dijo que tenía que solucionar un grave asunto familiar.

Y de algún modo, así era.

Alguna vez el doctor Emilio Varela había dicho que Darío era como un hijo para él. Igual que Ramón Gándara, el poeta, él fue acogido en aquella casa cuando se quedó huérfano de padre con solo ocho años —de madre ya lo era después del parto en el que ella dejó la vida para dársela a él—. Ramón lo era también, huérfano, pero de padre y madre, criado con una abuela, la señora María, que murió, como el padre de Darío, cuando él tenía ocho años en aquel año terrible de la gripe. El doctor acogió a aquellos dos huérfanos en el pazo, a aquellos dos hijos de la tierra, de los campos, de las vacas y de la boñiga animal, a aquellos dos castrones sin letras en la cabeza.

Y les dio calor y ropa.

Escuela y biblioteca.

Caldo y sueños.

Sí, les dio todo eso.

Escuela.

Biblioteca.

Y a Ana.

Con la que, desde el primer día, soñaron los dos.

Pensaron que todo acababa. Que Muerte los había encontrado por fin. Pero no.

El soldado estaba en la cocina. No tenía que estar, pero estaba. Ellos, sobre todo él, tenían bien estudiados los horarios, los tiempos exactos, las rutinas de los guardias civiles, de los falangistas, de los cívicos, incluso los del cura, de todos los que allí, en la superficie, vivían ajenos a la existencia de aquellos dos en la cueva salvadora que los esconde y protege de la muerte segura, aquel útero de cemento y cada vez más agua que les permite estar sin estar y, así, continuar entre los vivos.

Él salió como cada noche y allí estaba el soldado. Lo hacía para que entrase aire nuevo. Abrió la trampilla como cada otra vez pasada, sin respirar, pidiendo a los pulmones silencio, al corazón silencio, a la piel silencio. Abrió para ver cómo lo encañonaban unos ojos espantados dueños de un fusil que era una pregunta, una promesa de apocalipsis, un mal presagio.

Ni siquiera cerró la trampilla rápido para huir. Ni siquiera cerró la trampilla de un golpe seco. Ni siquiera alentó, ni exclamó, ni gritó, ni hizo nada. La cerró sin apartar los ojos de los ojos del soldado. Después sí corrió, hacia ella. Parecía que iba a avisarla, pero no, buscaba su cobijo. Y ella, solo por ver cómo llegaba, entendió que acababan de ser descubiertos.

Pasaron las horas y nada sucedió. ¿Qué hacemos, amor? ¿Salimos? ¿Nos entregamos? ¿Qué esperan que hagamos? No, vida, esperamos aquí. Que vengan ellos a por nosotros y nos saquen.

Pasó un silencio de plomo y horas. Pasaron mil rocíos de sudores

fríos y escalofríos trágicos.

Y llegó la noche y nadie vino a por ellos.

Y cuando ya las estrellas contemplaban desde lo alto aquella tragedia y se preguntaban unas a las otras qué pasará, cuándo entrarán a por ellos, cuándo los sacarán para matarlos como a tantos, como a todos, como a esos que vemos desde aquí arriba como los matan día sí y día también, cuando ya era casi medianoche y arriba en la superficie solo había el silencio de los sepulcros, entonces fue cuando tres golpes, uno detrás del otro, uno seguido del otro, como una llamada, retumbaron en el sótano que los esconde. Tres golpes contra la trampilla. Tres golpes por fuera.

Ya está, amor, ya está. Quieren que subamos. Deja, yo voy delante.

Ella iba, pues, detrás, agarrada a su camisa como si tuviese miedo de perderse por el camino.

Él abrió la trampilla.

En la cocina no había nadie. Solo una caja llena de fruta, una hogaza enorme de pan de trigo y manzanas verdes.

Lo cogieron y volvieron.

Y comieron atónitos aquel maná inesperado.

# 15

El coche se balanceaba enfadado y los viajeros se dejaban los riñones en cada acometida, en cada empedrado de aquello que técnicamente se llama «carretera», pero que no es ni congosto, mientras avanza por el monte hacia Vila Flavia. A cada kilómetro que pasa, la luz se hace más presente. Así pues, en nada saldrá el sol. El cabo Vizoso duerme tranquilo a pesar de que los movimientos del vehículo son exageradamente molestos. El teniente debería dormir. Muchas horas de vigilia sin ningún receso para calmar los nervios. Muchas horas, pues, excitado por saber que en cuanto llegue tiene mucho, y muy importante, que hacer.

El pazo de Vila Flavia está habilitado estos meses como custodio de presos. El nombre oficial es Centro de Detención Provisional, y desde allí los detenidos serán llevados en nada al Lazareto de San Simón. Su amigo de armas, el teniente Covelo, es el encargado de la intendencia, muy compleja y difícil, antes del traslado definitivo. Y hasta donde él sabe por los telegramas que han cruzado, todo está en orden y él llega a tiempo para hacer lo que tiene que hacer.

Nadie le preguntó qué clase de asunto familiar era el que le esperaba. De hecho, ni le preguntaron cuál era su casa o dónde quedaba su domicilio. Dijo que marchaba a Galicia, sin precisar nada más. Y siendo él quien es, nadie cuestionó aquella respuesta por muy en guerra que se esté y por mucho que se necesite a todos los hombres para luchar contra los enemigos de la patria. Aunque tampoco él tenía que dar muchas explicaciones. Lo amparaba una especie de patente de libertad absoluta para moverse por la zona nacional de la España liberada sin tener que rendir cuentas a nadie. Es lo que tienen las amistades. Que te ayudan a andar por el mundo. Las influencias. Todo eso que el doctor Emilio Varela no supo cuidar o no tuvo interés en cuidar.

—Las gentes están pendientes de saber cuál es tu posición, cuánto dinero tienes, cuáles son tus casas y tu dinero. ¿Tanto tienes? Pues así te tratan. Y así nos va, hijos. Huid de esa forma de ver el mundo, hijos míos. Soñad con la Luz. Escapad de ese mundo asqueroso y endógeno.

Endógeno... El doctor, Ana, Ramón, los tres usaban esas palabras y otras que a él le parecían artefactos de confusión que empleaban solo para que él no entendiese.

El doctor les decía ese tipo de cosas y con ese tipo de palabras. Que soñasen con la luz. Que buscasen la unión mística del universo. Se las decía a él y a Ramón Gándara, a Moncho, a Monchiño, a su gran amigo de infancia, entonces un hermano, con quien se crio dentro de las gruesas paredes de granito y de piedra brava que era aquel pazo extraño donde nada era, ahora lo entiende, como debiera ser.

Muchas veces piensa que debería estarle agradecido al doctor. Al fin y al cabo, gracias a él salió de la pobreza. Sin su apoyo, sin sus cuidados, nunca habría hecho carrera militar. Fue él quien lo envió primero a Zaragoza, a la Academia, y después lo ayudó con el sustento en África. Fue él quien antes le dio todos los cuidados necesarios para tener una infancia decente y salir impune de las miserias de la pobreza. Sí, es cierto. Le debe mucho al doctor Varela. En parte, pero solo en parte, es quien hoy es gracias a él. Pero también parte de su desgracia es culpa suya.

Es cierto que lo trató, a él, a Ramón, como si fuesen dos hijos, los dos hermanos de su hija Ana.

Los tres crecieron juntos y los tres soñaron un futuro.

Pero el destino es retorcido, tanto como la carretera endiablada que hace que su mente y su cuerpo se acerquen a Vila Flavia, ya iluminada por completo con los primeros rayos de sol de la mañana. El destino, tan retorcido, que hizo que los dos se enamorasen de Ana, como Ramón cantó en su libro de poemas, ese que quiere publicar y que ya tenía apalabrado con Ánxel Casal, el editor de Santiago a quien, por suerte, ya han fusilado.

*Ana de ojos*

*como barro limpio.*

*Ana de brazos*

*como estante amoroso en el que dormirse*

*sueños de fresas y luz.*

De esa Ana. De esa. Los dos enamorados.

*Hay un momento en el que todo es cotidiano, normal, en el que ya nada sorprende. Un instante en el que los gritos son norma de relación, y la taquicardia, ley.*

*La soledad es eso. Cuando sabes que uno grita y otro se calla, que uno levanta la mirada y otro baja los ojos. La violencia, aunque solo intuida, es el gusano que come los días y come la vida. La soledad rota de quien se siente rota.*

*Solo quiero que se vaya de una vez de mi vida.*

*Aunque me pegue a diario hasta que eso pase.*

*Pero que se vaya.*

*Anxela llegó un día a ese punto.*

*Ya no me importa que me pegue, pero que se termine esto para siempre.*

*Todo empezó hace aproximadamente dos años, cuando tirada en la cama, con un pañuelo apretando los labios —y menos mal que te di con la palma, que si te doy con el puño sí que ibas a saber lo que es el dolor —, entendió que ella no tenía la culpa. Que daba igual lo que hiciese. Que daba igual.*

*Ese día, de alguna manera, empezó a ser libre.*

Durante todas aquellas semanas solo habían comido latas de sardinas. Y los primeros días también hogazas de pan de centeno, aquellas cuatro o cinco que habían conseguido meter en la cueva.

Pero desde hace dos días todo era distinto.

Ya iban dos noches en las que cuando todo el mundo estaba durmiendo —al menos algunos dormirían, los que hacen guardia o los que viven en el espanto, difícilmente— sonaban los tres golpes en la trampilla.

La llamada.

A pesar de que ya sabían lo que era, cada golpe les paraba un poco el corazón. Siempre era él, electrizado, muerto de miedo, quien se acercaba y abría la trampilla para coger la pequeña caja de comida.

Que Dios bendiga al soldado, sea quien sea, dijo ella. Somos ateos, amor —apuntó él—, pero que Dios le bendiga.

# 16

Ramón y Ana están sentados en la Pena do Abalo, en el lugar alto que hay pasando la ermita de Nosa Señora da Guía. Están allí y el doctor Varela está con ellos. Los tres y un libro. Debe de ser aquella edición ilustrada de La isla del tesoro que leen los días de lluvia en que no pueden salir muy lejos a coger golondrinas con las trampas o a obligar a los topos a salir de su escondite. En eso Darío es muy bueno. Igual no memorizaba tan bien como Ramón, pero era capaz de trepar por los árboles mejor que él, o de construir cabañas con sus propias manos como tantas veces había hecho, como aquella en la que Ana lo besó por primera vez. Porque fue a él a quien Ana besó primero. Quizás porque cuando aún Ramón no tenía pelusa en el bigote, él ya se afeitaba. Quizás porque se hizo hombre más rápido que él. Quizás porque, en el fondo, a quien Ana amaba, por lo menos al principio de los tiempos, era a él.

Sí, están ahí. Los dos y el doctor. Leen el libro y él les da una voz desde lejos, esperadme, no empiece a leer, don Emilio, no sin mí, esperad. Pero no esperan. Empieza a leer sin él. Lee los labios del doctor que lee y Darío intenta avanzar hacia ellos, y tiene ganas de llorar, corre, pero no pasa del sitio en el que está. No avanza. Se queda atrás. Se cae. Levanta la mirada y Ana y Ramón se pierden por detrás del hórreo y él sabe que van a besarse, que Ana, que lo besó a él primero, va a besar a Ramón, que ha dicho que quiere ser poeta y que ha escrito un libro que todos hemos leído y que nos sabemos casi de memoria, Ramón, animado por don Emilio, claro que sí, para que lo sea, un poeta, Monchiño, tú serás poeta y yo leeré tus versos después de la misa de los domingos, para que el pueblo escuche de verdad la voz divina, porque no hay nada más divino que un poeta. Y tú lo eres, Ramón.

Ramón se casará con Ana. Eso nunca lo escuchó. Pero lo sabe.

El teniente Darío Rocha despierta y se le van de la cabeza Ana, Ramón y el doctor Emilio Varela.

—Mi teniente, hemos llegado.

# 17

Anxela agarra la mano de la mujer, quedamos en que se llama Ana y en que es la destinataria de los poemas de amor. Se la coge y la separa a la altura del pulso izquierdo. Anxela se asusta por lo que acaba de pasar, y sintiendo el corazón reventando por dentro, intenta, infantil, colocarla de nuevo en su sitio, como si fuesen piezas de un juego de construcción. Intenta colocarla porque sabe que él va a gritar. Intenta devolverla a su lugar porque él escupirá sobre ella una catarata de insultos demasiado alta, muy alta, muy alta, ella tendrá que cerrar los oídos como tantas veces, no me grites así, no me grites así. Le dirá qué cojones estás haciendo. Cosa que tocas, cosa que jodes. Y dirá imbécil. O dirá retrasada. O dirá mamona, estabas mejor quieta y callada. O muerta.

Deja la mano como puede, más o menos cerca de donde se supone que tiene que estar la mano de un esqueleto. Entran el forense y Duarte y don Darío y algunos compañeros de la excavación. Alguien, pero no sabe quién lo dice, pregunta por el libro y entonces se da cuenta de que lo olvidó en casa, pero no puede decirles eso. Pero, por alguna extraña razón, don Darío ya lo sabe.

—Mejor. Ese libro solo os traerá problemas.

Anxela se siente invadida por una espantosa pena.

Tan grande, que despierta aliviada de la pesadilla.

Respiran, aunque no hay mucho oxígeno allí dentro. Desde luego, no aire fresco. Por suerte, no son conscientes del hedor que desprenden. Las horas, la orina y otras tristezas humanas, el tiempo detenido, los charcos de agua de la lluvia que se filtra sin piedad, todo eso forma una mezcla química irrespirable que, a pesar de todo, no les quita la sonrisa de la cara.

Es Amor quien les hace reír. Quien tira de la vida.

Y el soldado, que los alimenta.

# 18

No hay nadie para recibirlos.

—Mejor.

—Pero, mi teniente, yo di aviso de que llegaríamos a primera hora de la mañana —dice el cabo temeroso de la reacción de aquel superior con fama de violento.

—No te preocupes, Vizoso. Mejor que no nos esperen.

El soldado es el único que aparenta estar del todo vivo de aquellos tres que bajan del coche. Porque por lo menos hace algo. Lleva las maletas, dos, grandes, las dos del teniente, y una bolsa, un petate donde se mezclan uniformes y mudas que la intendencia permitió que cogiese para él y el cabo. El soldado se pregunta qué significará esa mirada turbia y ceniza del teniente, clavado en la puerta del pazo, donde ni guardias hay siquiera, observando el interior de aquel lugar que, no sabría explicar por qué, no le agrada.

El teniente empieza a caminar hacia el interior del pazo, seguro, clavando con fuerza los pies en el suelo, pues sabe adónde ir. El cabo y el soldado, prudentes, lo hacen un par de metros por detrás, esperando órdenes, adivinando posibilidades. Ninguno de los dos puede saber, porque van detrás, que el teniente camina con los ojos cerrados, concentrado en escuchar el sonido de las botas al caminar por encima de lo poco que queda de lo que un día fue una entrada

hermosa hecha con conchas de berberechos traídos de la ría de Vigo, aquel mar tan alejado y absurdo. Tanto, tan absurdo, como todo allí, que la Virgen que señorea el pazo es la santa de los marineros. Sonríe. Nadie puede ver su sonrisa y nadie, aunque lo viese, podría adivinar qué está pasando allí, dentro de aquella cabeza. Nadie puede saber que dentro de su cerebro está escuchando el discurso que lleva pensando años, el plan que lleva tiempo diseñando, todo lo que allí va a pasar, no solo la muerte del doctor, sino lo que pasará con el pazo. Lo quiere para él. Sabe que no será difícil conseguir que le transmitan la propiedad de Vila Flavia. Ellos son la ley ahora. Y el sacrificio que está haciendo por la patria bien merece esa clase de recompensas. Y si hay alguien que merece quedarse con el pazo, es él. Los bandos que emitieron los militares son claros: puede ejecutarse a cualquiera por rebelión militar sin apertura de causa, y una de las condenas puede ser la muerte con indemnización de todos los bienes. Eso es lo que después algún notario amigo registrará para la transmisión de la propiedad. Lo tiene todo pensado. El doctor morirá en nada. Y morirá a manos de él. Tiene una pistola de calibre 9 largo para ayudarle en la tarea. Ese es el primer objetivo, esa es la fuerza que lo mueve desde hace años. Vaciar toda esa rabia sobre aquel ser miserable que sí, que lo sacó del estiércol, seguro que lo esperaba como hijo huérfano en aquella tierra carroñera, pero eso no quita el mal causado auspiciando como hizo a todos aquellos comunistas, anarquistas, galleguistas y sindiós que él mantuvo, incluso económicamente. A él no hay Dios que lo salve. Su hija está desaparecida desde el inicio de la guerra, según le han dicho, su hija y Ramón, el poetastro. Si no está muerta, más le vale estarlo. Le pidió a Covelo, el teniente compañero al mando de aquel operativo, que presionase al viejo para que confesara su paradero. Seguramente no contaría nada.

El pazo será suyo. Y cambiará todo. Como está cambiando todo en el país. Sabe que el odio que siente por ellos es, básicamente, político. Puede parecer algo personal. Pero es algo político. Por culpa de mentes enfermas como la del doctor, en aquellas tierras tranquilas había ganado el Frente Popular. Por culpa de hombres envenenados como el médico, su hija y Ramón, cómplices, el

galleguismo separatista había cogido impulso y se había hecho en muchos sitios con el poder, como en Santiago, por ejemplo, con aquel editor, Ánxel Casal, ya fusilado, que era el alcalde de la ciudad del apóstol.

Emilio Varela y su tropa tenían muchas responsabilidades.

Y él, un odio ancestral.

En el patio hay restos de una hoguera que, por las cenizas que se ven, debió de ser grande. Eso solo puede significar que sus órdenes fueron bien ejecutadas. Quería llegar y que no quedase allí ningún libro. Ningún papel. Que ardan todas las palabras. Todas.

¿Ves como hay gente buena? Debe de haberla, sí. Pero ¿por qué lo hará? ¿Quién es el soldado que da tres golpes en la trampilla y les lleva la comida? Pero no todas las noches, ayer no vino, y fue noche sin dormir, ellos pensaban lo han cogido, estará ya fusilado, pero no, porque si lo han cogido es porque saben que estamos aquí y entonces esas fieras ya nos habrían arrancado los ojos, no vino porque no podría, no vino porque lo destinaron a otro sitio, no vino porque tiene miedo, porque no quiere arriesgarse más, porque va a decir la verdad y va a delatarnos. Las noches sin dormir son buenas para enarbolar hipótesis como cuchillos.

No sé por qué nos ayuda, amor, debe de ser un loco, o un ángel.

Comen lentamente una zanahoria que él parte por la mitad. Y mastican un beso en la forma de mirarse.

# 19

El teniente Covelo sintió cómo alguien levantaba su colchón y lo tiraban al suelo entre risas.

—Pero ¿quién es el hijo de puta?

Antes de que pueda levantarse ya el teniente Darío Rocha, su colega, su amigo, su compañero de armas, está sobre él haciendo como que le da con el puño en la cara. Le aplasta la cabeza con el puño contra el suelo mientras, entre carcajadas, le repite: ¿Te rindes?, ¿te rindes?, ¿te rindes, maricón? Los dos hombres se ríen en aquella falsa pelea, varoniles, llenos de complicidad, energía y juventud. Se pelean como dos lobos que solo quieren jugar. Así se sienten. Lobos. Son amigos. Se formaron juntos en la Academia Militar de Zaragoza, compartiendo confidencias durante madrugadas de frío y futuro prometedor. Así lo sentían aquellos dos jóvenes con sueños de grandeza y cambio. Decían: ojalá algún día alguien entienda que hay que darle la vuelta a España. Ojalá echen al rey. Ojalá se pudran todos esos republicanos de mierda. Ojalá un día un Hitler, un Mussolini, nos inspire también aquí. Ojalá Franco o Sanjurjo o Queipo de Llano o Mola. Ojalá alguien.

Por eso saben que ahora es su tiempo.

El teniente Covelo adora a Darío. Y el verbo no es una exageración. Es un compañero de los que ya no quedan. Ante todo, Darío es un hombre noble. Serio y cumplidor cuando hay que serlo. Pero también una persona que sabe escuchar. Mucho han hablado de mil cosas los dos.

Darío siempre estuvo cuando Covelo tenía problemas, sobre todo al principio, en Zaragoza. No le iban bien las cosas. Era torpe para el estudio y Darío siempre estaba para meter más horas con él hasta que aquellas lecciones le entraban en la cabeza.

Darío es, sobre todo, un hermano. Sabe que daría la vida por él. Y él también haría lo mismo por Darío.

Rocha le ayuda a levantarse.

—Podríamos ser una panda de rojos y acabar con todos vosotros, marmotas. Llegamos hasta aquí dentro sin que nadie nos diese el alto.

Parece una bronca, pero no lo es. Porque el teniente sabe, los dos lo saben, también el cabo Vizoso lo sabe y el soldado que carga con las maletas y los macutos también sabe, que eso es absolutamente imposible. Toda Galicia es fiel a Franco y a la Cruzada. Hubo alguna escaramuza, alguna tentativa inconsciente o suicida de resistencia, en algunos lugares por la zona de Vigo, que acabaron como casi siempre acaban estas cosas, con muchos muertos. Dicen que allí fusilaron al alcalde, un tal Martínez Garrido, en las tapias del cementerio municipal. Muertos todos ellos, ahora todo les parece más fácil. Tiros en Vigo hubo, sí. Algo en Santiago. Casi nada. En aquellos montes, desde luego, y en toda la comarca, la situación estaba más que controlada. Los rojos estaban o muertos o allí confinados, tal y como había dictaminado el gobernador militar de la provincia, presos, algunos, a la espera de un consejo de guerra. Otros, de un juicio sumarísimo. Algunos serían paseados y ya no saldrían de aquellas tierras. El resto irá en unos días al Lazareto de San Simón. Allí, en aquella isla en mitad del mar,

aprenderán a querer a España.

Se dan abrazos viriles pegándose fuerte en la espalda. Así se abrazan los hombres. Se abrazan así dos amigos en el mejor momento de sus vidas. A los veinticinco años gloriosos, llenos de fuerza, con la sangre batiendo fuerte en las venas.

Con poder.

—Este es el cabo Vizoso.

Así se abrazan dos amigos del alma.

El cabo se cuadra marcialmente y el soldado, aliviado, deja caer maletas y macuto para hacer lo mismo.

—Descansen. Si quieren, ahí detrás están las cocinas. Tienen café caliente y quizás quede algo del pan de ayer. Les vendrá bien después de tan largo viaje. Nuestra cocina está bien llena y aquí hambre, de momento, no pasamos.

—¿Pan de las monjas de Veleiro?

—Sí.

—Es increíble —dice el teniente Rocha.

—¿Qué es increíble?

—Que a estas alturas tengan harina. ¡Que alguien la tenga! Se supone que no hay o que no queda casi nada. No te imaginas los cristos que tienen en la intendencia para abastecer como es debido a los nuestros en el frente.

El teniente Rocha recuerda el monasterio, de siempre, allí arriba, donde casi acaba el monte Balado. Se pasó buena parte de su infancia comiendo las roscas de crema y azúcar que hacían aquellas santas por la Pascua, y las tejas de caramelo que el cura les regalaba a los niños y a las niñas el domingo en la misa y que también hacían aquellas monjas.

—¿Cómo están?

—No entiendo. ¿A qué te refieres?

—Digo que si están bien. Si la guerra llegó también a ellas. A las monjas.

—¿Desde cuándo eres tú amigo de la Iglesia?

Los dos se ríen, cómplices.

—Si llega a saber el cura castrense de la Academia lo mujeriego que eres, y lo mucho que te gustan las faldas, incluso las de las casadas...

El estruendo de las risas de aquellos dos amigos atruena la quietud de una mañana que, de no ser porque se sabe que a unos metros se confinan hombres muertos de miedo, sería un amanecer en alguna de las muchas formas del paraíso.

—La verdad es que creo que tienen mucha suerte. Ahí no se enteran de nada de lo que pasa fuera. Entramos un par de veces que nos mandaron desde Gobernación. Siempre me opuse, pero ya sabes lo tercos que pueden llegar a ser muchas veces los de arriba. Sabíamos que era improbable, pero teníamos que comprobar que no escondían a ningún rojo allí. Nunca opusieron resistencia para entrar y registrarlo todo.

—¿Y encontrasteis algo?

—No, nunca nada. Qué íbamos a encontrar. Un puñado de monjas viejas muertas de miedo, asustadísimas cada vez que fuimos a visitarlas.

El teniente Darío Rocha saca una pitillera plateada del bolsillo interior de su abrigo. Le ofrece uno a su compañero, que niega diciendo algo sobre no fumar antes del almuerzo.

—Deberíamos ir tirando. En media hora sacaremos a los presos a

formar en el patio. Si puedo trasladarlos esta semana al Lazareto, mejor.

El teniente Rocha siente un escalofrío después de ese comentario.

—¿Está mi amigo doctor?

El compañero asiente con la cabeza.

—Lo tratamos como a uno más. Como me pediste.

Darío Rocha le da tres caladas seguidas al pitillo antes de tirarlo al suelo, nervioso. Pisa la colilla con la bota.

—¿Cómo está? Quiero decir: ¿cómo se porta?

El teniente busca las palabras, porque no es fácil contestar esa pregunta.

—La verdad es que me sorprende.

—¿El qué?

—La manera que tiene de comportarse. Me esperaba otra actitud más de acuerdo con su clase social. Pero no. La verdad es que no abre la boca. Le hicieron de todo, como te imaginas. No es fácil la vida para los que están ahí dentro. Pero es de los que menos se queja. Solo me habló una vez del pazo, cuando saqué aquella foto que me mandaste que buscara. Me recordó que él era el dueño del pazo, que todo lo que aquí hay es suyo.

—Sí —responde el teniente mirando al suelo—, es suyo. Pero dejará de serlo muy pronto.

Darío Rocha saca otro cigarro y lo enciende de nuevo. Su compañero no entiende muy bien lo que le acaba de decir, pero no se atreve a hacer ningún comentario. Lo conoce muy bien. Es, como él, hijo de campesinos y, como él, si llegó a algo en la vida fue gracias al Ejército. Hablaron mucho sobre esto y fueron infinitas las ocasiones en las que le habló de Vila Flavia y de aquel médico que, por lo que sea, quiere reservarse para él. Sabe que pidió la licencia solo para venir a Vila Flavia. A ocuparse personalmente del doctor Emilio Varela.

—No me sorprende lo más mínimo. Es un hombre orgulloso. El más orgulloso que he visto en mi vida. Bueno, el más orgulloso no. Sé de alguien que lo es más.

El agua interpreta una sinfonía inaudita en dos movimientos, el primero, cuando cae como diluvio sobre el patio; el segundo, cuando se filtra por las paredes y empapa pies y miedos. Dijo él: cierra los ojos, nena, y escucharás una catarata. Ella los cerró y sonrió. Pareces mi padre —apuntó—. Estás igual de loco que mi padre. Él acarició aquella melena pegada a la cabeza y que caía por aquel rostro enturbiado de tanto encierro.

*A veces pienso: ojalá me pegue una hostia tan brutal que haga que todo se termine de una vez. Sé que lo pienso y al mismo tiempo me espanto de pensarlo. Pero lo pienso. Es el cansancio. La tristeza. Y la completa seguridad de que quizás nunca encontraré las fuerzas necesarias para romper la barrera del miedo y salir, denunciarlo, o las fuerzas necesarias para asumir que me engaño cuando me digo que hay que darle una nueva oportunidad, seguro que cambiará, lleva una semana muy suave, incluso hicimos el amor el otro día.*

*Es la tentación de seguir agarrada al abismo.*

*La llamada del vacío.*

*Sí. Ojalá me dé tan fuerte, o con tanto acierto, que todo se termine de una vez.*

*El problema es ese: el círculo tóxico. Me pega. Lloro. Pide perdón. Me cura las heridas. Semanas de quietud y calma. Cierta normalidad. Amor, a veces. Y en algún instante presiono el botón que hace que el mundo se venga abajo. Y hay un grito, un empujón, una bofetada, un golpe en la cabeza, una mano que aprieta mi cuello. Y lágrimas. Y perdones. Y un círculo eterno.*

*Sí. A veces deseo eso: que se termine esto de una vez.*

*Que me mate.*

# 20

—Has dicho que ya van a sacar ahora los presos al patio, ¿no?

El teniente consulta el reloj. Las seis y media de la mañana.

—Sí. Ya deben de estar a punto de entrar en el barracón para sacarlos.

—¿Cuál es el plan?

—Primero de todo, recuento. Luego montamos el rancho. Tomarán algo de leche fría y un poco de pan. O igual algo de polenta, ya sabes, algo de harina cocida en agua. Es poco sabroso, pero energético. Que no se quejen. Después tienen la misa y más tarde participarán todos en el homenaje a la bandera que hacemos los viernes. Después van a picar piedra a la cantera de Torres. Es para fabricar asfalto.

—Pues a él no lo saques, por favor. Después de tomarme ese café caliente del que me hablas, querría verme a solas con él.

El compañero no pregunta. Obedecerá. Sin juzgar ni cuestionar. Aunque la curiosidad le hace preguntarse, a pesar de todo, pero solo para sí, qué clase de motivos tendrá su compañero para desear con tanta fuerza el mal de aquel preso en concreto. De aquel que, además, y según le han contado, fue una especie de padre para él.

En realidad, es como si no lo conociese del todo o, por lo menos, que no lo conociese bajo este prisma que hoy tiene delante. Lo recuerda como un hombre tranquilo. Valiente como debe ser un soldado, pero tranquilo. En la Academia destacaba por proteger a los soldados que llegaban sin experiencia y pobres como ratas. Es un hombre generoso. Con él y con quien lo necesite. No sabía que habitaba el mal en ese corazón. Algo terrible debe de ser lo que ha de ajustar con ese médico en el que tiene tanto interés.

—A sus órdenes, mi teniente.

—Gracias, amigo. Me gustaría asearme y después iré a comer algo. Si te parece bien, puedo instalarme aquí mismo, en el pazo, mejor que en el pueblo.

—Estás en tu casa. No tienes que pedir permiso. Yo estoy ocupando uno de los cuartos de arriba. Pero hay muchos más.

—Lo sé. Lo sé bien. Me crie aquí. Y cuando dices que estoy en mi casa, no te imaginas lo cierto que es.

—No entiendo, amigo.

—Es muy fácil de entender. En cuanto se muera el médico, no hay dueño vivo heredero que reclame este pazo. Lo haré yo, que no soy de su sangre, pero casi nací aquí, y qué cojones, lo quiero para mí y punto y por mis santos huevos. Como sabes, es posible redactar un informe que reclame la indemnización con todos sus bienes. Ya se

está haciendo y lo haremos aquí también. Ejecución con indemnización de todos los bienes. Eso escribiremos en el informe para el Gobierno Civil. Los tribunales militares están, entre otras cosas, para eso.

El teniente, de nuevo, no pregunta. Es obvio que ha pensado en todos los detalles, que lo tiene muy claro y muy meditado. Y sí, de alguna manera no lo conoce. El recuerdo que tiene de él es otro.

—Me aseará en el baño de la parte de arriba, cerca del dormitorio principal. Seguro que sabes cuál es. Quiero darme un baño caliente. ¿Puedes pedir por favor que me calienten agua?

—Ahora mismo.

—Después —dice consultando el reloj—, a eso de las once, por ejemplo, tráeme al doctor. A lo mejor me echo una siesta antes. Ahora decidle que se puede quedar en el catre o dondequiera que esté.

—Está en el suelo.

—Bueno, pues que puede quedarse allí. Dile solo eso, que no tiene que salir. No le digas que he llegado, por favor. Y después tráemelo a la sala de la pajarería.

Al escuchar ese nombre, el teniente rompe a reír.

—¡La que tenía montada el médico allí!

—¿Tenía? —pregunta Darío Rocha sin dejar de sonreír.

—Sí. Se murieron todos los pájaros. No se le ocurrió a nadie darles de comer...

# 21

Darío Rocha ve cómo su compañero se va después de abrigarse con la chaqueta reglamentaria y de pasar la cinta de la pistola al pecho. Le sonríe desde la puerta y ve cómo se va, con las manos en los bolsillos del uniforme y en una actitud bastante poco marcial, pero es que ahí fuera va un frío de muerte, aunque estamos en agosto. El verano es frío y húmedo en Flavia en las primeras horas.

El teniente cruza el patio vigilado por cuatro hombres, cada uno en su garita.

En cada garita, un hombre.

Y en cada una de las garitas, una bandera. En las dos orientadas hacia el norte, banderas de España. En las otras dos, una de la Falange y otra del partido nazi alemán.

Recuerda la pajarería. Otro de los muchos disparates del doctor. Tenía en uno de los salones un lote de jaulas, como diez o quince, llenas de aves extrañas traídas de distintos lugares del mundo.

—Mira, Darío. Esta es Rosenda. —Las aves tenían esa clase de nombres—. Estoy intentando que aprenda a recitar a Plutarco.

Y allí se pasaba horas el doctor, libro en mano, recitándole al bicho para que repitiese aquel latín incomprensible. Y en general pasaba,

y las cacatúas y las otras alimañas que allí tenía el loco aquel cuidadas a cuerpo de rey, hablaban. Y todo era un escándalo a determinadas horas del día, cuando se ponían a chiar todas al mismo tiempo. Aquella recitaba, sí, a Plutarco, un loro repetía sin cesar frases enteras de La isla del tesoro, de Stevenson, otra pega imitaba, a pesar de ser tan pequeña, el sonido de los cañones de los barcos de guerra...

Recuerda y sonríe casi con ternura. Y acepta que no fueron malos todos aquellos años. Sobre todo, los primeros. Cuando el doctor le pedía que lo ayudase a darles de comer o a cambiarles el agua. Recuerda con emoción la vez que le permitió ponerse aquel guante de cuero tan grueso para sostener a aquel animal magnífico que, según el doctor Varela, se llamaba halcón de las Antillas, que tenía un pico regio y grueso que daba miedo mirar de tan peligroso como parecía.

Es cierto que fue feliz allí. Y por un segundo abrazó la idea de volverlo a ser. Quizás debería cambiar de opinión y darle una oportunidad al doctor. Qué más dará su apoyo al Frente Popular. Qué más dará su republicanismo. Qué más dará. Fue como un padre para él. Y, por lo tanto, él como un hijo. Quizás lo considere todavía así. Quizás todavía tengan una posibilidad.

Piensa en todo eso mientras apura el paso para escapar del frío.

# 22

El teniente acecha por la ventana y observa a los presos fuera, allí abajo.

El agua se escurre por la alcantarilla. Y con ella, su debilidad de hace unos minutos.

Está allí para lo que está.

¿Cuánto hacía que no se lavaba? Semanas, sin duda. La vida de soldado, y más la vida de un soldado en guerra, tiene bastante poco que ver con la higiene. Allí, en aquel que un día fue pazo de glorias, flores, fiestas, artificios, risas, allí, en aquella casa ahora triturada por la guerra, huele a hombre, a cuadra. Algunos, porque es fácil imaginar que no han visto el agua mucho por ese lugar y que la poca que les dan es para beber. Otros, los guardias civiles, los falangistas —le han dicho que hay unos cuantos allí colaborando—, el resto, son gentes de poca higiene.

No es tan necesaria.

El doctor solía decir que la suciedad es fuente de enfermedades. Y que la gente, si está limpia, es más feliz. Decía esas cosas. Hablaba de felicidad. Quién le mandaría. No le bastaba con sanar a la gente. Decía que tenía que hacer lo posible para que todos fuesen felices. Que esa también era una parte de su trabajo de médico.

Recuerda todo eso mientras pasea, desnudo, mojado, humedeciendo con sus pies la madera noble del suelo, por el despacho del médico. Excepto la mesa, poco queda allí de lo que aquel despacho fue en otra época.

Como él había mandado, se había limpiado todo oportunamente antes de su llegada, quemando cuanto papel, libro o cuadro se encontrase. También se habían quemado muebles. Aun así, quedan muchos libros en aquel gabinete. Probablemente se les había pasado aquella estancia o no les había dado tiempo, pues había mucho que quemar.

Le había dado aquella orden a su compañero, para que él empezase con el ejercicio de destrucción, con el prólogo higiénico antes de la labor que tenía pensada acometer con aquel pazo, con aquella tierra, con aquel médico. Sobre todo, con aquel médico. Quemarlo todo era una especie de purga, sobre todo para él. Quiere quemar su vida pasada para poder comenzar una nueva. El fuego purifica. Él tiene mucho que quemar. Cualquier afecto de cariño por aquel hombre, por ejemplo.

Se viste. De uno de los macutos que el soldado le ha subido hasta aquel despacho, saca una muda limpia. Un calzón y una camiseta corta.

Al coger el pantalón se le cae el monedero. Marrón y desgastado, deshilachado por varios lados. Lleva con él muchos años.

Al abrirse el monedero, aparece una foto de Ana por uno de los bolsillos interiores, como diciendo estoy aquí, y lo sabes, Darío,

sabes que estoy aquí, en cada madera, en cada piedra de este pazo al que has venido a asesinar a un hombre. Estoy aquí, también en tu corazón. Y voy a seguir, también, cuando lo mates.

Es una foto que Ana le envió, dedicada, hace muchos años ya, cuando se fue a Zaragoza al principio de su carrera militar. Le dio la vuelta para volver a leer aquellas palabras, algo desvanecidas ya por el paso del tiempo, que Ana le había escrito: «Para Darío, mi hermano siempre». No decía «para Darío, mi amor siempre», ni siquiera «para Darío, siempre en mi corazón», o «para Darío, que no te olvido», o «para Darío, mientras te espero». Usaba esa palabra, hermano. «Mi hermano siempre». ¿Cómo se le puede decir eso a un hombre enamorado? ¿Cómo se le puede decir eso a quien sabes que te quiere?

Siente su sexo reventando dentro del pantalón y, como tantas veces, coge la foto y mira a Ana. La foto está tomada de perfil. Lleva el pelo recogido en un moño. Viste una blusa de manga corta. Tiene los ojos cerrados en actitud melancólica. La blusa tiene motivos que él recuerda rojos, como cruces vegetales. Se adivina ligeramente el pecho izquierdo.

Al principio cerraba los ojos y recordaba lo que había pasado una vez entre los dos, una única vez, la única vez que se besaron. Pero desde hace unos años, solo piensa en lo que le haría si la tuviese delante.

Sabe que esa oportunidad ya pasó. Ella eligió a Ramón Gándara y huyó con Ramón Gándara y nadie sabe dónde están.

El teniente Darío Rocha eyacula sobre el suelo, inundado de un sentimiento de asco y odio profundo. Se limpia con la misma toalla

con la que se secó el cuerpo tras el baño y acaba de vestirse.

Vuelve a la ventana y mira de nuevo hacia abajo y observa cómo avanza el médico, que ahora cruza lo que algún día fue un elegante jardín francés, delante de su compañero y camarada de armas.

Y él se para.

Y todos se paran.

Y Darío ve cómo el médico mira hacia arriba, descubriéndolo.

El corazón le da un salto dentro del pecho y casi se le para. Se esconde rápido detrás de los visillos y siente una ira infinita que le sube desde el pecho y que le hace entender, mejor aún, por qué lo odia tanto y por qué debe quemar la poca caridad por él que pueda todavía existir en su corazón. Sabe que eso es lo que debe hacer por ese corazón que baila una danza enloquecida entre las sienes. No fue así en el frente, pegando tiros. No fue así cuando disparó a aquella cuadrilla de traidores en la retaguardia de Plasencia, aquellos sublevados contra la Nueva España que hicieron descarrilar el tren que llevaba los víveres hacia Mérida. Él dirigió la operación, él los capturó y los ejecutó, atados cada uno a un árbol, no le tembló el pulso, con un disparo en mitad de la frente. Nunca dirigió un pelotón de fusilamiento. Hizo algo mejor y por eso es respetado. Temido. El respeto y el temor, en su lógica simple pero efectiva, de militar, son lo mismo.

Hizo todo aquello y nunca su corazón se dio por enterado.

Ahora, puestos los ojos del médico en los suyos, fijos, aunque solo medio segundo, atravesado por su mirada de superioridad, el corazón le perfora las costillas y siente un leve mareo. Y que le falta el aire...

Se sabe, en el fondo, y odia saberlo, a su merced. Sabe el gran poder que tiene sobre él, el predicamento que tiene sobre su persona desde que era un niño. Es consciente de que lleva toda la vida siendo así, un pobre animal inferior delante de Emilio Varela, de Ana, un verdadero bárbaro iletrado a quien no se le da bien, ni le gustan, los modales exquisitos que ellos se gastaban, ni los libros, ni las palabras, siempre confusas. Qué necesidad hay de todo eso. Es para pensar más y mejor, Darío, le respondía el médico. Tenemos que pensar y así construir un mundo nuevo, pleno, donde cada hombre y cada mujer puedan ser lo que deseen, ¿me entendéis, hijos? Y Ana entendía, y sonreía, tan linda. Y Ramón entendía, y sonreía, tan convencido. Y él no entendía. Y, sobre todo, no entendía la mirada de Ana, admirada, hacia Ramón, el poeta que cambiará el sentido de la lírica en Galicia y en toda España, había dicho el médico, nuestro poeta, que será tan grande entre los grandes.

Los cojones.

España no necesita eso. Esos son los ideales viejos y enfermos de una república corrupta.

España necesita hombres.

Y él es un hombre.

¿Por qué nunca me amaste, ni un solo día, así, de esa manera admirada como lo amaste a él, Ana?

¿Por qué elegiste a Ramón, ese hombre tan tibio?

Se sienta en la mesa del doctor. Su consulta está más o menos como él la recordaba. Faltan muchos libros, esos que habrán ardido ayer. Y el retrato de doña Beatriz y el médico y Ana por carnaval.

Se sienta en la mesa en la que Ana se sentó cientos de veces a escribirle, con aquella letra tan bonita que tenía —la misma que usó para la foto dedicada, para mi hermano, siempre hermano, nunca amor, corazón, hombre fuerte, ¿no recuerdas aquel beso aquella noche de carnaval, Ana?, ¿no recuerdas cómo temblabas en aquel abrazo cuando nuestros labios se despegaron, Ana?, ¿no recuerdas nada de eso, Ana?—, a escribir las cartas de las vecinas que mandaban misivas a sus hijos emigrados, a los hermanos que escribían a los tíos de América para aclarar asuntos de fincas y lindes. Ana, escritora delicada de los deseos ajenos y que siempre ignoró los suyos...

Se sienta allí y respira hondo cuando siente que le preguntan, desde el otro lado de la puerta, desde la otra orilla del destino, si da usted su permiso, mi teniente.

# 23

A pesar de los harapos, los moratones en los ojos —recuerdo de una paliza reciente, quién se la habrá dado y por qué—, los pies descalzos, la suciedad en lo que alguna vez fue pantalón, en lo que quizás una vez fue camisa, la mirada limpia, directa, clara que le sostiene, la manera de mirar, sí, es propia de un señor.

Al teniente Darío Rocha se le confirma, pues, lo que ya se imaginaba desde hacía tanto: que se le presentará altivo, con un cierto punto de chulería, incluso.

Así que Darío Rocha acertó.

Pero solo eso.

Porque, en realidad, nada será como se lo ha imaginado.

Porque él había imaginado dolor, súplicas, ten piedad de mí, Darío, yo te saqué de la pobreza, recuerda quién te acogió cuando eras aquel niño huérfano condenado a ser devorado por los lobos, vivías en la pobreza absoluta, recuerda quién te acogió en su casa y te trató como a un hijo. Recuerda eso, Darío, y ayúdame delante de estos bárbaros.

Pero no habría nada de eso.

Él se había imaginado usted quiso hacer de mí lo que yo no era, no le debo nada, fue usted quien me eligió, fue usted quien quiso cambiarme, no ponga esa cara, ¿qué éramos nosotros para usted?, una manera de materializar sus sueños oscuros alucinados de utopista, yo no le debo nada, no, si salí adelante fue porque me fui de aquí, de esta tierra de mierda, de este sitio donde todo es mierda y gente bruta sin castrar, y sí, lo reconozco, me fui también porque usted prefería a Ramón, al poetita ese que nos volvió a todos locos, lo prefirió a él, que sabía rimar, como sus cacatúas de la pajarería, el muy imbécil, lo prefirió a él, que sabía hablar y decir bonito, y le gustaba porque usted en su soberbia pensaba: esta es mi obra, Ramón, Monchiño es mi obra, mi creación, lo cogí siendo un campesino piojoso y ahora es un poeta, no como Darío, tan bruto que no le entran las letras en la mollera, sí, Monchiño, Darío no, que es bruto a más no poder, como un terrón de lodo seco, así que no me diga que soy como un hijo para usted, no mienta, su hijo era Ramón, que sabía leer mejor y sobre todo escribir, usted nunca disimuló su preferencia por él, se lo notaban todos en los ojos. Él es como usted y por eso lo quería en su corazón y, sobre todo, en el de Ana. Que también lo quería entre las piernas, la muy guarra.

Así se lo imaginó, pero no será así.

Había imaginado menos mal que estás aquí, Darío, menos mal, ven a sacarme de este infierno, ahora sale el sol por fin en mi vida, ahora acaban aquí mis penurias, ahora podrá hacerse justicia, Dios te bendiga, Darío, que viniste para sacar a toda esta gente de su error, diles, diles, cuéntales a todos lo equivocados que están, explícales que soy como un padre para ti, que cuidé de ti cuando eras un niño huérfano candidato a la exclusión. Ayúdame, Darío. Por la historia que nos une. Por lo que somos, aunque las cosas se hayan torcido al final, cuando Ana lo prefirió a él y te rompió, sé que sí, pobre, el corazón. Ese corazón de hierro y plomo que ahora tienes. Darío, yo de eso no tengo la culpa. El amor es una cosa inexplicable. Lo prefirió a él, pero yo no tengo culpa de eso...

Esa podría ser otra posibilidad. Pero tampoco será.

—Así que vienes a matarme, Darío. —El doctor sonríe antes de completar la frase—. Ya tardabas. ¿Y cuál es mi delito, Darío? Yo te lo voy a decir. Te voy a decir lo que me dijo, lo que nos gritó el cura, el otro día. Nuestro delito se llama rebelión. Somos rebeldes, ¿sabías? Rebeldes. Hemos cometido un delito de rebelión. ¿Contra quién, Darío? ¿Contra vosotros? ¿Contra quién me he rebelado, hijo? —Se detiene un segundo, coge aire. Y el teniente sabe que ahora viene lo peor—. Pues mira, me alegro. Llevo toda la vida diciéndote que hay que rebelarse, ¿no? Y no ser conformistas, y luchar por lo que uno considera justo y sin miedo a las consecuencias. Pues eso, aquí estoy, hijo, listo para pagar mi rebeldía.

El teniente se mueve inquieto en la silla acolchada del médico después de escuchar aquellas palabras, que son sentencia y un anticipo del infierno que le espera como lo deje seguir hablando. Se revuelve llevado por el demonio en aquel butacón grande en el que él pasó consulta tantas veces, donde estaba siempre trabajando, centrado en sus papeles de médico.

No se esperaba esas frases. No esperaba que las cosas pasasen así. Y se pone malo. Y si alguna duda había sobre lo que debía hacer —que las había—, se marcharon del todo.

—Siéntese ahí. —Con un gesto de la cabeza le indica dónde, justo enfrente de él, con otro le da a entender a su amigo teniente que debe salir y cerrar por fuera.

—Estaré ahí si necesitas algo.

—No te preocupes. Yo me encargo. Vete con tus cosas. Si todos esos van a salir en breve para San Simón, hay mucho que hacer.

Se quedan solos.

—Si vas a matarme, hazlo rápido. Sé discreto. Eres un teniente del Ejército y querrás hacer carrera. No puedes manchar tu reputación con un espectáculo público de este calibre. Hazlo aquí y acaba ya. Los dos sabemos que vienes a matarme. Y que me matas a mí porque no puedes matar a Ana. Sé valiente y sé un hombre, como decís que sois los gloriosos soldados del ejército fascista.

El doctor le dice todo eso con un habla suave, la que siempre ha tenido, como siempre ha hablado, como si nada fuese grave, como si el momento no fuese terrible. Y mirándolo directamente a los ojos. Fulminándolo. Haciéndolo pequeño. Frío y ajeno. Desde un lugar de libertad que enloquece al militar, pues no es capaz de comprenderlo. Porque él lo que quiere es que le tema, que se cague de miedo, que tiemble en su presencia. Y nada de eso hay en los ojos del doctor.

Parece destrozado, sí, con el cuerpo roto y probablemente el alma tocada. Pero aún entero. Aún claramente por encima de él. Aún sabiendo cómo hacer daño.

El militar sabe que en el punto en el que está ya pocas opciones le quedan. Así que debería dejarlo seco de un disparo en la cabeza, como él le está pidiendo. Ya. Ahora mismo. Debería hacerlo y

aliviar de una vez tanta presión, tanto dolor. Todo eso incómodo y feo que siente desde que entró en el patio, incluso antes, desde que empezó a adivinar el paisaje conocido de su tierra, los montes familiares, las fincas conocidas, la Fraga de Mera, la Lagoa da Saínza. Debería matarlo ahora mismo después de pronunciar en alto y de que se entere tododiós, la sentencia, para que no haya dudas: adhesión voluntaria y entusiasta a la rebelión militar del Frente Popular. Debería matarlo ahora mismo y no esperar a las primeras horas del día, cuando se pasea a todos estos hijos de puta. Nunca las mañanas fueron más alegres que desde que las empezamos así, sacándoles la mollera por la boca a estos rojos de mierda, le había dicho alguien una noche de fiesta hacía poco. Cuánta razón llevaba quien se lo dijo... La noche de fiesta, en concreto, había sido aquella en la que la batida en la que participaba había conseguido acorralar a dos rojos huidos por el monte —alguien había avisado que venían a por ellos— en un cobertizo desde el que, los muy cerdos, habían disparado a su gente, hiriendo de gravedad a un compañero. Eran cuatro, uno de ellos herido, y aun así, consiguieron que aquellos dos criminales se rindiesen. Sacaron un pañuelo blanco y pidieron clemencia. El teniente les mandó tirar las pistolas por la ventana, cosa que hicieron. Él mismo las recogió. Les pidió que esperasen allí, que no les pasaría nada. Fue hasta la ciudad y consiguió queroseno. Y luego alguien se lo dijo, tapándose la nariz porque la carne quemada, joder, apesta: Nunca las mañanas fueron más alegres.

—Aquí quien dice cómo serán las cosas soy yo, doctor. —A pesar de lo que dice, la voz suena débil y llena de inseguridad—. Si decido matarlo, decido yo cuándo será. No usted. Usted ya no manda más aquí.

—¿Y cuándo mandé yo? —Sonríe de nuevo cuando dice eso, conociendo su fuerza, conocedor absoluto de que las barreras, las máscaras de soldado regio se caen cuando habla—. Yo nunca mandé en nada, hijo mío. Yo siempre dejé a todo el mundo hacer las cosas a su voluntad. Sabes bien que soy de los que piensan que la libertad es el único camino para la sabiduría y la felicidad. —El

militar empieza a temblar—. Siempre te dejé volar, Darío, te alimenté con libros, te di de comer belleza y arte. No sé cómo te has convertido en un ser tan miserable.

El teniente grita, saca la pistola y pega un tiro al aire y le manda callar.

Nadie entra en la sala a pesar del disparo.

O precisamente por eso.

Durante unos segundos, las tareas del patio se abandonan. El mundo queda en suspense. La realidad detiene sus latidos y el miedo se vuelve dueño del universo. Piensan: si alguien ha disparado es porque a alguien le llegó su hora. Y se imaginan quién es el muerto.

Y como movidos por alguna mano miserable, marionetas del destino, vuelven todos a sus tareas después de aquel silencio que es incógnita. Aquel, a cargar montones de maderas para meter en las cocinas; el de allá, carretillas de piedra picada que pesan toneladas de temores; el otro, a amenazar, a gritar, a blasfemar para que cada uno de los presos haga precisamente lo que tiene que hacer y para que el mundo, aquel mundo turbio y febril, no se desordene.

El doctor, después de aquel disparo que perforó el techo que se deshace sobre su cabeza, ensaya una especie de sonrisa que hace que la rabia crezca más aún dentro del pecho del militar.

—No te tengo miedo, Darío. A ti, no.

El teniente, ya sin control, golpea fuerte con la palma de la mano la mesa, y los dos, el teniente también, se sobresaltan.

—¡A partir de ahora no me hables si yo no te lo digo!

—¿Me tuteas?

—¡Calla!

El teniente grita y echa la mano, otra vez, a la pistola. Se pone en pie y le apunta a la cabeza. El doctor le mira fijamente. En su rostro, en efecto, no hay miedo. En su rostro no hay, de hecho, nada. Solo una seriedad profunda y una tranquilidad propia de un sabio o de un dios.

Y durante unos segundos se quedan así. La pistola en medio de la nada, congelada en el aire que los rodea, apuntando a la cabeza de un hombre que no teme que apriete el gatillo.

—¿Dónde está Ana?

El doctor, sin dejar de mirarlo, responde seguro.

—No lo sé. Espero que muy lejos. O muerta.

—¿Cómo puedes decir eso, cabrón?

Pronuncia la frase sin abrir los dientes. Le duele la boca.

—Mejor que esté lejos. Donde no puedas encontrarla. Porque es mejor que esté muerta a que le pongas una mano encima. Prefiero que esté muerta o reventada por un centenar de hombres que viva y contigo.

El teniente hace como que ríe. Mejor: intenta reír. Pero es una carcajada apesarada que no convence a nadie. Ni a sí mismo.

Se le pone detrás. Se le acerca al oído.

—Tú sabes que las cosas podrían ser muy diferentes de como son, ¿no?

El doctor sabe perfectamente a qué se refiere.

Sabe que no está refiriéndose a la guerra. Ni siquiera a su situación particular. Sabe que está hablando del mundo, así, en abstracto. Que está hablando de lo que pudo ser y no es.

—No me culpes a mí de que Ana haya preferido a Ramón. Siempre intuí que él valía mil veces más que tú. Y creo que Ana lo entendió también muy rápido. Insisto: a mí no me culpes. Mírate en el espejo y lo entenderás todo. Mátame a mí como castigo. Sé que eso es lo que de verdad te mueve. Pero no me culpes. Ella es libre. Así la eduqué, para que fuese libre, para que no dependiese de un hombre. Y como es libre, escogió. Y tú no aceptas que a ti no te quiera.

Se vuelve a sentar delante de él.

Cierra los ojos.

El teniente cierra los ojos.

Darío Rocha, teniente, delante del médico, cierra los ojos y recita:

*Llamé a la poesía mil millones de veces,*

*tantas como estrellas había aquella noche.*

*Un día me miraste a los ojos*

*y supe que la poesía eras tú.*

El médico reconoce los versos de Ramón Gándara.

—Darío —en la cadencia con la que pronuncia su nombre hay casi pena—, nunca serás capaz de verla así. Eso es lo que debería

preocuparte. No dónde está Ana o ganar la guerra o acabar con todos nosotros por la rabia que sientes. —Él lo mira y arruga la frente denunciando que, una vez más, no sabe de qué habla—. Eso debería preocuparte y no dónde está mi hija. ¿Cuándo entenderás que no puedes tenerla? Aunque la encuentres, aunque la traigas por la fuerza aquí contigo, aunque la fuerces, nunca será tuya. Porque el amor se da con el corazón y el de Ana es de Ramón, es de su poeta, es suyo, que es capaz de escribir versos que abren el mundo y que nos ayudarán, a España entera, a huir de la miseria y a recobrar la libertad que tanto insistís en quitarnos. Ella es suya. Porque él es grande. Hasta tú te sabes sus poemas de memoria y sabes lo hermosos que son. Otra cosa es que no lo digas. O decidas callarlo.

El teniente agarra un cenicero de cristal que descansa encima de la mesa, o que estaba preparado para cigarro o puro, lo levanta en el aire y le da con él tan fuerte en la cabeza que el doctor cae al suelo impulsado por la energía violenta de aquel golpe de tormenta, de furia desatada, de rabia que viene de mucho más dentro que de dentro, directamente del infierno. Después, ya caído en el estrépito del cuerpo sorprendido en el golpe, se abalanza sobre él y sigue pegándole con el cenicero sin parar hasta que todo se llena de sangre.

*Maltrato.*

*Solo es una palabra, tres sílabas, ocho letras. Pero todo un universo.*

*El valor tiene que ver con atreverse a pronunciarla. Maltrato. Que soy una mujer maltratada. Una persona que sufre maltrato.*

*Atrévete. Dilo.*

*—Él me maltrata.*

*Bien.*

*Ayer, en el instituto, nos entregaron un material de la Consellería de Educación con unos folletos sobre la Violencia de Género y su Prevención, así se titulaba, con todas esas mayúsculas. Nos pidieron que los profesores de Historia y Filosofía nos responsabilicemos de organizar unas clases para el alumnado. Para Prevenir la Violencia. Con todas sus mayúsculas. Para Acabar con el Machismo desde las Aulas, según explican en esos papeles a los que les tengo muy poca fe a pesar de las mayúsculas.*

*El director me lo dijo.*

*—Anxela, lo harás muy bien. Adaptaremos tus horarios para que puedas encargarte de esto.*

*Maltrato.*

*Solo es una palabra.*

*Tres sílabas.*

*Ocho letras.*

*Un peso absolutamente insoportable.*

# 24

No tenemos ni idea de si existe la realidad tal y como nuestro cerebro nos la muestra. No lo sabemos, y probablemente, tampoco importe mucho. Pero lo que sí sabemos es que el cerebro se esfuerza en mostrarnos una determinada forma de realidad para que podamos andar por el mundo sin tropezar, sin quedarnos bloqueados —locos— por las contradicciones. El cerebro es la realidad, podríamos afirmar. Incluso podríamos afirmar que el cerebro es la realidad, aunque la realidad piense otra cosa sobre sí misma distinta de lo que concluya el cerebro.

Por eso, probablemente, somos libres.

Porque la realidad indica que debería estar muy cansada después de casi no dormir. Pero no lo está. El cerebro se niega a que se manifieste ese cansancio.

En realidad, no puede, no debe sentir el cansancio ni, mucho menos, expresarlo. En realidad, lleva un par de años así, alerta, con el cerebro en constante situación de vigilancia, cuando vivía obsesionada con no fallar para no provocar nada que le alterara. Y por eso no se cansa. La terapeuta le garantiza que se relajará en el futuro. El problema es saber cuánto tardará en llegar ese futuro. Si es que llega algún día.

En teoría, en su vida anterior lo tenía todo para ser perfecta: estaba casada con un hombre que, aparentemente, la quería —todavía lo dice en esos mensajes de wasap que sabe que tiene prohibido enviarle, que sabe que podría llevar a la policía y que harían que lo

detuviesen rápidamente, se lo dice y lo reitera, pesadísimo, te quiero Anxela, te quiero, he cambiado, yo he cambiado, te juro que he cambiado, quedemos. Un café. Diez minutos de tu vida y no te molesto más—. Tenía un hombre que se encargaba de que no le faltase de nada —le decía: estoy aquí para hacerte feliz—, como si fuese una niña pequeña menor de edad —le decía: estoy aquí para cuidarte—. Tenían dinero y propiedades. Así que casó bien, como dirían las viejas. O las no tan viejas.

Ella no tenía que quejarse porque no le faltaba de nada.

Incluso un hombre que la quería tanto, tanto, que estaba dispuesto, era cuestión de tiempo, a matarla de tanto amor. De hecho, se lo dijo. Sonriendo. Un día te mataré.

A Anxela le costó un mundo llegar a decir(se) eso a sí misma: soy una mujer maltratada. Porque Ramiro, sobre todo al principio, no era un maltratador, digamos, explícito. Ramiro fue un experto en la manipulación emocional. De nada le sirvió a ella ser tan lista, tener tantos estudios o publicar sesudos trabajos sobre su disciplina en revistas de historia. Simplemente, era tonta para eso. O no lo era y todo fueron las artes de aquel hombre inteligente y calculador. La sutileza con la que conseguía que se sintiese mala, culpable. Si aquella situación en aquella casa no era la que tenía que ser, era por su culpa. Él bien se lo explicaba después de aquellas broncas subidas de tono en las que sabía gritar más fuerte, días después, cuando todo se calmaba o ella creía que se calmaba. Ramiro ejerció sobre ella una manipulación maquiavélica. Era un maltratador con guante de seda. Un encanto de hombre. Un seductor. Por eso ella era culpable. Se lo explicó mil veces: sacas lo peor de mí, yo no soy así.

Tardó años en tomar conciencia de eso. De que la maltrataba,

incluso mucho antes de ponerle una mano encima.

Se instaló en un hostal a menos de trescientos metros del pazo de Vila Flavia. Cuando le preguntaron que por cuántos días alquilaba aquel cuarto, dijo que hasta que terminase la cata arqueológica y la exhumación. Ahora, después del descubrimiento de la mujer y del libro, es probable que les dejen prorrogar más el trabajo. Argumentará que, igual que aparecieron esos, pueden aparecer más restos. Sabe que es improbable. Que las fosas comunes son las fosas comunes y que los asesinos no iban esparciendo por ahí cadáveres como quien siembra granos de garbanzos, y que esa mujer es una inexplicable excepción, de momento. Ella y el libro. Sobre todo, el libro.

Se acuesta y cierra los ojos.

Y piensa en Ana.

A quien un tal Ramón Gándara, del que nada sabe, escribió unos poemas hermosos en un cuaderno grueso, con apariencia de libro de hojas cosidas, y que descansa en la cama con ella.

# 25

El teniente Darío Rocha limpió la manga derecha de la chaqueta del uniforme contra la pernera del pantalón y lo hizo con asco. La chaqueta está manchada de sangre del médico. Él estaba quieto en el suelo, respirando agitado, consciente, quizás, de que eran los últimos suspiros. El teniente también, consciente, quizás, de que también para él era el último día, mataría al médico y todo volvería a comenzar. Desde cero. Desde el principio. Respiran. Cada uno consciente de sus cosas, pero nadie consciente de que respiran al mismo tiempo, sincopados, sincronizados, unísonos como una única cosa. A fin de cuentas, los dos son hombres, los dos comparten la vida, llevan haciéndolo los veinticinco años que Darío tiene. Lo hizo durante todo el tiempo que estuvo bajo su tutela, viviendo en el pazo, estudiando allí, creciendo con Ramón y con Ana, también con los demás niños que iban a la escuela donde les daba clase doña Beatriz. Pero también durante todos los años que pasó fuera, sin volver, sin escribir, sin dar señales de vida, también estuvo allí, con él, con ellos, en aquel pazo, en aquellas tierras, en aquel ambiente para él asfixiante, para todos, un lugar feliz. Sí. Siempre estuvo allí. Siempre. Porque durante todos aquellos años nunca dejó de pensar en el pazo, y en Ana y Ramón. Seguía allí, claro, preguntándoles a los soldados gallegos que mandaban a hacer el servicio militar a Teruel, donde estuvo tantos años, o en Zaragoza, en la Academia, y que sabía que venían de Galicia, cómo va todo por allí, qué me podéis contar de Vila Flavia, cómo le va a este, qué pasó con, dame noticias de. Nunca se fue de allí.

Nunca se fue, sobre todo, de Ana.

—En pie, doctor. Te voy a matar ahora mismo. Fuera y delante de todos. Vamos hasta aquellas fuentes espantosas que hiciste allí.

Se refería a la de Mercurio y a la de Venus, la que ya no tiene pechos.

El doctor se da cuenta de la brutalidad del hombre que tiene delante no por los golpes, no por la sangre que se le acumula dentro de la boca. Lo entiende por lo que acaba de escuchar sobre las fuentes.

Recuerda cuando las mandó hacer a un cantero de Gundín que se guio solo por unas láminas que él había sacado de un libro ilustrado sobre las maravillas de Italia. Y el artesano había sido más que eso y había merecido el título de artista al hacerle aquellas dos glorias con las tres pilas circulares sostenidas por un pedestal y con Mercurio casi desnudo señoreando, y con la Venus desnuda del todo, más señora aún. Aquellas fuentes con sus chorros, con sus cuatro caños con cabezas de tigre...

—Venga, en pie y tira para fuera.

Él asiente. Se apoya sobre la palma de la mano derecha. Se le cae una fibra espesa de moco y sangre negra de la nariz.

—Quiero que todos vean tu cara de mono cuando te atraviese la cabeza.

El doctor se pone en pie y se alisa la camisa. Como si fuese a ir a algún lugar donde tiene que presentarse, precisamente, presentable. Se acerca a la mesa y coge un marcapáginas de cuero, uno que

estuvo siempre allí, o al menos Darío lo recuerda desde siempre allí, y lo mete entre las páginas del único libro que hay sobre la mesa y que nadie había visto hasta este momento, probablemente porque estaba allí, a la vista de todos.

—Da igual dónde lo pongas, doctor. Ese libro no lo terminarás de leer.

El doctor camina delante de él. Salen al corredor y avanzan por la derecha hacia las escaleras que llevan al patio interior. El barullo de los hombres deja claro que allí hay vida. Una forma espantosa y miserable de vida. Pero vida, al fin y al cabo.

Pasan por delante de lo que fue el dormitorio principal del pazo. En él murió doña Beatriz. En él nació Ana.

En él, hace muchos años, casi niños todavía, Ana y él se besaron una noche de carnaval.

# 26

Los hombres de allí abajo paran de trabajar al ver bajar por aquellas escaleras desgastadas en el centro por el paso del tiempo, por el paso de miles de pies de otras épocas, pisadas ajenas que nada saben de lo que sucederá en el futuro, que nada saben del doctor Emilio Varela y de aquel militar que no habían visto nunca y que va con una pistola en la mano, de aquellos dos hombres tan serios. La pistola debe de ser la que antes escuchamos. Antes no mataron al médico. Pero esta vez sí. La muerte está escrita en la cara del uniformado. Pero no de la víctima. Es la primera vez que ven algo así. Un hombre sin miedo. Un hombre entero, a pesar de estar en su instante más terrible.

Casi tiene más miedo en la cara el asesino que el ejecutado.

Y todos saben que así no debería ser, que aquí todo el mundo tiene claro cómo se reparten las ropas del miedo y los trajes de la victoria. Cuando se saca a un hombre al monte para ser fusilado, la angustia le va bailando dentro de los ojos. Pero reparad en los verdugos. Hay alegría. Hay placidez. No saben que son asesinos y que la historia los recordará como asesinos. Pensad en los civiles, los de la Falange, las buenas gentes que hace algunos años saludaban a esos que hoy persiguen, los mismos que coincidían en los bailes con esos que hoy van a matar, los mismos que mantenían relación de buenos vecinos con esos que hoy van a robar, reparad en sus caras de gloria. Son de calma, no hay dolor ni mala conciencia. Se saben amparados por la historia.

El ser humano es un misterio.

Pero el ser humano abatido por el miedo es un misterio transparente y nítido como espuma de estela en la orilla del mar.

Era carnaval. Era una de aquellas fiestas que cada año se organizaban en Vila Flavia. Aquel año era fiesta grande. Recuerda la alegría del doctor y de su mujer, y también la de Ana y de Ramón, no tanta la suya, que tampoco entendía tanto el porqué de tanta felicidad.

—¿No te das cuenta, Darío? —El doctor sacó un papel grande de aquel sobre amarillo, grande también—. Aquí tenemos la carta de la Dirección de la Institución Libre de Enseñanza por la que nos autorizan a abrir aquí una de las escuelas.

—Pero nosotros ya tenemos escuela, don Emilio.

La respuesta, que era sincera porque salía de la ignorancia de quien no sabía más y afirma desde la limpieza más absoluta de un corazón puro, había provocado la risa automática de los demás. También de Ana y de Ramón. Y aquella fue una de las veces, habían sido muchas en realidad, en las que Darío se sintió pequeño, inferior, menos que ellos.

—Pequeño mío —doña Beatriz era todo dulzura—, sé lo mucho que te gusta la escuela. Y como tu maestra que soy, no puedo sentirme más feliz porque pienses eso. Pero hablamos de otra cosa. Hablamos de hacer aquí un colegio con aulas, con profesores, con una buena biblioteca y un plan de estudios. —Paró y sonrió—. La Institución Libre de Enseñanza traerá libertad a este país, pequeño.

—¿Cómo que libertad? ¿Acaso no somos libres, doña Beatriz?

Sintió la mirada amable de los dos adultos, pero también las burlas de Ramón y los ojos pícaros de Ana.

—Todavía más, hijo mío, todavía más.

Siempre se sintió menos que todos ellos.

Aunque nunca nadie se lo dijo. Pero así se sintió. Nunca nadie le hizo daño. Y sin querer hacerlo e incluso sin hacerlo, lo hacían. Y se sentía menos que ellos, que eran de citar autores, versos, frases célebres, palabras en latín que los divertían con una alegría que él no entendía y que, con el paso de los años, aprendió a odiar cada vez con más fuerza...

El Ejército fue una liberación.

La milicia es un universo previsible, claro, de órdenes nítidas, donde nada puede estar fuera de su sitio, donde todo es lógico y fácil de manejar, donde las palabras solo tienen un significado y no dos o tres.

Él vale para lo que vale, para las armas, alguien tiene que ocuparse de ellas mientras otros hacen otras cosas. Él no es un intelectual ni lo quiere ser.

Era un carnaval de hace mucho tiempo y él tenía dieciocho años.

En algún momento de la noche bailó con Ana, que solo tenía ojos para él aquellos días.

Digámoslo sin miedo porque era así. Ana, la primera Ana, la Ana de aquella noche vestida de aviadora con aquel casco blanco tan pequeño, llena de vida y juventud, Ana, aquella Ana de aquella noche, mi Ana, que bebía los vientos por mí, que estaba loca por mí, que aún no había puesto los ojos en el llorón, estúpido, marica, poeta miserable de Ramón, que en aquel momento era Moncho, igual de analfabeto que él, igual de burro que él, esa Ana traidora y puta y perversa, esa, me quería a mí.

Había una foto de ella en la que se veía a la madre disfrazada de japonesa y al padre de lord inglés que siempre odió, siempre odió, siempre odió, siempre odió, siempre odió, no porque fuese una fotografía especialmente fea o repugnante, sino porque siempre odió, siempre odió, siempre odió, siempre odió, siempre odió, porque le traía recuerdos de la noche más triste, más hermosa, más crucial e importante y asquerosa de su vida, la noche en la que Ana fue suya, Ana debajo de mí, los dos tirados en el suelo, revolviéndonos los cuerpos pegados y duros, el uno contra el otro, descubriendo un calor nuevo antes nunca sentido con aquellos abrazos, Ana, que abría las piernas como un arcoíris, rojo, carnal, delicioso, para apretarlo, que bailaba con él adaptando su cuerpo de juventud y vida al suyo, viril, masculino y lleno de fuerza, Ana, que acariciaba sus brazos fuertes de hombre fuerte mientras aquellos dos corazones nuevos, aquella noche en la que todo fue un carnaval, se aprietan durante minutos interminables de tanto fuego que duele y maravilla.

Era a mí a quien querías aquella noche, no a él. No a él.

—Puta.

Lo soltó así. No fue un grito. Ni siquiera lo dijo apretando los dientes o con una voz que quisiese pintar el asco profundo que sentía por ella, lo dijo suave, lo dijo como para sí mismo, lo dijo como si volviese de un recuerdo profundo, como si despertase, como si regresase a la vigilia después de mil pesadillas, puta. Por eso decimos que soltó la palabra. La tenía en la boca y le salió, puta. Sucedió cuando los dos llegaron al patio, cuando pusieron los pies sobre el enlosado de aquel patio que fue utopía, sueño, felicidad completa y truncada de un golpe por la barbarie de aquella época incomprensible, puta.

Dijo puta y todos pensaron que decía hijo de puta, qué otra cosa iban a pensar.

Pero el doctor sí. Lo escuchó con claridad.

—Si no la olvidas de una vez, enloquecerás, Darío. Puedes matarme, pero mientras no la olvides, mientras no aceptes que no te ama, serás tú quien se irá muriendo poco a poco.

Al día siguiente de aquella danza de cuerpos habló con don Emilio y le anunció la idea de hacer carrera militar. Tenía claro que era eso lo que quería, donde encontraría su sitio. Y si trabajaba duro, podría ser teniente antes de los treinta. Él aplaudió su decisión de ingresar voluntario en el Ejército, pues estaba claro que allí podría tener un futuro. De hecho, así lo dijo: eres un hombre valiente y regio, hijo mío, osado como los hombres denodados, en el Ejército tendrás la vida y la honra que te mereces.

Ese hombre que estaba a punto de matar había dicho eso y, lo peor de todo, es que se lo había dicho sinceramente.

Hombre hábil con los papeles, don Emilio dedicó semanas a preparar todo lo necesario para que pudiese ir directamente al cuartel de Teruel, antesala, según se había informado por influyentes amigos en Madrid, de la Academia de Zaragoza, donde podría formarse como oficial. Quizás tendría que pasar un tiempo en África, como tantos, como el general Franco, envidia de toda Europa, el general más joven de España, sí, eso había dicho el médico republicano, anarquista, socialista, asqueroso, mucho antes de que el 18 de julio despertase el mundo con aquel general Franco en actitud beligerante, y era sincero en todo lo que decía. Te ayudaré, hijo mío, y no digas que no: te mandaré un giro con tres mil pesetas para que las penurias de la vida en el cuartel sean menos. No quiero que me las devuelvas. Eres un hijo para mí.

—Si vas a matarme, hazlo ya —insiste.

Esta vez, el doctor no añadió eso de que demostrase que es un hombre y todas aquellas provocaciones de hacía unos minutos. De algún modo era su manera de sentirse y de mantenerse en un lugar próximo a la dignidad. No tenía miedo. Podía insistir.

Pero no es necesario, porque no le tiene miedo. Y como no tiene miedo, tampoco tiene prisa. Y como no tiene miedo ni prisa, y como se sabe muy por encima de aquella bestia, habla de nuevo.

Y quizás comete un error.

—Podrás matarme, pero en realidad no pasa nada, ¿sabes, Darío?

Como siempre, el teniente, como le pasa desde la infancia, no entiende muy bien qué es lo que le quiere decir, qué cansado es vivir con esta gente, qué agotamiento perpetuo.

—Yo me moriré pronto. Soy consciente de eso desde que supe que venías, aunque no lo entienda del todo. Sé que me tienes respeto y algo de amor de hijo. Eso es así por mucho que te duela. Pero, en fin, tampoco sé si quiero seguir vivo en este mundo que estáis construyendo entre todos. No sé si quiero sin mi hija, que imagino muerta, y sin mi Ramón, que imagino muerto también.

El teniente ve ahora una luz por la que entrar en la conversación.

—¿Y no echas de menos eso, doctor? ¿No te hace sufrir?

Empezó siendo una frase más o menos calmada. Después de la segunda interrogación ya era un grito.

—¿Qué clase de hombre eres, don Emilio, que no suplicas por tu vida?

Se acerca de nuevo a él para gritarle en la oreja, vuelve a esgrimir la pistola, vuelve a clavársela en la sien. Y él ni los ojos cierra.

Y ahí viene el error.

El pecado de la soberbia.

—No tengo miedo porque soy inmortal. Como las palabras de Ramón. El poemario que no encontrarás nunca. El libro que tengo escondido y que tus sicarios no pudieron encontrar. Puedes torturarme, puedes matarme y resucitarme varias veces, pero sabes que nunca diré dónde está ese libro de amor. ¿Y sabes qué? —El médico no parece él, hay una mirada perversa dentro de sus ojos, la mirada de quien goza de un triunfo o de quien cree, como es su caso, que está gozando de un triunfo—. Vosotros pasaréis, este tiempo pasará, esta oscuridad pasará y algún día alguien encontrará el libro y todo saldrá a la luz. Y nadie te recordará, Darío, no quedará ningún recuerdo de ti ni de mí, pero estarán los poemas de amor de Ramón a mi hija. Y eso será eterno. Nuestra miseria, esto que estamos viviendo aquí los dos, en este momento concreto de la historia, esto, no será recordado. No eres nadie, Darío Rocha. No vales nada. Para la historia, no existes.

El doctor Emilio Varela acaba de cometer un error, aunque no lo sabe. El doctor Emilio Varela acaba de provocar un seísmo en el orden de las cosas, un movimiento sin vuelta atrás, un caos que desbarata el hermetismo lógico de las cosas tal y como deberían ser.

El teniente guarda la pistola. Todavía resuenan en su cerebro las palabras de este último —es el último, no le dejará hablar nunca más— discurso del médico. Por una vez, y a pesar de las semánticas convexas utilizadas por aquel gramático imprudente, lo entendió todo sin dudas. O al menos, entendió lo esencial.

—Así que el libro existe y tú sabes dónde está.

El médico grita que sí, se ríe y sigue con su letanía: algún día toda esta pesadilla terminará, no tiene sentido sufrir ahora, no somos más que un segundo en el reloj de la historia, cuando tú no seas ni un fragmento, un trozo, un cachito diminuto de polvo en la orilla de un camino, los versos del poeta, las palabras hermosas del poeta, resonarán grandiosas en las generaciones venideras.

Se calla de repente cuando escucha al perro uniformado, que ya hace tiempo que no le hace caso.

—Tú, tú, tú, tú y tú. Venid. Aquí, en fila y delante de mí.

Dijo cinco veces la misma palabra, el pronombre de sentencia de muerte, tú, y lo hizo cada vez acompañando la pronunciación con un gesto con el que no se dudaba de que habría un río de sangre, de que habría tanta sangre que el cielo, la historia, el futuro, se iban a escandalizar.

Los cinco hombres señalados se miraron entre ellos, como queriendo dar a entender que no comprendían la orden. Aunque sí lo hacían.

—Que vengáis aquí, ¡hostia!

El teniente Darío Rocha saca la pistola y los apunta. Como conejos entregados al lobo, apuran el paso y forman en fila, donde él les ha dicho. Delante del doctor.

Se saben muertos.

*Nos dieron ojos para ver, oídos para escuchar, boca para hablar. Por eso, cuando se quiere representar el silencio cómplice lo que hacemos es dibujar tres monos —irracionales, no humanos—, uno tapándose los ojos, otro la boca y el tercero las orejas.*

*Si la violencia se abre paso en la historia y en los edificios es porque hay mucha gente tapándose ojos, orejas y boca. Porque los gritos de Anxela se escuchaban en todo el edificio. Porque los quejidos y los sollozos cortaron muchas noches domésticamente calmadas y de paz familiar y vecinal que no quiere saber. Porque cuando los objetos impactan contra las paredes, sobre todo por la noche, cuando todo se amplifica y nadie duerme, son siempre altavoz.*

*Anxela se sabe víctima del odio patológico y asesino de Ramiro. Pero también de tantas bocas calladas, de tantos ojos cerrados, de tantas orejas cubiertas con la cera de la hipocresía.*

*Por eso el silencio, siempre el silencio, gobierna durante décadas mientras que las víctimas del patriarcado, del fascismo, se pudren.*

# 27

—En efecto, te voy a matar.

El teniente Covelo sale del pazo. Trae el susto dibujado en la cara. No porque esté a punto de cometerse la ejecución —él nunca diría «asesinato»— de un hombre, sino por aquellos otros cinco que ve allí, ligeramente encorvados, hechos un ovillo consigo mismos, atenazados por el pánico. Aquellos cinco son presos sin mucho pasado político. Los que había que quitar del medio ya están fuera de este mundo. El cura había confirmado ayer que lo más urgente ya estaba hecho. La Jefatura de la Falange Provincial había enviado notificación para empezar ya el traslado a San Simón. Tenía que llevar a aquella gente. No podía matar a esos cinco.

—Compañero, ¿qué pasa?, ¿qué han hecho estos hombres?

Él pregunta con un cierto punto de espanto porque sabe que Darío no es así. Darío no es un asesino. No el Darío que él conoce.

El teniente Darío Rocha se gira rápido, y lleva escrita en la cara la respuesta, no han hecho nada, pero no preguntes, no digas nada, vete de aquí.

—Así que tienes el libro escondido y no vas a decirme dónde, ¿verdad?

El doctor ahora no dice nada. Y se da cuenta de que sí, ha cometido un error. Soberbia, uno de los pecados más antiguos. Y entiende también, sin tener que pensarlo siquiera, que acaba de provocar un desastre.

El teniente, como hacen los zorros antes de morder al conejo casi agonizante, o como los lobos antes de clavar los colmillos en la oveja, da vueltas alrededor del médico. Pero no son esas las imágenes afortunadas. En realidad, gravita alrededor del médico como mosca enfebrecida empapada y feliz de vinagre.

—Vosotros cinco, de rodillas.

Cuatro de ellos se arrodillan de inmediato. En realidad, no se ponen, caen. Es el instante final. Les ha tocado. ¿Por qué? Porque sí. Pero un quinto no se arrodilla. Levanta la frente, respira agitado y se mantiene erguido. Saca, incluso, pecho. Nosotros no escuchamos sus pensamientos, pero, si tuviésemos tal poder, escucharíamos lo último que me queda es mi derecho a morir de pie, a mostrarme digno en este último instante, fiel a la República, a mis compañeros solidarios del sindicato. Pero como no podemos oír sus pensamientos en ese instante de cuerpo firme, sin temblar, mirando al frente consciente de sí mismo, escuchamos la voz del teniente.

—¿Y a ti qué te pasa? —le grita escupiéndolo al hablar—. Ponte de rodillas ya.

Pero el hombre no lo hace. Y el teniente le pega un tiro en medio de la cabeza y los hombres gritan y el aire se para y todos, el teniente Covelo también, sueltan un grito seco incontrolable.

Darío Rocha siente un escalofrío de felicidad. Mira con calma aquel cuerpo inerte y la sangre saliendo a borbotones por el medio de la frente.

Sangre, la primera de mucha que habrá, que brota como fuente poderosa.

Se da cuenta de que, a la luz del sol, la sangre es casi naranja.

Después levanta los ojos y ve entonces que allí hay mujeres, niños y niñas, que todo el pueblo entró en el pazo, como si supiesen que algo terrible iba a pasar.

Son testigos.

Que guardarán en el silencio del miedo, durante décadas, la fotografía del espanto y la memoria.

Darío Rocha le guiña el ojo a su compañero.

—¿Sabes qué estoy haciendo, doctor?

El médico dice lo único que se le ocurre decir, fijos los ojos en aquellos otros cuatro. Dos de ellos rezan.

—Acabas de asesinar a una persona inocente.

El teniente se echa a reír.

—Exacto. Eso mismo. Y está en tu mano que estos otros cuatro no mueran. Solo tienes que decir dónde está el libro. Así de sencillo.

El doctor va a hablar, pero no le da tiempo porque el teniente pone la pistola en la cabeza del primero de los cuatro, el que está al lado del anterior asesinado, y dispara de nuevo en medio de la frente.

—Vas muy lento, Emilio Varela. Ya van dos muertos por tu culpa. —Se para y observa a los otros tres. Se han meado—. Matizo: solo uno, al otro lo maté por imbécil. Dime, ¿dónde está el libro?

Pone la pistola en el tercero. El hombre reza en alto. Al teniente Covelo le gustaría decir algo. Pero el miedo le impide intervenir.

Una tercera detonación, y una cuarta. Mató a dos seguidos.

Grita como un carnero al que están castrando.

—¿No vas a bajarte nunca de esa soberbia, cabrón?

Corre hacia él, tropieza y cae, se pone en pie, lo golpea con la

pistola en la cabeza, el doctor cae al suelo, el teniente se sube encima y le pone la pistola en la boca.

El doctor Emilio Varela, con el cañón del revólver en la boca, habla sin miedo, de nuevo.

—Dispara.

Darío Rocha, desde encima del doctor, dispara al que queda de rodillas y acierta en el medio perfecto de la cabeza. El hombre se balancea dos, tres segundos, como intentando comprender. Y cae.

—Ahora sí que vas tú.

—Déjalo, Darío.

Él reconoce aquella voz. Y el corazón se le para.

Un hombre y una mujer, Ramón y Ana, salen por la puerta de las cocinas del pazo. Parecen, de hecho son, fantasmas de otro tiempo.

Ramón Gándara habla mientras camina hacia él, avanzando a grandes pasos, rápido y seguro, nadie lo detiene, y quizás deberían. Todos asisten —guardias civiles, soldados, falangistas, el cura, que acaba de levantarse asustado por los disparos— a ver si hay que pegar tiros y no me han avisado, están todos atentos a aquel espectáculo del que no entienden nada, Ramón Gándara, el poeta,

el huido, avanza hacia Darío, decíamos, a grandes pasos, bravos, cualquiera diría que va a sacar el revólver y a dispararle, avanza con la mujer detrás, que no consigue alcanzarlo. Caminan igual de seguros y enteros que la cara del médico. El resto de los espectadores, el teniente Covelo, las gentes horrorizadas que han presenciado la barbaridad —aquí está mi padre asesinado, dadme el cuerpo de mi hermano, hijos de puta—, los otros soldados, los falangistas, los guardias civiles, todos los que forman parte de aquel teatro de la locura, nada entienden, de dónde han salido, quiénes son, dónde estaban.

—Es a nosotros a quienes quieres. Deja a don Emilio. El solo te hizo bien. Ya nos tienes. Acaba conmigo si quieres. Pero deja a ese buen hombre en paz.

# 28

Ramiro, exmarido de Anxela, habla con aire familiar con el antropólogo forense. Como si lo conociese de toda la vida. Están riéndose los dos. Seguro que ya se ha identificado, habrá dicho soy el marido de Anxela, no habrá dicho soy el exmarido de Anxela ni, mucho menos, soy el exmarido de Anxela y tengo una orden de alejamiento por maltrato y prohibición de establecer contacto con ella por cualquier medio, ni tampoco dirá verá usted, conmigo se cumple el modelo perfecto del típico maltratador que va de menos a más, empecé insultando y acabé a hostia limpia y ahora, por cierto, quiero recuperar a esa que viene por ahí con cara de susto, porque me teme, porque está cagada de miedo, porque sabe que puedo aparecer cuando quiera y hacerle todo el mal que me apetezca hacerle, digan los jueces o las órdenes de alejamiento lo que digan. Qué va. Cómo va a decir eso, si total nadie se lo va a creer. Tan trajeado. Tan alto. Con esa sonrisa. El que los cautiva a todos. El que hace incomprensible la condena para tanta gente. ¿Ramiro? Imposible. Si es un tipo normal. Y los tipos normales no son violentos. Los tipos normales, y más aún los tipos normales de su clase y posición, no son violentos, no son manipuladores, no insultan, no controlan, y mucho menos a una mujer formada, culta, preparada, investigadora, que escribe artículos en revistas de historia, eso no puede pasar. Ella misma se lo creyó, porque al principio Ramiro no era así. Ramiro era un hombre encantador. Hasta que empezaron aquellas formas sutiles de violencia. Después, cuando ya todo estaba claro, cuando el abismo entre lo que Anxela quería, decía, pensaba, necesitaba, exigía, y él, era insondable, salió el hombre de verdad. Ese que ella al principio tampoco quiso identificar. Sí, es un clásico, entendió Anxela con la ayuda de su terapeuta, pensamos que eso no nos puede estar pasando a nosotras. Pero nos pasa. Que esta tristeza vital de la violencia verbal y pronto física es algo que les pasa a otras. Porque Ramiro, todo el mundo lo sabía, era un hombre normal.

Pero la normalidad mata.

Está allí, casi mimetizado con el grupo que busca en la tierra, que hace fotos, los voluntarios, el forense Aboi, la arqueóloga, y si no fuese por el traje pasaría por uno más de los voluntarios de la exhumación. Anxela, cuando lo descubre, frena con demasiada rotundidad, con una fuerza innecesaria que expresa la mezcla de rabia y miedo y sorpresa que se le pone en la superficie de cada poro de la piel, y los neumáticos, poco discretos, levantan una nube de polvo que la denuncia, que hace que todos se giren hacia ese coche estridente y se pregunten quién será la loca esa que conduce así.

Sí, es él, Anxela, asúmelo. Es Ramiro, a pesar de dejarle atrás y dar por hecho que no te encontraría, es Ramiro, a pesar de no decirle a nadie, ni a papá, ni sobre todo a mamá, adónde ibas, a pesar de no dejar pistas. Cómo sabe que estás aquí es un misterio. O no lo es. A lo mejor es que recuerda que en realidad, imprudente, ingenua, se lo has dicho todavía hace nada, el otro día, hace unos meses, en alguna de aquellas discusiones eternas cuando, tonta, aceptabas ponerte al teléfono a pesar de la terapeuta y a pesar del sentido común. Ramiro, me voy a lo de la exhumación de la que te hablé, así que no estaré localizable durante un tiempo. Sí, tonta del todo. Tú misma le anunciaste a tu verdugo dónde estarías.

Le gustaría recibirle con un qué haces aquí. Pero se clava delante de él y no dice nada.

—Tienes mala cara. Pareces cansada.

—Es que casi no he dormido. He tenido mucho trabajo por la noche, aquí no paramos ni un segundo —le dice y se da cuenta de

inmediato de que está dándole demasiada información y de que, además, a él no le importa nada lo que le cuenta. Él no está allí por curiosidad. Él está allí por ella, por hacerse ver, para que escuche, aunque él no se lo diga, no es tan fácil, cariño, no te será tan fácil, verás que no, sacarme de tu vida.

Él hace el gesto de cogerle las palas que ella se echa, con gran dificultad, sobre la espalda. Pero ella lo rechaza decidida.

—Tengo mucho trabajo, Miro. Aquí no puedes estar.

—No estoy haciendo nada malo. Vengo a verte.

Ella deja caer las palas al suelo, se gira y levanta la cabeza para mirarle a los ojos.

—Te digo que aquí no puedes estar. Estamos trabajando y, además, no puedes acercarte a mí, ya lo sabes. ¿Llamo a la policía?

Alguien que pronuncia con tanta inseguridad no puede amenazar.

Será por eso por lo que él habla tranquilo, cambiando de tema, haciéndole ver que ignora todo lo que le acaba de decir.

—Sé que habéis encontrado los restos de una muerta.

—De una asesinada.

—Sí, eso he dicho.

—No. Has dicho una muerta.

—¿No es lo mismo?

—No. Para nada. Tiene un tiro en medio de la cabeza. Así que no es una muerta. Es una asesinada a la que enterraron para que nadie la encontrase nunca a tres metros bajo tierra. —Recoge las palas y echa a andar, o a correr, hacia la zona de las fosas donde ya están todos trabajando—. Y no puedes estar aquí. Vete, por favor.

Él se pone delante de ella. La para con una mano sobre el pecho, encima de las tetas, casi las toca.

—No hasta que hables conmigo de nosotros. Llevo meses intentando tener una conversación tranquila contigo. Meses. —Está empezando a elevar el tono de voz—. Y no hay Dios que hable contigo. No te pones al teléfono, no quieres quedar ni para tomar un café.

Anxela pegó un grito que fue como una descarga eléctrica para ella y para todos los que la escucharon, un grito y una sola frase: ¡Déjame en paz! Aquellas palabras alertaron a todos. Anxela tiró las palas con fuerza al suelo y casi le da en los pies. No las dejó caer. Las tiró. Sacó fuerzas quién sabe de dónde, las elevó sobre la propia cabeza y las tiró. Si estuviésemos atentos escucharíamos la

blasfemia que soltó por la boca, aterrorizada, después de pedirle que la dejase en paz. Grita así para llamar la atención de los demás. Para que la socorran. Para que vengan.

Anxela recuerda, en las pocas décimas de segundo que hay entre el inicio del gesto de levantar las palas sobre la cabeza hasta que caen, aquella vez, cuando era pequeña y tenía once, quizás doce años, y un niño del barrio, un chico algo mayor que ella, la puso contra una pared sin avisar y quiso besarle la boca y levantarle la falda y ella gritó y gritó y no había nadie que pudiese escuchar sus gritos. Fue en la calle. En pleno centro de la ciudad. Era un domingo por la tarde de esos de quietud absoluta y en los que nada pasa, salvo el tiempo, tan lento. Le vino fuerte e instantánea aquella sensación de vulnerabilidad que había sentido aquel día, aquella certeza de ser poca cosa, de insignificancia y de ser diminuta en manos de aquel chico grande. Y recuerda que gritó una, dos, docenas de veces, y entonces un señor gritó más fuerte desde una ventana. Ella estaba con los ojos cerrados y los abrió, espantada, cuando escuchó aquella voz de aquel señor: ¿Qué pasa ahí, qué haces? Cerdo, vete que te voy a partir la boca. Y él la soltó y se fue, sin correr, dedicándole una sonrisa burlona y diciendo ya te cogeré. El señor bajó y la llevó a casa donde no dijo nada, no dijo nada a nadie, cómo iba a contar algo así.

Tiró las palas y gritó: ¡Vete, hijo de puta! Gritó: ¡Te voy a denunciar! Gritó: ¡Te van a partir la cara mis compañeros! Gritó y a la vez lloraba. Y él la agarró por los hombros y dijo cálmate, no me provoques, siempre pasa igual, coño, y ella gritó y se dejó caer y sí, claro que sí, sus compañeros corrieron hacia ellos, y alguien le dio un empujón al hombre y lo tiró al suelo, casi en uno de los agujeros abiertos con los restos de los asesinados, que no muertos. Y ella lloraba sentada en el suelo y sintió que Duarte la levantaba y la llevaba de la mano.

—Venga conmigo, Anxela. Don Darío quiere verla.

# 29

El teniente reaccionó. Le costó un mundo porque las piernas pesaban, la cabeza pesaba, el corazón le pesaba y no le latía. Acababa de matar a cinco hombres. Pero a quien deseaba matar ahora lo tenía allí delante, serio, igual de serio que el doctor antes, cuando hablaban en el despacho, cuando le hizo ver que no, que no le tenía miedo a la muerte ni, desde luego, a él. Ramón tenía el mismo semblante y por eso avanzaba como caballo libre del monte hacia él. Sin miedo. Y el teniente, sí, reaccionó y soltó un grito que puso miedo en el corazón del teniente Covelo, que si ya antes no entendía, ahora menos, y en el corazón de las gentes que observan desde la entrada del pazo, de los falangistas y de los guardias civiles, de los soldados y del cura y la Guardia Cívica. También de los muertos. Sus almas no se habían ido del todo. Quedan por allí, a ver cómo acaba aquella tragedia de la que formaron, sin querer, parte.

El teniente reaccionó avanzando hacia él, con las mismas zancadas, quizás más ágil. Ramón Gándara probablemente no sea tan fuerte como él, y tantas semanas de reclusión en aquella madriguera habrán mermado su energía. Darío Rocha tira la pistola al suelo. Los testigos, si ya nada entendían, ahora mucho menos. Qué hace. Por qué renuncia a esa ventaja. Él tiene un arma y, por lo que hemos visto, sabe usarla con precisión. Que se acerque a él y le pegue un tiro. A poder ser en medio de la frente, para que el espanto tenga un cierto orden, una pauta mínima.

Aquellos dos hombres jóvenes chocan como ballenas enfermas en mitad del océano, como nubes negras muy cargadas de granizo rabioso, y se agarran y podría jurarse que el teniente llora mientras lo golpea, cuando menos solloza mientras esquiva los golpes, mientras da o recibe patadas. Llora como un niño que pelea con

otro y no sabe pelear. Gime como un infante de quien abusan los niños más grandes.

Ramón Gándara sí que no sabe pelear. Pero es capaz de tirarlo al suelo agarrándolo fuerte e inmovilizándole los brazos. En condiciones normales, Darío ganaría siempre. Pero la situación tiene poco de normal.

El poeta se pone encima de él y le aprieta el cuello. Va a matar a Darío. Él, que nunca imaginó algo así, está a punto de matar a un hombre. Desea, con una brutalidad animal, fresca y hermosa, matar a un hombre. A un hombre no. A un hermano. Aprieta fuerte. Todo lo que puede hasta que el teniente Covelo pone fin al pugilato con un culatazo brutal sobre la cabeza de Ramón Gándara, poeta, enamorado e inconsciente.

# 30

Anxela no recuerda cómo cruzó el jardín. Sabe que fue de la mano de Duarte. Entiende que no fue volando, así que tuvo que caminar, pero no recuerda haberlo hecho, los aproximadamente veinte metros que van desde la zona de aparcamiento de los coches, junto al laberinto de bojes, hasta la entrada del pazo. Tampoco sabe cómo subió las escaleras hasta el primer piso, ni cómo giró a la izquierda para entrar en la habitación en la que aguardaba don Darío, que la esperaba sentado en un sofá de orejas, en zapatillas y con una especie de chándal.

Anxela no recuerda nada.

Solo que temblaba.

Así que no supo que echaron a Ramiro literalmente a patadas de allí. Concretamente fueron Vicente y Bieito, dos muchachos de poco más de veinte años, quienes lo sacaron a gritos, machista de mierda, cabrón, como vuelvas por aquí abrimos una fosa solo para meterte a ti dentro, hijo de puta. No supo eso. Como no sabe que dentro de la cabeza de Ramiro sigue creciendo un gusano purulento, que supura y que se disfraza de amor envenenado, tú todavía me quieres, idiota, solo que no lo sabes.

Duarte dio por hecho que ella querría un café con leche. Se lo puso en la mano y quemaba. El hombre le cogió las manos y se las guio hasta la mesa que tenía enfrente y que la separaba del viejo que la miraba con un gesto indescriptible. Le llevó las manos hasta allí porque ella temblaba, agitada, rota, y se le iba a caer el café. Así

que las manos, guiadas por aquel hombre, llegaron hasta la mesa donde soltó la taza, que quemaba.

Levantó la mirada y encontró la de don Darío. Buscó a la derecha y a la izquierda y entendió que estaban solos. Duarte había desaparecido.

—No se preocupe. Ya lo han echado. No sabía que su marido y usted no se llevaban bien.

Le gustaría abrir la boca, pero no puede. Como siempre, no puede. Como aquel día con aquel chaval, sigue bloqueada. Como todas y cada una de las veces que él le gritó, la amenazó, humilló, golpeó, está en shock. La racionalidad, desactivada.

Repara en don Darío cuando él le pregunta.

—¿Cómo se encuentra?

Ella escucha la pregunta, pero contesta a otra cosa.

—Es siempre igual, don Darío. Y me siento muy avergonzada por lo que acaba de pasar. ¿Qué van a pensar mis compañeros?

El viejo parece un lagarto sabio y quemado por el sol. Tiene manchas de vitíligo en la calva, en la cara y en las manos. Tiene noventa y cinco años. No se entiende que esté de pie ni que esté tan

bien de la cabeza.

—Doctora, no diga tonterías. Su marido es un imbécil. No debe preocuparse. Sus amigos de ahí abajo la respetan y están con usted.

—Ya no es mi marido.

—Hizo usted muy bien en separarse de ese animal.

—Y tiene una orden de alejamiento por malos tratos. —Él la mira fijamente—. De hecho, tiene prohibición expresa de entrar en contacto conmigo por cualquier medio.

—Tómese el café y tranquilícese. Tiene que recuperarse para acabar el trabajo que vino a hacer aquí.

Ella coge el café y se lo lleva a la boca. Todavía quema. Traga en silencio. Soplando. Intentando calmarse con cada inspiración que deja salir, cada vez más lenta, por la boca y sobre el pocillo. Lentamente. Para que vuelva la vida.

Después de unos minutos en los que él supo respetar su silencio, le habló por fin, quizás para obligarla a pensar en otra cosa.

—¿Ha averiguado algo sobre el libro?

—Nada en absoluto —dice mientras retira la taza de la boca—. El tal Ramón Gándara no ha existido. Quiero decir, no hay ninguna referencia sobre él en ninguna parte. Si es el autor de ese libro, como todo parece indicar, fue el único que escribió —dice mientras lleva la taza a los labios y bebe de nuevo un trago. La cafeína le hace resucitar—. Quizás es alguno de esos que está ahí abajo, como Ana.

Anxela parece advertir un leve movimiento incómodo por parte del viejo, como si un recuerdo de agujas viniese a importunarlo. Pero responde seguro, como había hecho en la víspera al pie de la fosa.

—No creo.

Pero solo dice eso, así que Anxela traga el resto del café con leche y pregunta:

—¿Y por qué no lo cree?

Don Darío intenta incorporar el cuerpo hacia delante estirando una mano, la izquierda, con la intención de coger un plato con un trozo triangular de bizcocho. Ella hace el gesto de inclinarse también, pero él llega antes. Increíblemente, lo lleva a la altura de la boca sin que le tiemble el brazo. Con la otra mano lo mete dentro y mastica. Muy despacio.

Traga. Se limpia los labios con un paño que saca del bolsillo.

Presiona un botón que tiene en el brazo derecho del sillón y Duarte aparece a los pocos segundos.

—Acompaña a la señorita. Debe de estar deseando volver al trabajo. —Ahora la mira fijamente—. Quiero decir, si usted quiere. Si prefiere, puedo hacer que Duarte la acompañe al hostal donde se aloja.

Ella se pone en pie y lo hace con demasiada brusquedad. Se levanta con una rapidez que indica lo fastidiada que está porque no ha contestado a su pregunta. Y tiene ganas de decírselo a la cara, que ya es la segunda vez que se lo hace, que le da a entender que sabe cosas pero que no se las va a decir. Y es normal que las sepa, lleva allí toda la vida. Por lo poco que le contaron, es dueño del pazo desde después de la Guerra Civil, cuando se lo compró a los anteriores propietarios. Y por lo que le dijeron, no salió nunca de allí desde los tiempos de la guerra. Así que es obvio que sabe mucho y que calla más. Y tiene eso tan claro que lo que debería hacer es gritarle y exigirle la información. El tiempo se acaba. La gente que vivió aquellos días funestos se muere o ya está muerta. Hay cientos de personas, además, poniendo dinero de manera anónima para sacar adelante estas exhumaciones. Siempre hay ángeles sin nombre. Solo por ellos, por tantas conciencias implicadas, ya todos deberían estar a la altura. Este hombre no debe ser una excepción. Debe hablar. Está obligado a hablar. Debe ayudarlos.

Todo eso querría decirle. Sin embargo, lo que dice es:

—Si quiere, vuelvo más tarde con el libro y lo vemos juntos.

El viejo ya había empezado a levantarse. A pesar de la dificultad,

Duarte no hizo en ningún momento el gesto de ayudarlo. Eso indicaba, sin duda, que mientras pudiese quería hacerlo solo. Y puede.

Escucha la oferta y sonríe. Y deja caer el cuerpo de nuevo en el sillón.

—¿De verdad me dejaría verlo?

Ella responde sin dudar, sabedora de que le tiene donde le quiere tener:

—Claro que sí. Pero le pido algo a cambio.

—Dígame. Si está en mi mano, se lo daré.

—Invíteme a cenar. Ya no sé cuántos días llevo sin cenar como una persona.

Él mira a Duarte y sonríe aún más. A ella le parece que tiene una sonrisa encantadora, prueba de que debe de haber sido un alma conquistadora de serpientes.

—¿Le parece bien a las nueve?

Ella asiente y se va del salón. Cuando ya está en la puerta, le pregunta:

—¿Cómo sabe usted que estoy alojada en el hostal?

Él ya está de pie. Se alisa la ropa y coge un bastón. Lo agarra con las dos manos.

—Este es un pueblo pequeño. Aquí todo el mundo lo sabe todo sobre todos.

Quizás porque esa fue la respuesta, ella se arriesga.

—Entonces, don Darío, no será difícil llegar a saber quiénes fueron Ana y Ramón Gándara y qué fue lo que les pasó.

# 31

Aún no era de día cuando los hombres, atados los unos a los otros con cuerdas, salían de Vila Flavia hacia el Lazareto de San Simón. Eran algo más de treinta. En el mes escaso que había pasado desde que los habían recluido en aquel lugar hasta aquella mañana de finales de agosto, habían dejado allí la vida, además de los cinco de ayer, unos quince paseados durante las madrugadas de carromatos y miedo. Los supervivientes, esos unidos por cuerdas que saben umbilicales para el resto de sus vidas, sean largas o no, en el fondo se alegran de su suerte. Todavía lo pueden contar. Todavía son. Están. Saben que algunos no saldrán vivos de aquella isla adonde los llevan. Pero bendicen su fortuna por seguir vivos todavía.

De San Simón el médico Emilio Varela podría hablarles mucho.

Podría decirles que fueron islas cantadas por los poetas medievales. Que fueron objeto de las primeras manifestaciones líricas europeas.

Podría hablarles de que son dos islas hermosas en medio de la ría de Vigo, en la ensenada de Rande, y que fueron testigos de batallas náuticas y que por eso sus fondos ocultan docenas de galeones hundidos llenos de tesoros.

Por contar, hasta podría decirles que hubo un escritor francés, genial y despistado, que inventó la historia de un submarino y de un capitán, Nemo utopista, que llevó sus buceadores hasta allí.

Podría hablarles de todo eso. Pero no. Porque las noticias que llegan desde San Simón es que convirtieron las islas en un terrible campo de concentración. Aunque debemos hablar en propiedad: en un campo de exterminio.

Allí los hombres no van a soñar, como sí pudieron los juglares y el propio capitán Nemo, sino a morir. A ser asesinados.

Los hombres avanzan bajo la custodia de cuatro guardias civiles, media docena de falangistas y dos soldados. Al frente, el teniente Covelo al lado del cura. Él también con camisa azul y pistolón en mano.

El teniente Covelo va con la preocupación grabada en la cara, pues ha pasado parte de la noche intentando convencer a su compañero de que no hiciese lo que finalmente hará: quedarse allí solo con Ramón Gándara, con Ana Varela y con don Emilio. Se gritaron fuerte. Le explicó el peligro que tenía quedarse allí solo con aquella gente. Y después de varias horas de gritos, muchas blasfemias, varios vasos de aguardiente de hierbas y puños en la mesa, aceptó que se quedase un soldado con él.

—Por prudencia, Darío, no seas terco. Un teniente del Ejército no anda por ahí solo sin alguien que le pueda echar una mano.

—Lo que tengo que hacer lo puedo hacer yo solo.

El teniente Covelo sabe a qué se refiere. Es consciente de que los matará a los tres. La fosa ya está abierta con los otros muertos dentro. Con don Emilio casi acaba la víspera, cuando empezó a

matar a aquellos para forzarlo a confesar algo de un libro que, al parecer, es muy importante.

Los otros dos, que estuvieron escondidos en un sótano en la cocina, está claro que morirán también a manos de Darío. El teniente Covelo quedó asombrado al descubrir aquel espacio que, estaba claro, se había preparado hacía tiempo por si, como así fue, pasaba algo y era necesario esconderse. Los cívicos y los falangistas estaban descubriendo por todo el país a rojos ocultos en lugares parecidos, en sótanos increíblemente pequeños donde no es verosímil que un ser humano sobreviva. No era el caso de aquel espacio, al que se accedía desde una trampilla de la cocina. Él mismo entró para comprobar que estaba lleno de latas de conservas, que fue lo que permitió que aguantasen allí tantas semanas, casi un mes desde que había empezado la guerra. Más sospechoso resultó comprobar los restos de fruta y de legumbres. Daban ganas de pensar que eran capaces de entrar y salir de aquella cueva cuando quisiesen, algo que, de primeras, le parecía del todo imposible.

Cuando aparecieron aquellos dos como fantasmas, y después de la pelea en la que, de no ser por él, Ramón Gándara casi acaba con su compañero, en cuanto recuperó el aire y se puso en pie lo cosió a patadas mientras Ana, sujetada por el propio Covelo, gritaba que parase. Pero no lo hizo, y le pegó hasta que una patada fallida que golpeó la nada del aire lo desequilibró y cayó al suelo, exhausto.

# 32

La única que habló, o la que más lo hizo durante aquella noche sin estrellas, fue Ana, que repartió abrazos entre un padre inexpresivo y un amor ensangrentado. El doctor hizo un vendaje con la parte más limpia de su camisa alrededor de la cabeza inflamada por las botas de ira de Darío. Ana besó a uno y a otro. Los apretó toda la noche, a cada uno con un brazo. Hizo así. Como una madre. Como una virgen protectora. Y les repitió, como una oración, como una letanía, como un rosario mal rezado, no va a pasar nada, no va a pasar nada, no va a pasar nada. Y ellos le sonrieron porque era una niña amada y porque querían que pensase que sí, que acreditaban lo que les decía. Se crio con nosotros, qué mal va a hacernos. Fue un hijo para ti, padre. Fue un hermano para nosotros. No es tan malo como ahora lo vemos. Estoy segura de que no lo es.

Ella habla desde la lógica, deja por una vez la poesía, la lírica y todos los hechizos de la semántica a un lado, pero es suficiente con ver la cara ensangrentada del padre, los labios partidos de Ramón, para entender que no. Y que es mejor refugiarse en la poesía.

Vieron salir a los otros presos, esos que se llevan a San Simón, y quedaron abrigados por un silencio de trompetas mudas. Vieron cómo el pazo quedaba en silencio. Adivinaron el mediodía y el comienzo de la tarde. Y entonces Ramón habló.

—Don Emilio, júreme que no dirá por nada del mundo dónde está el libro.

Ana abrió los ojos y preguntó cómo podía pedir semejante

monstruosidad.

—Claro que sí, padre, diremos dónde está el libro, es lo que quiere.

—Tú eres un ángel, querida, y te niegas a asumir que Caos gobierna hoy el mundo. Este quiere matarnos. O por lo menos a Ramón y a mí. A él, porque no le perdona que lo ames. —Ana bajó la cabeza, un dragón negro de colmillos afilados y podridos se le acababa de posar sobre los hombros—. Y a mí, porque piensa que lo despreciaba, que te prefería a ti, Monchiño. Nosotros, de alguna manera, ya estamos muertos. Dejemos por lo menos que sobrevivan su poesía, sus palabras de amor, las que escribió para ti y que son limpias y son vida y están tan lejos de su corazón de guerra y destrucción. Porque después de destruir el libro, que es la manifestación física, real, de la grandeza de vuestro amor, a nosotros nos matará igual. A ti no creo que quiera matarte. Y eso es lo único que consigue calmarme en medio de esta tragedia que estamos viviendo.

—Pues entonces yo no quiero vivir.

Por suerte, porque el silencio que ya ensayaban los desgarraría aún más, un soldado abrió la puerta y les mandó salir.

Ella fue delante, sabedora de que era la más fuerte de los tres. Salió al patio vacío con ellos detrás. Sin pretenderlo, salían ordenados, en fila. El soldado desapareció por la puerta principal.

Después de unos minutos vieron bajar a Darío por la escalera, perfectamente uniformado y peinado hacia atrás. Se había afeitado.

Venía por la misma escalera por la que el día anterior había bajado con el doctor, seguro de que lo mataría. Después dijo aquello de que menos mal que el libro estaba bien guardado y entonces todo se había torcido y aquellos hombres habían muerto por su culpa y ellos habían tenido que salir del escondite en el que sobrevivían. Así lo había dicho, entre sollozos, durante aquella madrugada turbia. Y como tantas veces, fue Ana, señora de palabras sabias, la que encontró las apropiadas: Padre, ya estaban condenados. Si no fuese ayer sería otro día cuando un loco armado e impune les robaría la vida.

—Don Emilio —gritó Darío en cuanto puso un pie en el patio—, a partir de ahora usted solo tiene una ocupación. Cúreme a Ramón. En su gabinete hay vendas y alcohol y esas cosas que usted necesita para curarle las heridas.

Hizo una pausa y los tres se miraron sin comprender.

—Para lo que tengo dispuesto para ti es necesario que estés bien de salud, poetita.

Darío Rocha intentó sonreír después de decir esa frase, pero no le salió. El comentario habría sido mucho más terrible, más malvado y más creíble si hubiese sonreído. Pero no fue capaz.

—No te entiendo, Darío. Si quieres matarme, hazlo ya.

—Ya sabe lo que tiene que hacer, doctor. Cúremelo. Que se ponga bueno. Se queda con nosotros un soldado que además sabe cocinar. Comeremos bien durante los próximos días. Usted y el poeta

seguirán ahí, en la cuadra. Ana, tú te vienes conmigo.

Dijo eso y se dio la vuelta. La muchacha no se movió de su sitio.

—Qué vas a hacerle, hijo de puta —dijo el médico.

El teniente Darío Rocha se paró y se dio la vuelta. Ahora sí sonríe.

—Nada. Arriba tiene un baño de agua caliente para asearse. Después de tantos días ahí metida, apestas, Ana. Atufas. Y te quiero bien limpia para lo que ya imaginas.

# 33

Anxela salió del pazo y bajó con sus compañeros de la asociación. Nadie le dijo nada. Solo Vicente, uno de los que sacó a su ex a empujones, tiró las herramientas y avanzó hacia ella para preguntarle cómo estaba y si necesitaba algo. Traía en la mano un fémur y varias costillas. Y dos etiquetas con dos números en cada hueso.

—Si hubiéramos sabido quién era y a qué venía, lo cosíamos a hostias en cuanto pusiese un pie fuera del coche.

Ella lo abrazó sinceramente agradecida. Le pidió que se ocupase de dirigir el resto de las tareas. Que se iba al hostal. Él dijo que lo entendía y que si necesitaba que alguien la acompañase.

—No te preocupes. No creo que venga a molestarme más. No sabe tampoco dónde estoy estos días. No va a pasarme nada.

Él insistió, pero ella fue tajante.

Subió al coche, llegó al hostal y se quedó dormida inmediatamente.

Se despertó, muchas horas después, metida en la cama y descalza —y no es capaz de recordar cuándo hizo tal cosa, descalzarse y entrar vestida por debajo de las sábanas—, al escuchar un claxon insistente que procedía de la calle.

Se asomó y vio a Duarte fuera de un coche blanco, grande, un vehículo antiguo, ideal para una película de los años cuarenta. Pensó que solo alguien tan antiguo como don Darío podía ser propietario de un coche así y, sobre todo, que solo un caballero así de anticuado podía mandar al mayordomo, o lo que fuese aquel hombre, a buscarla para cenar. Le pareció, también, algo lógico si llevaba toda la vida allí, en el pazo. Seguro que mucho uso no le habrá dado al coche.

Vio en el móvil que eran las ocho. Abrió el doble ventanal.

—Estoy sin preparar, Duarte. ¿Podrá esperarme media hora?

El hombre hizo un gesto con la cabeza que a ella le pareció un asentimiento. Entró y fue directa a la ducha, y al mismo tiempo se percató de que no tenía nada para ponerse, que había metido ropa cómoda en la maleta sin pensárselo mucho —ese había sido el criterio de elección, la comodidad, así que no había una sola falda ni, mucho menos, un vestido—. En circunstancias normales no se preocuparía mucho por eso, pero de algún modo entendía que con él tenía que cuidar la vestimenta.

Después de muchas dudas, lo solucionó con una blusa de tirantes lisa azul y un pantalón del mismo color.

Salió del hostal con el libro bajo el brazo, de alguna manera segurísima de que iba a ser una noche muy importante en su vida.

Y, desde luego, no se equivocó.

# 34

Hay muchas formas de silencio. Lo hay cómplice, el de los amantes. Hay el de las iglesias, el del miedo. Hay el de las aulas, el de las filas de la milicia, el de los pelotones de fusilamiento, el de los fieles esperando la comunión. Hay tantos silencios como situaciones puede vivir el ser humano. Y el silencio, sea cual sea su forma e intensidad —el silencio callado puede ser intenso como trueno—, siempre tiene un algo de trascendente, de metafísico, de oculto y lo peor de todo: de imprevisible.

Y cuando se rompe el silencio, el ruido, el sonido, el murmullo, el relámpago, lo que sea que lo rompa siempre será presagio.

Silencio. Durante tres días fue lo que imperó en Vila Flavia. Ni las ranas se atrevían a croar, sabedoras de que aquella calma era solo un preludio. Lo sabían con su sabiduría anfibia de observadoras atentas del reino de la bestialidad en el que se había convertido aquella alcantarilla de vísceras irritadas que algún día fue lugar de fiestas, cultura, señorío y paz.

Hablamos de silencio porque quien tenía que romperlo ordenando, diciendo, hiriendo, escupiendo, mordiendo, cortando... no estuvo o, mejor dicho, no se manifestó en tres días. Los tres habitantes de aquel pazo sabían que él estaba, aunque no lo viesen. Y no lo sabían porque lo escuchasen caminar por la planta superior. Por ejemplo, Ana, que estuvo recluida en el gabinete médico del padre donde, en efecto, pudo bañarse —ella no sabe que antes aquella bañera grande de mármol la había usado Darío, que pensó en ella y ensució con su semen la misma toalla con la que ahora se seca—, y donde desayunó, comió y cenó lo que aquel soldado callado le trajo con marcial puntualidad. Lo saben también don Emilio y Ramón, que él

está, aunque no lo vean, y no porque de madrugada escuchen pasos por el patio.

Lo saben todos, los tres y las ranas y el viento que no sopla y las nubes que no se van, saben que él está, aunque no lo vean.

Está. Esa es la única verdad. Y es cuestión de tiempo que decida que ya no espera más. Y que el infierno empieza de verdad.

Cuando muera el silencio.

# 35

Ana dormía o maldormía, o se despertaba y dormía en el sofá francés largo que su madre había comprado en París al poco tiempo de casarse con el doctor Emilio Varela. Lo había comprado durante el viaje de novios. Ella lo había visto en una tienda al lado del Sena. Mamá le hablaba de París como quien lee un cuento con la voz de Sherezade. Y Ana se moría por ir a París.

—Cuando nos casemos, amor, te llevaré a París.

Así se lo había dicho Ramón hacía nada, un par de días atrás, abrazados en aquel escondite que creían cueva insoportable pero que, comparada con la situación actual, era paraíso y posibilidad. Ya no irán a París. Ya no comprará Ana un mueble en una tienda al lado del Sena, como mamá hizo y ella quería hacer.

Ana dormía o maldormía, o se despertaba y dormía en el sofá francés, cuando escuchó que abrían la puerta y, antes de que se abriese del todo, ya sabía que no era aquel soldado callado que traía y llevaba bandejas con alimentos calientes, los primeros en semanas, sino que era Darío. Se dio cuenta y se sentó en el sofá, apretando fuerte las piernas.

Él traía algo envuelto entre las manos. Lo tiró delante de ella.

—Es lo único que pude encontrar. Habrá sido de tu madre. Póntelo. Siempre será mejor que los harapos que llevas.

Le habló con un tono neutro, sin levantar la voz ni dar a entender nada.

—Vístete. Te quiero en el patio en diez minutos.

No estaba vestido con el uniforme militar. Estaba de civil, con un pantalón gris de rayas blancas, una camisa también blanca y un chaleco negro.

Llevaba una corbata oscura. Quizás tímidamente azul.

# 36

Don Emilio no dormía. Ramón, sí. Don Emilio no dormía porque llevaba horas escuchando el ruido que venía del patio. Todo había empezado justo después del sonido de las campanas de la ermita, a las once de la noche. Era un sonido constante de quien anda con labores, quizás de carpintería. Escuchó arrastrar, apoyar, serrar y martillar. ¿El qué? Imposible saberlo. Aquella cuadra está cerrada y oscura. Solo unos cuantos rayos de una luna clara penetraban en aquella oscuridad de mercurio frío. Con aquella escasa luz vigilaba el semblante de Moncho. Él sí dormía, probablemente para así escapar de aquella soledad inmensa.

Darío abrió la puerta y dijo:

—Despiértelo. Los quiero fuera inmediatamente.

Entonces Ramón Gándara, poeta y herido, pataleó, se puso en pie con violencia y cerró los puños.

Darío observó la escena. Primero, sonrió; después, se rio. Pero sacó la pistola.

Hizo un gesto con ella. Los señaló y después señaló al exterior.

—Tranquilo, Ramón. No te alteres. No vamos a pelearnos de nuevo. El otro día pudiste conmigo porque estaba cegado por las ganas de

matarte que tenía. Ahora lo haré mucho mejor.

—¿Y por qué quieres matarlo, insensato?

El teniente miró al doctor y al mismo tiempo una ola de odio le crecía por dentro. Le había llamado insensato. Podía llamarle cabrón, o hijo de puta, como había hecho hacía dos días, o maricón o cerdo. Pero la palabra había sido insensato.

Insensato: que no tiene sensatez, que no piensa.

Subrayaba el doctor con aquella palabra su condición de iletrado, de burro, de idiota. Así lo consideraba. Desde siempre.

—Veremos quién es aquí el insensato. Salid de una vez.

Se echó a un lado, como un caballero en un salón de té de Lisboa, para que pasasen delante.

Al fondo, cerca de las escaleras de la entrada principal del pazo, espera Ana vestida con una ropa que le queda grande y el espanto dibujado en la cara.

Y en medio del patio, una especie de mesa de madera.

Esa era la explicación de los ruidos de la noche. En las partes superior e inferior de la misma, unas anillas y unas cadenas.

El material necesario para torturar a un hombre.

# 37

Se arrepintió en la segunda ocasión. En la primera, no. Intentó mantener una conversación con Duarte, el silencioso cuidador de don Darío Rocha, al entrar en el coche, agradeciéndole la espera, pero él no dijo nada, la miró desde el espejo retrovisor e hizo con los músculos de la cara algo parecido a una sonrisa, pero tampoco se podría asegurar por completo que eso fuese lo que quiso hacer exactamente. Después, pasado el primer minuto de conducción en aquel coche grande y cómodo que tenía mil años, comentó algo sobre qué maravilla tener noventa y cinco años ya y estar tan jicho como está don Darío —utilizó esa palabra, jicho, y se avergonzó enseguida—, pero él no hizo ningún gesto ni la miró por el retrovisor ni dio a entender, tan siquiera, que la había escuchado.

Se echó para atrás, derrotada por aquella frialdad de máquina, y lo hizo con un gesto brusco y sin disimular el fastidio que le causaba el silencio artificial y trabajado de aquel fulano insoportable, y maldiciéndose a sí misma por ser tan tonta y porque le pesase tanto todo eso de las normas de cortesía que, era obvio, a aquel hombre le daban igual.

Llegaron al pazo y aparcó casi al pie de las escaleras de piedra que conducían a la parte de arriba. Anxela echó un ojo a la excavación. No había nadie, claro. Se sentía algo culpable por haber abandonado hoy sus obligaciones; en realidad, por haber fallado dos veces, primero, al llegar tarde, y después, al irse. Era cierto que nadie le reprocharía nada nunca. Había pasado la noche trabajando con Ana, con aquel esqueleto inesperado que había aparecido fuera de la fosa y con el libro debajo del brazo. Nadie le diría nada tampoco sobre la huida. Lo habían entendido todos.

Las cintas de plástico enmarcaban en un cuadrado perfecto las dos fosas abiertas. Por un lado, en la que habían aparecido todos aquellos restos amontonados y confundidos los unos con los otros, la fosa común, y por otro, en la que habían encontrado a aquella enigmática Ana abrazada a aquel libro misterioso, aquellos Poemas para Ana que llevaba dentro de la mochila, en una bolsa de plástico de supermercado. Un libro de versos arrebatados que le recordaron la pasión confusa y semánticamente brutal de Lorca. Por la época en la que probablemente había sido escrito, tenía sentido que se pareciesen. Al fin y al cabo, los artistas, todos, son hijos de su época.

Fue algo inconsciente, pero no abrió la puerta cuando el coche se detuvo y Duarte sacó las llaves. Se quedó allí parada, como si supiese que tenía que quedarse allí hasta que Duarte abriese ceremonialmente la puerta para que saliese.

Como una señora de otro tiempo.

Duarte se puso delante y ella entendió que tenía que seguirlo. Volvían a hacer el mismo viaje de unas horas antes, cuando su ex había aparecido para destrozarla. Ahora estaba atenta a lo que iba pasando por sus ojos. La entrada con su pestillo siempre abierto, un ascensor justo a la izquierda, con puertas de metal, cuatro sofás rojos cubiertos con unos plásticos...

Subieron por las escaleras y giraron, por segunda vez en el día, a la izquierda.

Duarte le indicó con la mano que se detuviese. Estaban ante una puerta. No era, desde luego, por la que había entrado ayer y que daba a un salón.

Dio dos toques con los nudillos y abrió sin esperar a que nadie contestase. La abrió con un gesto enérgico y de un solo impulso.

Si alguien estuviese al otro lado, se llevaría un buen golpe. Se echó a un lado y con el brazo le indicó que pasase.

Así hizo para entrar en el que era otro salón distinto del de la víspera, lleno de libros en estanterías grandes hasta el techo. No había visto tantos en su vida. Ni tan antiguos. No era necesario acercarse a ellos para saber que eran cientos y que eran precisamente así: muchos y muy viejos.

Duarte, desde fuera, cerró la puerta dejándola allí. Sola.

Le duró unos segundos la sorpresa. Y durante esos dos segundos los ojos se le fueron a una puerta cerrada justo al otro extremo de aquella biblioteca exagerada. Sabía que en cualquier momento se abriría para permitirle pasar al salón de la otra vez, donde, seguro, sería la cena.

Se acercó a los libros. Aquella biblioteca daba la impresión de estar perfectamente ordenada. Los volúmenes, encuadernados en tapa dura con aquellos cartones de otro tiempo y los títulos en letras doradas en la parte de arriba, como se estilaba en otra época, estaban protegidos por cristales, pero no con cerraduras, por lo que pudo correr alguna de ellas, la primera que tuvo delante, y sacar un libro.

El que cogió era un tratado médico, Las enfermedades más comunes en la infancia, de un autor para ella desconocido. Se percató de que muchos de ellos, los que estaban cerca del que había sacado y que rápidamente devolvió a su lugar, eran tratados de medicina. Había también de filosofía, literatura, arte, y muchísimos sobre poesía. Curiosamente, ninguna edición moderna. Así, a ojo, calculó que los volúmenes que parecían más recientes podían ser de la década de los años cincuenta del siglo pasado.

Supuso que ya no faltaba mucho para que don Darío apareciese, así que se separó un poco de las estanterías, como si quisiese que cuando él entrase en el salón —se imaginaba que en silla de ruedas, como cuando había bajado a la exhumación— no la pillase curioseando en los volúmenes de aquella inmensa biblioteca.

Don Darío Rocha lucía espectacular en la puerta, con una chaqueta de pana marrón, una camisa gris y un pantalón del mismo color. Se apoyaba ahora en un bastón, pero volvía a exhibir aquel porte valiente y erguido que vulneraba la lógica de su edad casi centenaria.

—Si me acompaña —se echó a un lado—, pasamos a cenar.

Se le confirmó entonces que la cena sería en el mismo salón que ella ya conocía. Entonces, ¿por qué no la había mandado directamente allí?

Como adelantándose a sus pensamientos, don Darío habló con un amago de sonrisa en el rostro.

—Pensé que a una mujer de su cultura le gustaría ver mi biblioteca privada. Como ve, hay muchos libros...

Anxela empezó a caminar hacia él, sonriendo levemente también.

—Ya he visto que no hay ninguno de Ramón Gándara.

El viejo se echó a un lado y puso como distraído la mano sobre la espalda de la mujer cuando le pasó delante. Un gesto galante y seductor.

—El único libro que hay de ese hombre es el que usted tiene en la mochila.

Como en una película ridícula, habían montado allí una mesa enorme llena de candelabros, jarras metálicas de distintas formas y tamaños y cubertería y platos de distintas honduras y colores. Duarte esperaba agarrando el respaldo de la silla en un extremo. Con aquella actitud le quedaba claro que allí sería donde se sentaría ella. Y que en el extremo opuesto —de hecho, hacia allí se dirigía— se sentaría don Darío.

Duarte le apartó la silla y ella se sentó. Se dio cuenta de que tenía la espalda muy recta, en una pose artificial de señorita que no le resultaba agradable, entre otras cosas porque la ropa que vestía, y que había sido el resultado de que solo había encontrado lo que llevaba puesto, no acompañaba al porte señorial de aquella puesta en escena tan cuidada.

Cenaron una especie de ensaladilla de mariscos y después algo de carne que identificó como pavo guisado.

—Estas delicias me las prepara Duarte. Lleva conmigo más de cincuenta años. —Era creíble, aquel hombre tendría más de sesenta —. Es el hijo de un viejo amigo de otra época. Su padre tenía buena mano con la cocina y aprendió de él.

—¿De cuando la guerra? —interrumpió ella con toda la intención.

El viejo se metió un bocado de carne en la boca de manera muy parsimoniosa. Masticó un poco. Cogió, con dificultad, un vaso con agua y bebió un trago diminuto.

—Sí. De cuando la guerra.

Anxela arrancó, mirándolo a los ojos, un trozo de pan de un pequeño bollo pequeño y delicioso.

—¿Dónde pasó usted la guerra, don Darío?

El viejo sacó una servilleta que llevaba por debajo del mentón y que Duarte le había puesto antes de servirle el primer plato. La pasó delicadamente por los labios y se limpió las comisuras.

—Aquí. En el pazo. No salí de aquí en todo el tiempo que duró la guerra. De hecho, no he salido nunca más desde que aquello

terminó.

# 38

Porque hay cosas que no hay que explicar, porque hay cosas que son muy evidentes y sabidas por todos, Ramón Gándara, sin ofrecer resistencia, se acostó sobre aquella estructura de madera que Darío Rocha había preparado por la noche. Ana echó a correr hacia su padre y se abrazó a él. El poeta extendió los brazos para que Darío pudiese ponerle las anillas.

—Que me haga lo que quiera —le decía a don Emilio—, pero no le diga dónde está el libro.

# 39

Como era previsible, cuando terminaron de cenar, él anunció —no preguntó si ella quería, dio la orden, sin darla, fue sutil, pero sin dejar espacio para dudas— que tomarían un vino dulce, así lo dijo, en la biblioteca. Duarte, como si estuviese detrás de la puerta escuchando o como si tuviese alguna especie de conexión telepática con don Darío, apareció para acercarle el bastón, retirar la silla y preguntarle algo al oído. Él negó con la cabeza.

—Este quiere llevarme en silla de ruedas a todas partes. Tengo noventa y cinco años. Hace mucho que tenía que estar muerto. Al final se morirá este antes que yo...

—Silla de ruedas, si no quiere, pues nada, don Darío, pero no le dirá que no a una mujer que lo quiere llevar de ganchete, ¿verdad? —dijo ella acercándose a él y, en efecto, cogiéndole del brazo para servirle de apoyo.

El viejo sonrió, encantado.

Se sentaron en dos butacas separadas por una pequeña mesa de madera.

—¿Va a querer café, Anxela?

—Intento no tomar café, don Darío. Me pone nerviosa de más, y

créame, no estoy como para ponerme nerviosa.

Duarte llenó dos copas que enseguida identificó como vino de Porto. Algo parecido a trocitos cuadrados de bizcocho aguardaban en un plato grueso de loza pintada de azul.

—Siento mucho lo de su marido.

—Ya no es mi marido, como ya le he dicho.

—Sí, perdone, es la costumbre. Para un hombre de mi época, el divorcio, aunque se aprobó hace mucho, es una novedad. Antes la gente se casaba y era para toda la vida.

—Ya había divorcio en los tiempos de la República.

—En efecto. Me acuerdo. Soy muy mayor y viví todo eso. Mi cabeza —se señaló la frente con el dedo índice— funciona ilógicamente bien, como puede ver, así que me acuerdo muy bien de casi todo.

—Entonces podrá hacer memoria y decirme quiénes fueron Ramón Gándara y Ana, su musa.

Fue en ese momento en el que pudo escuchar por primera vez la voz de Duarte. Una voz nerviosa que indicaba urgencia en la frase. Incomodidad.

—Señor, ya es tarde. Es mejor que nos retiremos.

Cualquiera que tuviese un poco de mala fe habría concluido que la intervención de aquel hombre, hasta ese momento calladísimo, después de hacer ella tal pregunta, había sido algo premeditado, como queriendo sacar a don Darío de una situación embarazosa.

—No nos vamos todavía, Duarte. Esta señorita tiene un compromiso conmigo.

—Sí, tengo el libro aquí.

—Exacto. Vamos a ver ese libro con calma.

Lo sacó de la bolsa. Olía a viejo y a humedad. Se lo puso en las manos y a ella le pareció que le temblaban más de lo que recordaba.

—Don Darío, usted lleva toda la vida aquí y acaba de confesarme que no salió del pazo prácticamente nunca, y que pasó la guerra también aquí. Usted no está siendo honesto conmigo. Usted tenía que saber lo de esos ajusticiamientos. Lo de las fosas. Pero negó a la asociación que aquí había esas que encontramos y que usted sabe que todo el mundo afirmaba que estaban. Y ya ve, no solo hay fosas, sino que además apareció una mujer con este libro que usted tanto interés tiene en ver. ¿De verdad pretende que me crea que no sabe nada de nada?

Él se reclinó en la butaca y lo puso sobre las piernas. Miraba a Anxela.

—Ya le dije que no sé nada.

—Ya le dije que no le creo.

Durante unos segundos se quedaron callados mirándose a los ojos. Los de Anxela tenían un cierto punto de rabia. Los del viejo eran de vidrio y nervios.

Abrió el libro, por el primer poema. Se quedó callado. Estaba leyendo, y sí, Anxela confirmó que sí, que aquellas manos temblaban más de lo que ella había observado antes. Soltó un sollozo, como un llanto que quisiese reprimir después de pasar las primeras páginas. Después ya fue claramente un lloro. Dolido. Derrotado. Ella, asustada, se puso de pie dispuesta a acercarse a él.

—Me parece que ya es suficiente, señorita.

Duarte se puso en medio de los dos y le quitó el libro de las manos.

—Esto no le hace ningún bien a don Darío. Le ruego que se vaya ahora mismo. Yo mismo la llevaré al hostal.

En efecto, el viejo lloraba con las palmas de las manos en la cara. Duarte subió el tono de voz.

—Llévese este libro con usted, intente terminar rápido el trabajo y márchense de aquí de una vez, por favor.

Quiso decir algo. Despedirse del viejo. Él elevó la mano, y sin dejar de ocultar sus lágrimas con la otra, solo dijo algo así como: Váyase tranquila, querida, los viejos somos un desastre.

Quince minutos después, y llevada por un Duarte que de nuevo no abrió la boca, entraba en su cuarto.

Abatida, se sentó sobre la cama y sonó el WhatsApp. Era de su ex: un corazón grande rojo y una cara de payaso. Tiró el teléfono sobre los pies de la cama. Golpeó, de hecho, el libro de Ramón Gándara con el teléfono. Y Anxela rompió también a llorar.

# 40

Ramón Gándara quedó atado con aquellas anillas bajo el sol de agosto, con el pecho desnudo, después de pedirle a don Emilio que por nada del mundo revelase dónde escondía el libro. El teniente Darío Rocha ordenó al único soldado que seguía con él que, en ninguna circunstancia, dejase entrar a nadie en el pazo. El teniente se acercó a él y a unas cajas, dos, de madera, que descansaban al pie de la víctima. De una de ellas sacó un alicate grande.

—Con este se aprietan las tuercas de los tanques. Pero también puede servir para retorcerle los pezones a un imbécil.

Después de decir eso lo acercó, en efecto, a uno de los pezones de Ramón. Ana gritaba, abrazada al padre. Don Emilio la apretaba, muerto de espanto.

El teniente Darío Rocha apartó la tenaza.

—Tengo de todo aquí. Me acerqué al cuartel de Barreiro, en Vigo, y cogí todo lo necesario. —Miró a Ana y a su padre y les ordenó que subiesen con él a los salones de arriba.

—No pienso subir contigo ahí —dijo mirando a su padre—. No subiremos —apostilló en un plural que quería ser fortaleza.

Darío Rocha, teniente del Ejército sublevado español, calmado, sin

aparente alteración, se acercó a Ramón Gándara. Lo miró a los ojos y en ellos le pareció encontrar solo desprecio. Después, golpeó violentamente las costillas del poeta con el alicate grande.

Durante unos segundos, todo fueron gritos. Los del teniente con cada golpe —fueron tres, en el segundo se escuchó con claridad cómo se rompían las costillas—, y los de Ana y don Emilio, aterrorizados. Ella cayó al suelo. El doctor intentó levantarla.

—Tenemos dos opciones: obedecéis y salís todos vivos de aquí, incluido el mierdas este —Ramón se retorcía y respiraba fuerte buscando un aire que no aparecía—, o no obedecéis y lo voy matando poco a poco como el cerdo que es. —Los otros dos no eran capaces de apartar los ojos del poeta torturado—. ¿Qué hacemos, entonces? ¿Me decís dónde está el libro ese?

—Déjame hacerle una cura, Darío, debe de tener las costillas rotas.

—Las tiene, no lo dudes, pero ¿sabes qué? Hasta ahora no se ha muerto nadie por tener las costillas rotas. Déjalo estar y subid de una puta vez.

Abrazada a su padre, Ana subió. Detrás, con la pistola ya en el cinturón, el teniente Darío Rocha.

La felicidad le inundaba todos los poros de la piel.

# 41

Anxela pasó muy mala noche, como era habitual en ella a pesar de la pastilla —un calmante suave, en palabras del psiquiatra— que la ayudaba, con poco éxito, a dormir. Y algo había dormido, sí, pero ¿cómo conciliar el sueño después de la terrible experiencia vivida ayer, y el final con el mensaje perverso de su ex?

Durante la noche tuvo tiempo para todo: para sentirse culpable por haberle hecho llorar, pero también para concluir que ella no tenía la culpa de nada, el viejo no estaba diciendo lo que sabía, de hecho, aquella reacción confirmaba, en efecto, que sabía mucho más de lo que contaba, si no, ¿a qué venía una reacción tan afectada? Y, sobre todo, la noche le dio para algo más claro e importante: entender, definitivamente, que Darío Rocha mentía cuando afirmaba que no sabía quién era el tal Ramón Gándara. No era creíble que aquellos versos, sin más, le hiciesen llorar de aquel modo.

Fue una noche dolorosa, de poco sueño y muchas preguntas. Y de una decisión: hoy hablaré con él. Me disculparé por lo que pasó ayer, hablaré con él, y solo espero que el Duarte ese no ande por medio.

Los demás fueron llegando poco a poco. Andrés Román, uno de los más veteranos, informó de que hoy terminaría, que allí ya no había mucho más que hacer. Ella asintió e hizo tres o cuatro preguntas de rutina sobre restos clasificados y asuntos triviales. Después habló con Aboi, que le confirmó que había hecho lo que había podido, emparejando restos para poder empezar con las pruebas de ADN, con el fin de establecer perfiles genéticos que después se pudiesen comparar con las personas de la zona que así lo solicitasen. Era lo mínimo, y probablemente lo máximo, que podían hacer por los

muertos y por los vivos. Juntar familias si es que la ciencia o la casualidad así lo decidían.

Cada uno se fue a atender sus tareas y enseguida sintió en el ambiente esa extraña forma de felicidad que siempre se da en esta clase de situaciones cuando ya se llega al final del trabajo. Unos y otros se hacían bromas, se tiraban terrones de tierra. Había sido un buen trabajo y la aparición de aquel misterioso esqueleto casi completo y, sobre todo, del libro, era algo importante que daría para trabajar tanto en el laboratorio como fuera de él —alguien tendrá que tomarse en serio averiguar quién fue Ramón Gándara, despejada esa incógnita quizás se llegase a saber quién fue Ana—.

A eso de las once, y después de mirar mil veces la ventana de la habitación de don Darío, decidió que ya era el momento de ir a verlo.

Ya no guardó el material en su coche, sino que lo soltó sobre la camioneta de la asociación. Allí solo quedaba recoger y tapar las fosas. Como habían vaticinado los más veteranos, aún les sobraban unos días de los aprobados para hacer el trabajo.

Se sacudió la tierra de los pantalones. Y aspiró todo el aire que pudo.

*En mitad del día cae agua de una jarra sobre un hombre consumido por el sol; en mitad del día, un hombre reseco por el sol, con dos costillas rotas y que no puede respirar, bebe agua fresca. Abre los ojos para saber qué ángel vino del cielo a verle. O quizás es que ya está muerto y en el cielo los poetas siempre tienen agua fresca para beber y sanar. O quizás solo está soñando que alguien le quita la sed y le dice tranquilo, todo esto pasará, no te fuerces, ya encontraremos la manera de que esta locura termine.*

*Abre como puede los ojos, pero no puede ver nada porque, en efecto, el sol, el sol del mediodía, el sol en lo más alto, le ciega la mirada. Abre los ojos y tiene que volver a cerrarlos. Y obedece. Calla y bebe el agua que un ángel invisible le derrama en la boca.*

# 42

Llamó a la puerta de los aposentos de don Darío, donde estaba la biblioteca por la que había entrado el día anterior.

Volvió a llamar, ahora con más energía, pero nadie abrió.

Estaba claro que, o no estaba o, no era descabellado pensarlo, no le querían abrir la puerta, cosa lógica después de la cena de la víspera. Sintió el corazón alterado, y de algún modo en el fondo no quería que le abriesen. O sí quería.

O no.

Tenía miedo.

No llevaba bien los enfrentamientos, las discusiones. Quedó harta de gritos con Ramiro. Pero tampoco llevaba bien la culpa. Y se sentía culpable por haberle hecho llorar de aquella manera.

Todo un clásico en su vida. Miedo a los gritos. De Ramiro. Culpabilidad. Por lo que pasaba con él. Por sacar la bestia que llevaba dentro. Porque eso fue lo que él le hizo sentir durante años: tú tienes la culpa de todo lo que pasa. Tenías que ser dócil. Tenías que ser la mujer que yo quiero que seas.

Llamó, y lo hizo con una fuerza un tanto ilógica, casi con impaciencia, un par de veces más, pero nadie vino del otro lado a abrirle la puerta.

Ya iba a dar media vuelta cuando su mano derecha, como si fuese independiente de ella misma y, desde luego, del sentido común, se posó sobre el picaporte para apoyar y comprobar que la puerta se abría.

Y sin darle un segundo al corazón para arrepentirse, entró en la enorme biblioteca de don Darío.

Le llamó tímidamente, pronunciando su nombre, primero en voz baja y después con algo más de contundencia. Un par de veces. Después, probó llamando a Duarte. En ambos casos, nadie contestó. Se acercó a la puerta que daba paso a la sala donde habían tomado el vino dulce la noche anterior y donde todo aquel desatino del viejo llorando se había producido. Abrió la puerta para comprobar que todo estaba como unas horas antes, pero sin gente. De hecho, estaban los vasos de vino de Porto, las botellas y los trozos de bizcocho sin recoger.

Estaba claro que el viejo y Duarte habían salido. O quizás no y estaba retirado en su cuarto. Para saberlo tendría que abrir la otra puerta, la que estaba del otro lado de la biblioteca, y eso era algo que, claramente, no haría. La perspectiva de encontrarse al viejo, por ejemplo, encamado y dormido no le hacía ninguna gracia. Y mucho menos la perspectiva de encontrarse al viejo encamado y dormido y a Duarte entrando en ese momento para arrancarle la cabeza.

Durante unos segundos se debatió consigo misma y con la confusión

causada por saber, precisamente, que no sabía qué hacer.

Lo mejor sería irse.

Pero no lo hizo.

Esperaría a hablar con él y disculparse.

En la biblioteca había, como ya se había dado cuenta, dos sillas de brazos. Pero no se sentó. Pensó que resultaría menos invasiva —esa es la expresión adecuada; estaba, en realidad, en una casa que no era la suya— si estaba de pie cuando apareciesen. Daría más la sensación de «visita» que si la encontrasen sentada.

Se acercó a las estanterías. Fue pasando, con más calma que en la víspera, los ojos por aquellos volúmenes. Como ya había confirmado el día anterior, la biblioteca, numerosísima en libros antiguos, estaba perfectamente ordenada por materias. Historia militar, economía, filosofía, literatura... Estaba claro que la curiosidad de aquel hombre era infinita. Aunque no todos los libros los habría comprado él, porque había muchos que incluso eran más viejos que él, heredados de su padre.

Fue recorriendo con calma aquellas estanterías de derecha a izquierda, o sea, desde la entrada hacia la puerta del que sería su cuarto, observando con detalle todo lo que allí había. Hacia el final de la biblioteca uno de los muebles contenía, como los demás, cristales de protección de los volúmenes pero, a diferencia de los otros, que se abrían sin problema corriendo las hojas de cristal a derecha e izquierda, la última, la más próxima al cuarto de don

Darío, estaba protegida con una cerradura.

Y con la llave puesta.

Le dio la risa al darse cuenta de la poca protección que suponía aquella llave a la vista. Estaba claro que a aquellos libros, por lo que fuese, su dueño les daba más valor que a los demás, pues estaban en la única estantería que se podía cerrar con llave. Pero también era increíble que, si así los consideraba, dejase la llave puesta.

Se acercó y giró la llave. Se sorprendió al ver que no eran libros distintos. Al menos, no lo parecían.

El descubrimiento —aunque no era ningún descubrimiento, porque no había en ellos nada extraño— la dejó sorprendida y desconcertada. Sacó un libro, uno cualquiera, uno que tenía más a mano y a la altura de los ojos.

Y entonces abrió un mundo que no se esperaba. Porque el libro era lo de menos. Lo importante era lo que había detrás: un cuaderno exactamente igual al que Anxela tenía en el hostal y al que Ana, durante décadas, había guardado en sus manos. Apartó los libros de la estantería y encontró unos quince cuadernos idénticos al que había aparecido con el esqueleto de Ana. Cuadernos marrones, de tapas duras. Sacó un par de ellos, el corazón se le salía por la boca. ¿Qué era aquello? ¿Qué significaba? Eran, sí, desde luego que sí, unos cuadernos exactamente iguales. Los dejó sobre la mesa, ajena por completo al hecho objetivo del peligro que significaba que don Darío o Duarte apareciesen en aquel momento.

Eran, todos, cuadernos llenos de versos. Eran libros de poemas manuscritos sobre aquel papel idéntico al que ella había encontrado entre los huesos del esqueleto de Ana, con la misma caligrafía que adornaba, abalorio de otro tiempo, el cuaderno que ella guardaba. Así pues, aquella era la letra de Ramón Gándara, los versos de Ramón Gándara, poeta reaparecido, poeta con obra, poeta escondido en la casa de Darío Rocha, qué motivos tendrá el viejo para tenerlo allí detrás tan oculto, qué motivos tendrá el viejo para mentir como lo hizo.

El cuaderno que acababa de coger, a diferencia del otro, no tenía nada escrito por fuera que se pudiese entender como un título, pero eran, sin duda, poemas de amor. Leyó rápido la primera página que abría el primero de los cuadernos.

*Porque no se puede callar un amor tan grande*

*escribo estos versos sin melancolía para ti,*

*Ana,*

*mujer fuego,*

*constante luz.*

Escuchó cómo la gravilla de la entrada anunciaba la llegada de un coche. Muy probablemente don Darío y Duarte. Así que, sin perder un segundo, y sin pararse a pensar en lo enorme de lo que acababa de descubrir, devolvió los cuadernos a su sitio y cerró la vitrina que los protegía, intentando dejarlo todo como lo había encontrado. Pero el libro que había sacado primero lo metió en su bolso. Ahora, con el que descansaba en el hostal, ya tenía dos.

Salió y cerró la puerta de la biblioteca y bajó, todo lo calmada que

pudo, hacia las escaleras principales del pazo.

—¡Don Darío!, ¡Duarte!, ya no esperaba verlos. Me iba a ir porque no los veía en casa. Quería despedirme de ustedes. Como saben, nuestro trabajo aquí casi terminó.

Desde la silla de ruedas, don Darío miró hacia arriba. Una mujer sonriente, con cara de buena persona, les hablaba de despedidas.

Quizás por eso su frase fue:

—Pues menos mal que llegamos a tiempo. Duarte insistió en llevarme al centro de salud. Dice que últimamente no como nada. Debe de tener miedo a que me muera de hambre.

Solo ella y don Darío rieron por un comentario que quería ser claramente irónico.

—¿Me permite invitarla a una última copa de vino dulce, querida?

—En realidad, vine a disculparme.

—Querida, no se preocupe. Eso ya está olvidado.

# 43

Ella entra en el gabinete que un día fue de su padre, donde Darío dice que entre. Se lo ordena sin necesidad de hablar. Para qué. Gesticula con la pistola y ella ya sabe. Lo sabe. Después extiende la mano y para a don Emilio, que iba detrás, no quería hacer otra cosa. Ir detrás. Ir con su hija. Va agarrado al pensamiento algo infantil de que, si él va con ella, cerca de ella, a su lado, él no se atreverá. Pero allí está aquella mano que la saca de dudas, que lo para en seco y lo deja, así, al borde del abismo.

—No te muevas de la puerta, doctor. A lo mejor hasta te gusta lo que vas a oír. Y como intentes escapar, el soldado que está ahí fuera disparará sin preguntar adónde vas ni darte el alto ni hostias en vinagre. Esas son mis órdenes. —Después, empezando a sonreír, pero con los labios temblando, termina—: tu hija y yo vamos a solucionar un asunto que tenemos pendiente desde hace muchos años.

Ana lo escucha sin dejar de mirar a los ojos a su agresor. Lo hace así. Seria. Muy consciente del terrible momento que está viviendo, pero también consciente de que no le va a salir gratis a aquel animal tanta brutalidad. Me vas a tener que mirar a la cara. Vas a tener que quedarte con mi mirada para siempre. Quiero que sientas mi desprecio, mi asco, mi repugnancia por ti.

A Ana, en realidad, no le preocupa lo que va a pasar. Su pensamiento no está allí. Aunque quizás debería, porque sabe lo que le espera. Sabe, con absoluta consciencia indiscutible, que él abusará de ella. Lo sabe y, desde luego, no va a pelear para evitarlo. Porque es inevitable.

El pensamiento de Ana, en realidad, está con Ramón, a su lado, pegada a él, arrimada a él piel con piel, la siente, aunque no esté cerca. Ella está cobijada, hecha un ovillo estrecho con su cuerpo, aunque no esté allí, aunque aquella camilla infernal que Darío construyó solo para gozar más y mejor de su maldad esté abajo, en el patio, aquel altar que solo un cobarde podría construir, pasó allí toda la noche, por eso se escuchaban aquellos ruidos, aquellas tablas cayéndose, aquellos martillazos que rompían el silencio inquietante de la noche larga y podrida, solo podía hacer aquello un miserable, un monstruo. En tiempos no lo era, o pensaban que no lo era. En tiempos fue un hermano. Para ella. También para Ramón. ¿En qué momento creció dentro de aquel corazón ese gusano maloliente que lo convirtió en quien ahora es? ¿Cómo es posible que ese niño que él fue, que se crio con ella, niña, con Moncho, niño, con quien rio, él, que fue niño, él, que con ellos y con su padre descubrió las palabras, comió y durmió, en qué momento dejó de ser aquel para ser esto? Ana quiere que sepa eso, que él lo sepa, ya se lo dijo su padre y ya se lo hará saber ella, Ramón está en el cielo y tú en el infierno, él es luz y tú negro abismo, Ramón está salvado y redimido, tú arrastrarás una condena eterna de la que nadie podrá salvarte aunque llegues a los cien años, no hay Dios de misericordia para ti, con Ramón está la vida, así que contigo está la muerte. Él permanecerá. Tú ya eres pasado.

Ana, a pesar de la distancia, aunque no está en el mismo espacio físico que él, está con Ramón y se preocupa por él, pues cuando subía las escaleras escuchaba sus quejidos de perro dañado, su lamento de animal herido que no encuentra aire, debe de tener unas costillas rotas, como dijo su padre; el pensamiento de Ana no está con Darío Rocha, aunque lo mira seria, muy seria, clava sus ojos en los del militar, que se siente débil delante de ella como lleva toda la vida sintiéndose delante de ella y de aquella mirada de zorra, de bruja, de meiga, esa mirada perversa que quiere partirlo como un cuchillo muy oxidado, tú eres fuerza bruta, yo tengo esta mirada digna que pudrirá todas tus noches haciéndolas pesadilla, nunca más descansarás, nunca más tendrás hambre, enfermarás de pura

desesperación. Ana quiere que eso se quede, como maldición, en aquel que va a destrozar a aquellos tres, ansioso, calmado, disfrutando del placer de la muerte que puede dar o quitar, como un Dios que odia.

El pensamiento de Ana es para Ramón, porque está con él, estén donde estén los cuerpos de uno y de una están juntos, Ana está allí acostada a su lado, lamiendo sus heridas, bebiendo cada gota de su sangre, toda la que ya brotó, y toda la que está por salir, pobre, qué muerte más mala va a darnos este demonio. Está con él y no piensa en Darío, que se quita las botas de los pies con dejadez, y así se alivia mirando el suelo y no aquella mirada de noche fea que tiene aquella mujer que lo mira desde dentro, mira sus pies y lanza una bota a cada lado del gabinete, una de ellas, de hecho, sale volando e impacta contra las estanterías de lo que un día fue una enorme biblioteca llena de sabiduría y en la que todavía quedan muchos libros, todos los que aquellos bárbaros no han conseguido quemar; el pensamiento va para Ramón, mi poeta, quedará siempre conmigo, viva o muerta, el recuerdo del fuego de tus palabras cada noche que nos amamos, yo salvaré el libro, entre mi padre y yo, verás que sí, y si no recitaré de memoria, mientras tenga un poco de vida, los versos que recuerdo, la evidencia, en belleza, de tu gran amor por mí, por la vida, por la existencia, por el cosmos, por el Todo, me decías eso antes de la guerra, entre el amor una y otra vez, que éramos parte de un todo y que el Todo quería que fuésemos felices, ahora, mi rey, vivimos y morimos en la nada, el Todo quiere Nada para nosotros; ella no piensa en Darío, aunque es consciente de que él se baja los tirantes después de quitarse la chaqueta que tira también al suelo, la arroja mirándola a ella, de nuevo es capaz de mirarla, fijamente y fiero, como un gato con hambre delante del único ratón de la casa, la mira muy serio, muy agitado, jadea, de hecho, como un amante, sí, justo así, pero no es el caso, porque es el demonio quien se desnuda delante de ella y Satanás no desea, es imposible que desee, Satanás está para ser el mal, y el deseo, dice Ramón, el deseo es un bien absoluto; el pensamiento va para Ramón, ojalá pueda ir junto a él cuando esto termine, y no para Darío, que le dice desnúdate, puta, desnúdate, hija de puta; el pensamiento va para Ramón, vida, poeta querido,

alma de mi alma, corazón, con los ojos cerrados se repite todas esas palabras dentro de la cabeza y lo dice muy fuerte para no escuchar los insultos, para no sentir cómo la coge por el cuello y la obliga a ponerse de rodillas, para ponerse después él, desnudo por completo, también de rodillas, besándole el cuello; el pensamiento va para Ramón y no para Darío, que se separa de ella, que friega su sexo, que cuelga miserable y ajeno a todo, ese tampoco está allí, lo friega hasta hacerse daño y la llama puta, reitera, y no consigue que se le enderece y ella escucha cómo la maldice, y suelta su cosa muerta de hombre y con la misma mano le da una bofetada brutal que la tira al suelo. Él se levanta. Se va con la ropa en la mano. Sale y le grita a don Emilio que entre, que ayude a esa guarra a vestirse, que él va al pueblo a por la Guardia Civil, que rece lo que quiera y que se despidan, que lo va a fusilar hoy mismo, y no pretendas escapar, hay ahí un hombre armado, ya lo sabes, hablaré con él, voy a por la Guardia Civil, a ti, médico matasanos, te voy a fusilar con todas las de la ley, al otro lo voy a destrozar con las manos antes de que se haga de noche y a esta.

Y no termina la frase. Y no sabemos qué pasará con esta.

Don Emilio entra mientras lo ve bajar, mientras se viste y busca al soldado para anunciarle tan fúnebre noticia. Entra y abraza a una hija desnuda que, extrañamente, sonríe. Y que le dice no tengas miedo, padre, no fue hombre suficiente para abusar de mí. No me hizo nada. Pero tengo miedo de que se lo haga a Ramón. Y a ti, padre, ¿has oído a ese loco? Va a buscar a la Guardia Civil, a los que pasean. A don Emilio, que la abraza y la mete dentro del pecho, le gustaría decirle tranquilízate, pequeña, saldremos vivos de esta, o no te preocupes, verás que en nada soltará a Ramón y a mí no me hará nada. Quiere decirle esas mentiras. Esas mentiras, como cuando era niña y le contaba historias inauditas de magos que eran capaces de convertir los ríos en caramelo, de árboles que hablaban y de aquel campesino que, cuando cortaba la hierba con la hoz, nacían junto a los tojos amapolas, y junto a las zarzas fresas azules. Contarle un cuento igual de fantasioso para que ella se lo crea. Pero no lo hace. Sabe que Ramón no llegará a mañana, se lo acaba de

decir. Como sabe que él tampoco lo hará, se lo acaba de anunciar. Si alguien tiene una mínima posibilidad de seguir viva, porque tiene poder sobre aquel animal, es ella.

Quizás por eso la abraza y le dice:

—Te voy a decir dónde está escondido el libro.

# 44

—¿Todo bien entonces, don Darío?

—Sí, el médico no me hizo nada ni me habló de nada que yo no sepa y que se resume en que tengo muchos años. Eso sí, no entiende cómo me conservo tan bien.

Ella va directa. Excitada y directa.

—Ayer, cuando Duarte me dejó aquí esperándole, estuve curioseando por las estanterías y pude ver que esos en concreto los tiene bajo llave. Pero ha de tener más cuidado, que dejó la llave puesta —dijo con la voz más inocente, casi infantil, que pudo.

Duarte soltó la silla de ruedas y se acercó a la vitrina, dejando a don Darío a medio camino entre la puerta y el sillón donde, con toda seguridad, iba a sentarlo. Cerró aquella vitrina con llave y la guardó en uno de los bolsillos del pantalón. La urgencia con la que hizo todo aquello, soltar la silla, ir a la vitrina, cerrar y guardar la llave y, sobre todo, el gesto de dureza en la mirada que sintió al verle, le hizo comprender que el hallazgo que había realizado antes, encontrando tantos cuadernos con poemas de Ramón Gándara, todos aquellos textos de amor tan parecidos a los que ella había hallado con el esqueleto, era un descubrimiento crucial.

Duarte volvió junto a don Darío y lo ayudó a levantarse para sentarse en la misma silla de ayer.

—¿Qué quiere tomar, señora? —preguntó el mayordomo.

—Señorita —respondió don Darío—, por suerte, señorita.

Anxela agradeció con su mejor sonrisa aquella precisión.

—Un descafeinado con leche desnatada y muy caliente, ¿puede ser?

—¿Desnatada? —dijo sonriendo sin disimulo—, cuidando la figura para lucir en la playa, ¿no? ¡Pues no le hace falta!

—Es usted un conquistador, don Darío. Apuesto lo que sea a que de joven ligó usted hasta hartarse.

El hombre se acomodó en la silla. A ella le pareció que sonreía levemente, pero tampoco podría asegurarlo.

—La verdad es que no. Nunca tuve novia. Dediqué mi vida al Ejército y no tuve ocasión de andar detrás de mujeres. Me pilló la guerra y, en fin, usted ya sabe.

Lo cierto es que no sabía, pero tampoco le escuchaba. No sabía que fuese militar. Pero el dato le traía un poco sin cuidado. Lo que quería era ver cómo podía obligarlo a denunciarse en las mentiras que hasta ahora había mantenido al respecto de Ramón Gándara y

de Ana. En su poder tenía ya dos cuadernos y él, en aquella vitrina, un montón de ellos.

—¿Dónde hizo la guerra, don Darío? Quiero decir, además de aquí en el pazo, como me ha contado. Usted fue militar en aquellos días, imagino que en el bando nacional.

—Imagina bien. Aquí todos éramos del bando nacional. En Galicia casi no hubo guerra.

Anxela disparó. A conciencia.

—En efecto, aquí lo que hubo fue una represión brutal. Mire a la pobre Ana y a todos los que dormían ahí abajo, en su jardín. —Se reclinó hacia atrás, por lo tanto, en una pose relajada, consciente de su ventaja—. No entiendo cómo nos decía que no había nada ahí. ¿De verdad que no sospechaba usted nada? ¿Nunca dio crédito a lo que contaba la gente?

El viejo alentó. Lo hizo sin disimular que no le apetecía hablar del tema.

—Mucho tarda este Duarte en traer los cafés.

Ella entendió y no insistió. El mayordomo apareció por la puerta con una bandeja y, como ayer, unos trozos de aquel delicioso bizcocho.

—Quería darles las gracias a los dos por lo bien que nos han tratado durante nuestra estancia aquí. En especial a mí. Valoro mucho lo de ayer, cuando apareció el cabrón de mi exmarido y me acogieron hasta que se fue. Muchas gracias.

Duarte echó un terrón de azúcar en la taza del anciano.

—¡Echa otro, carallo! —protestó. Después siguió hablándole a ella —. Me obliga a tomarlo descafeinado y además con poco azúcar. ¿No le parece intolerable?

Ella, revolviendo su taza, sonrió divertida, sobre todo al ver que, en efecto, no le echaba un segundo terrón.

—En serio, don Darío, le quedo muy agradecida por toda su ayuda. Me voy casi contenta.

Pronunció el casi con intención, con claridad, con un minúsculo decibelio delicado más alto que el resto de la frase.

—¿Cómo que casi?

Duarte volvió a entrar en el salón para anunciarle a don Darío que se iba al pueblo, que tenía que comprar cosas para la comida, que si podía quedarse una hora —o así, aclaró— solo. Ella no perdió la oportunidad.

—Váyase tranquilo, Duarte. Yo espero a que usted vuelva. No se preocupe.

El viejo le hizo una señal con el revés de la mano, dejándole claro que podía irse.

—¿Un trozo de bizcocho, don Darío?

El viejo, con actitud enérgica que, sí, parecía militar, la mandó callar.

—¿Qué quiere decir con casi?

—¿Perdón? No le entiendo.

—Usted dijo hace nada que se iba casi contenta. ¿Qué le ha molestado? ¿Los modales de este patán? No se lo tenga en cuenta. Lleva toda la vida aquí conmigo y no tiene mundo.

—Oh, no, en absoluto. De hecho, creo que si me quedo aquí un par de días más, conseguiría sacarle una frase completa.

Al viejo le dio la risa y ella aprovechó para reírse con él.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que no le ha gustado?

Anxela se metió un trozo de bizcocho en la boca. Su gesto dejaba claro que le gustaba mucho lo que estaba comiendo. Don Darío la miraba complacido.

—Es fácil, don Darío.

—Pues usted dirá. Si aún estoy a tiempo de complacerla, lo haré sin dudarlo.

Anxela dejó la taza después de tragar el último sorbo de café.

Y entonces soltó la bomba.

—No me voy contenta porque usted me ha mentido.

Antes de que él respondiese, ella puso encima de la mesa el nuevo cuaderno de Ramón Gándara. El rostro de don Darío palideció de repente. Sobre todo, al ver cómo ella, mientras echaba un poco más de leche en la taza, decía:

—Va a tener que explicarme por qué me ha mentido, don Darío. Y de una vez por todas, contarme quiénes fueron Ana y Ramón Gándara.

*Hay un ángel, siempre hay un ángel, que trae agua para que él beba, que echa vinagre sobre aquellos moratones gigantes alrededor del pecho, en todo el pecho. El ángel le dice: no va a soldar tus costillas, pero algo aliviará.*

*El poeta herido, casi muerto y sabedor de sus últimas horas de vida, mira a aquel que lo ayuda sin pedir nada a cambio, y quisiera no tener los brazos atados para así poder abrazarlo fraternal y decirle: somos hermanos, aunque esta manera triste de existir nos pusiese a los dos en lugares tan distintos.*

*Pero no puede. Está atado.*

*Y el ángel se va sin el abrazo.*

# 45

Ana y don Emilio se quedaron en el gabinete mucho tiempo. Por la ventana podían ver a Ramón atado, abajo. Lo vieron alentar durante todas aquellas horas interminables. Lo vieron dormir y agonizar. Lo vieron arder con el sol, aunque temblaba como si estuviese en hielo. Lo vieron sufrir en pesadillas, vomitar sangre y bilis y toser hasta quedar sin aire.

Y llegó la noche y con ella llegó Darío y con él cuatro guardias civiles con el fusil al hombro y con todos ellos la muerte.

Darío iba delante, no por ser el oficial de más graduación, sino porque tenía prisa.

El soldado se cuadró ante él y él le mandó descansar. Vieron cómo le hablaba y cómo él, corriendo, salía hacia el pazo. Al poco tiempo escucharon sus pasos subiendo las escaleras.

Tenían claro que era el final.

—Salgan. Tengo que llevarlos abajo, con el teniente.

La voz era una voz de soldado y, por lo tanto, no significaba nada.

Bajaron delante del soldado, que no les apuntaba con el fusil. Bajaron de la mano y el doctor Emilio Varela cerró los ojos para concentrarse en el tacto suave de aquella mano de su hija que, por gracia y por el poder casi divino de la memoria, dejó de ser mano para ser manita. Era, dentro de los sesos melancólicos del doctor, la misma de cuando Ana tenía nueve años y siempre iba de su mano al entrar y al salir del pazo y cuando iban al pueblo o a la escuela o a la iglesia. Él hacía eso, cerrar los ojos y sentir, sentir a la niña, sentir a Ana.

—Somos piel y pensamientos, ¿lo sabías, Ana?

Se lo dijo cuando tenía muy poco tiempo de vida, quizás cuatro años. Y ella había entendido. Sin entender, sabía.

Quizás porque era ese el recuerdo, se presentaron ante el teniente Darío Rocha, ella, tranquila, y él, sonriendo.

Habló a los guardias civiles.

—Estos son los reos. Son culpables de rebelión militar. Aquí, en este pazo, encontramos un arsenal de armas que el doctor confesó que eran para emplear contra el Ejército de España. Mañana, antes de que salga el sol, serán ejecutados. ¡Tú! —le dice al soldado—, llévalos arriba. Que por lo menos la última noche sea una noche buena. —Escucharon reír a uno de los guardias—. Ustedes pueden pasar la noche allí. —Señaló la cabaña que había ocupado el teniente Covelo, su amigo y compañero—. Hay camas de sobra y allí están las cocinas. Cenen bien y duerman bien, que mañana hay faena.

Ramón dormía. O estaba muerto.

—¿Qué va a pasar con él? ¿Qué le harás?

El teniente se giró para verlo. Se acercó y le golpeó la cara con suavidad.

—Despierta, Monchiño.

Le hablaba calmado, como una madre que despierta amorosa a un niño muy pequeño. Él abrió los ojos. Intentó levantarse, pero el dolor le hizo bajar el cuerpo. Al ver a Ana, la llamó.

El teniente golpeó de nuevo, con el puño, sobre el pecho de Ramón.

Y de nuevo, uno de los guardias civiles se rio feliz.

—Eres un monstruo, Darío. Estás podrido por dentro.

La frase, al mismo tiempo un sollozo, era de Ramón.

—Y tú serás cadáver antes de que se haga de día.

Lo golpeó de nuevo en el pecho. Sobre aquellas costillas rotas.

El soldado subió al doctor y a Ana al gabinete. Los guardias fueron adonde se les mandó.

Y en aquel patio quedaron solas las estrellas, una luna preocupada y dos hombres con destinos muy distintos.

# 46

Lo último que se esperaba Anxela era esa clase de reacción. De dónde saca un hombre tan viejo tanta energía, tanta fuerza, tanta mala hostia. Salga de mi casa. Usted no tiene derecho a herirme así. Déjeme en paz. Salga. No la quiero ni un minuto más aquí. Pena que Duarte se haya ido, que la sacábamos a golpes con mucho gusto.

Ella intentó decir algo, pero no le dejó. Tronaba. Los viejos no hablan así. Los viejos suspiran, hablan en un hilo de voz paradójicamente inaudible, murmuran y, sobre todo, no se les entiende. A don Darío Rocha, exmilitar del Ejército español, se le entiende todo. Márchese inmediatamente.

Déjeme tranquilo para lo que me queda.

Se fue, claro. Temblando. Y una vez más llegó sin saber cómo hasta su habitación. Y subió.

Y una vez allí apareció, primero, el pánico.

Luego, la ira.

Todo estaba tirado por el suelo. Y el libro que había dejado sobre la mesa, los poemas a Ana de Ramón Gándara, ya no estaba.

Pensó, claro, en Duarte. Este no vino al pueblo a nada. Entró aquí a por el libro. Cómo pude ser tan tonta. Ahora no tengo nada que demostrar.

Pero su móvil la sacó de dudas.

Un wasap de Ramiro. El libro lo tengo yo. ¿No es lo que más quieres? ¿Quieres recuperarlo? Pues ya sabes: llámame y quedamos.

# 47

—Padre, dígame dónde está el libro.

# 48

Anxela mira el móvil y lee y vuelve a leer el mensaje una y mil veces. Si quieres recuperar el libro, llámame y quedamos. Así de claro. Él sabe cómo hacer daño. Menos mal que no tuvieron hijos.

# 49

Ana ya tiene el libro pegado al pecho. Allí lo metió en cuanto su padre se lo dio. No derramó aún ni una sola lágrima por Ramón. Aún no.

Ahora es tiempo para los pechos.

—Tienes las tetas más hermosas de la creación —le había dicho Ramón, superlativo y exagerado.

El libro está ahí ahora.

—Descansa, mi amor.

El libro: cuando don Emilio Varela recibió la noticia, por el propio Ramón Gándara, de que los militares habían entrado en el pueblo, que habían sacado la bandera republicana del ayuntamiento y que venían hacia el pazo, metió el libro de poemas, casi en el mismo momento en que Ana y Ramón entraban en el escondite que él había mandado construir hacía meses y al que se accedía desde la cocina, dentro de la chimenea del gabinete, bajo la madera. Era el mes de julio y, por lo tanto, nadie encendería el fuego. Allí estaba seguro. Quizás quemasen todos los libros de aquel pazo. Pero ese no lo quemarían estando escondido donde estaba. Había miles de libros allí. Todos ellos muy valiosos. Todo libro es, de hecho, repetía siempre don Emilio, valioso. Pero este lo era más.

Don Emilio escondió el libro cuando todo empezó.

—Quizás todo pase rápido y podáis aguantar ahí abajo. Hay agua para varias semanas y latas de conserva, todas las que pude conseguir.

—Venga con nosotros, don Emilio.

—Yo no puedo, hijo mío. Solo yo puedo contener a esa bestia.

El médico estaba seguro de que cuando los militares tomasen el control del pazo —aunque nada había sospechado de que lo usarían como centro de detención—, Darío Rocha aparecería para vengarse de todos ellos. Sabía que estaba enfermo por Ana y dolido por el odio que sentía por él y por todo lo que aquel pazo representaba. Lo sabía, pero confiaba en que el poder de la razón imperase y pensaba, no sin soberbia, que algo haría también su autoridad sobre aquel muchacho al que siempre había tratado como a un hijo, a quien había pagado el viaje a Zaragoza, a quien había girado no pocas cantidades de dinero para su manutención mientras su sueldo de militar no fuese suficiente. Confiaba en que él tendría ya no clemencia —que esa solo la piden los culpables o los esclavos—, sino lealtad a quien fue, de alguna manera, familia. Porque todos ellos fueron familia. O eso creía.

Ana guarda el libro y se va a escapar con él. Va a huir con aquellas palabras para que perduren y sean testigo de algo que una vez fue grande. Porque Amor, dijo un día Ramón, es la luz que mueve el universo. Y eso tiene que quedar vivo cuando pase esta época de tambores y verdugos.

En algún momento el padre caerá dormido. Aunque no quiera. Caerá. Ella se hace, de hecho, la dormida. Abrazada a él. Para que se tranquilice. Para que le venza el sueño.

Cuando eso suceda, ella se escapará.

# 50

Anxela cae vencida por el sueño. Lleva sucediéndole desde el origen de los tiempos, incluso en aquellos días en los que le pegaba, incluso en esas noches de sangre, fue capaz de dormir al lado de Ramiro. Y descansar. La terapeuta le explicó que es un mecanismo de defensa. La realidad es tan dura que preferimos desconectar del mundo para así no seguir sufriendo.

Se quedó dormida después de varias horas dando vueltas, preguntándose qué iba a contestar a aquel mensaje diabólico. Si quieres recuperar el libro, llámame y quedamos. Para hablar, dice siempre. Ahora no le va a pasar nada, siempre le recuerda. Pero sabe que no. Sabe que es posible, hay miles de casos para demostrarlo, que acabe con ella para siempre. No puede verse con él. Pero tampoco puede permitir que se quede con el libro.

Cae dormida pensando, qué bien que no tuvimos hijos, porque sería con ellos con quienes me presionaría, con quienes me haría daño, con quienes me ataría a él. Cayó dormida hasta que sintió que le ponían, con toda la fuerza que siempre tiene la sorpresa, una mano en la boca. Abrió los ojos, a punto del desmayo, para ver una cara de hombre con un dedo índice sobre los labios, dejándole claro que no se le ocurriese gritar.

# 51

Ella salió por la puerta tan pronto como comprendió que era posible escapar. El soldado no vigilaba o, si lo hacía, no con mucho interés. Así que no se lo pensó dos veces, y casi como Dios la trajo al mundo, en camisón de dormir, salió por la puerta corriendo todo cuanto se lo permitían los pies. Se tira monte abajo. Deja el pazo y sale por la puerta con el libro bajo el camisón, pegado a los pechos. Pechos que él acariciaba. Pechos en los que pensaba cuando puso en palabras todos aquellos sentimientos que son causa de tanto dolor.

Siente a los perros que empiezan a ir tras ella porque el Demonio dio la voz de alarma y los ha soltado. El Demonio no dormía. Ese nunca duerme. El Demonio la vio salir corriendo. Bajar las escaleras, cruzar el patio donde yacía el señor de las palabras y correr hacia fuera por detrás del cruceiro. Por eso los perros ya corren tras ella. Y vienen furiosos. Pero ella conoce el monte mejor que los perros. Los perros de uniforme, brazo en alto, bigotito bajo la nariz, consignas patrióticas, arriba España, viva la muerte, juran mientras la persiguen sin saber dónde está, que la llevarán a rastras por los pelos, como hicieron con otras antes de violarlas, de reventarlas, de dejarlas sin alma. Perros que ladran desesperados porque no la encuentran, porque es de noche y no ven nada. Y el Demonio grita y se desespera porque la vio irse con el libro. Y él quiere el libro. Quiere darse el gusto de primero matarla y después quemar el libro. O quizás primero quemar el libro y después matarla. O quizás quemarlos juntos, ya que tanto adora aquellas palabras, que se consuman a la vez. Él sabe que, si quema el libro, si quema aquellos versos, besos, te quiero libre como luna libre, baila el sol sobre tus pechos, Ana, tus pechos, si acaba con aquellos poemas, si los ve arder, el Demonio acabará de verdad con todo cuanto odia.

El monte es un agujero cómplice en el que esconderse, por el que correr, en el que ir dejando, es inevitable, partes de la piel arrancadas por cada rama, por cada tojo, por cada raíz que asoma para herirla y hacerle más difícil la huida. Escucha los ladridos de los perros de uniforme, fascismo que recorre Europa, hambre en España, tristeza y dolor, la puta ha huido por aquí, mi teniente, aquí hay un trozo de tela, esa ramera debe de ir desnuda, nos lo vamos a pasar bien si la cogemos. Y ella corre y saca la fuerza de esas páginas cosidas que hablan de amor, de luz, de belleza, del magma de la vida. La poesía que salió de lo más profundo del alma de aquel hombre que lo fue más que todos esos animales de cartón que asaltan casas para llenar los hoyos de ojos vacíos de vida y llenos de muerte.

Ve una casa, probablemente de campesinos, con un banco de piedra junto a la puerta, seguro que de vecinos que la conocen. Llama a la puerta con todo el cuerpo, furiosa, con las costillas, con la cabeza y con el corazón, que se le sale del pecho. Los perros van por el camino principal. Se imaginan que como ella es mujer no se atrevió a ir monte a través. Pero a ella la empuja Amor. Y aunque aparenta ser delicada como una princesa, es fuerte porque Amor es fuerte en ella. Y llega antes que los perros a aquella puerta. Y cae sobre ella. Violenta. Como si en lugar de piernas tuviese ruedas. Como si su cuerpo fuese una manada de búfalos esquivando leones. Llama y en tono rotundo retumba como castañuela oxidada en la oscuridad y entre presagios. Los que viven dentro se persignan. Nunca nada bueno trae la noche. Nunca nada bueno traen estas madrugadas desde julio pasado. Y alguien dice: no abras, no abras por el amor de Dios.

La muchacha de sangre y moratones cae porque se apoyaba en esa puerta que no se abre, escuchando a su corazón latiendo sobre el libro y los poemas, rezando, ella, que no cree en Dios, para que los perros se equivoquen de sendero y no lleguen hasta allí. Cae al suelo y alguien desde dentro invoca al Altísimo.

Pero nadie abre.

Nadie, claro, abrió la puerta, como es fácil imaginar, y ella, de algún modo, esperaba. Así que apretó el libro aún más fuerte contra los pechos y luego de alentar como para coger unos ánimos que sabe que no tiene, pero consciente de que peleará hasta el último segundo, se pone en pie para empezar de nuevo a correr. ¿Hacia dónde? En realidad, tanto da, todo esto es monte y los ladridos de los perros se escuchan cada vez más cerca, y las voces de los guardias que mandó el Demonio, que irá detrás, así se lo imagina, él es el único que no corre, él es quien va tranquilo, él es quien va despacio, apuntando con la linterna hacia el suelo, para no tropezar, él, tranquilo, sabiendo que es cuestión de tiempo encontrarla.

La mujer se pone en pie, sabe que en el interior hay gente, que podrían abrir, dejarla entrar, quizás los perros y el Demonio no lleguen hasta allí y todos salven la vida y, sobre todo, se salve el libro.

Cuando se pone en pie se da cuenta de que está prácticamente desnuda, que aquel trozo de harapos que quizás fue un camisón ya casi no cubre su cuerpo. Aprieta el libro más fuerte. Tú serás palabra, cobijo y protección.

Y corre y se cae y se lastima los tobillos y la cara, y corre y se golpea en la cara con la rama de un árbol, y corre y se pincha la piel, se rasca el alma, castiga su ánimo, se derrota.

Y corriendo sin saber cómo corre, llega hasta la Pena do Abalo, en el lugar alto que hay pasando la ermita de Nosa Señora da Guía, patrona de los marineros y de estas tierras sin mar, patrona ciega si

juzgamos su protección en función de los últimos acontecimientos. Ella está allí y los perros suben y los guardias civiles suben, ya gritando victoriosos, porque ya la divisan alumbrada por la luz de la luna, aquella hembra hermosa con las tetas al aire, como una loba, piensa uno, como una meiga, piensa otro, voy a follarla hasta que el teniente la mate, piensan varios.

Salta de la roca y desaparece momentáneamente de los ojos de quienes la persiguen. Pero es un falso escondite. Es un engaño.

Levanta la cabeza y encuentra los ojos del primero de los perros que la mira con un odio inexplicable, pero fácil de medir en toneladas de desprecio. Ella está ya vencida. Solo le queda correr y correr monte abajo sabedora de que en cualquier momento sonará el disparo, que en cualquier momento percutirá contra los huesos de su espalda una bala que lleva escrito su nombre. Corre y corre monte abajo, sonriendo.

Corre hasta que ya no puede más.

Ahí están los perros, delante de ella, hombres uniformados que sonríen en la noche. Ahí están, detrás, otros perros igual de deseosos de morderla y comérsela entera.

Y detrás, desenfundando su pistola del uniforme, él, que avanza apuntándole al medio de la frente.

# 52

Duarte habla con voz suave mientras aprieta la boca de Anxela.

—No se le ocurra gritar. No quería asustarla. Pero tiene que darme el libro ahora mismo.

No sabemos si Duarte siente los latidos del corazón alocado de Anxela en la palma de su mano.

—Don Darío me lo ha contado todo. Que usted descubrió su secreto. En fin, nuestro secreto.

Él aparta la mano.

Anxela se incorpora un poco sobre la cama. Él se aparta y se va hacia la mesa camilla.

—Lo único que quiero es el libro y nos olvidamos de todo esto. No me lo ponga difícil.

—No lo tengo.

—¿Cómo que no lo tiene? Anxela, insisto, no me lo ponga difícil. No se imagina de lo que puedo ser capaz para recuperarlo.

Anxela está invadida, en este punto de la conversación, por la diáfana claridad de las dos verdades que se le hacen absolutamente claras: que sí imagina lo que está dispuesto a hacer para recuperar el libro y que Darío Rocha fue la persona responsable del asesinato de Ana y Ramón Gándara, su poeta y enamorado.

—Duarte, el libro se lo ha llevado mi exmarido.

# 53

Avanza hacia ella. Dos guardias civiles, uno de cada lado, la agarran. Uno de ellos le soba un pecho. Ella lo mira fijamente. No se inmuta.

—Atadle las manos por detrás.

Aparecen cuerdas y aparecen nudos.

—Ahora, marchaos.

Solo uno de los guardias se atreve a hablar.

—Disculpe, mi teniente, pero ¿ha dicho que nos marchemos?

—Sí, ha dicho que os marchéis.

Respondió ella.

Es una loba, concluye quien tal cosa pensó antes viéndola así allí, casi desnuda, en lo alto de aquel peñasco. Es una bruja, concluye el otro y por los mismos motivos.

Se quedan solos. Darío Rocha y Ana.

Y un pequeño rayo de sol que amenaza con despertarse al mismo tiempo que él se baja los pantalones y los calzones.

# 54

Se han ido todos, claro, como estaba previsto. Las fosas continúan abiertas. Las dos fosas.

No queda ninguna prueba de que allí estuvieron trabajando durante semanas para arrojar luz donde nunca debió haber olvido. Estarán así un par de días todavía, hasta que vuelvan algunos voluntarios de la asociación a llenarlas de nuevo con la tierra extraída.

Ella está donde ha acordado con él que estaría. En el aparcamiento del pazo. Está unos minutos antes de la hora acordada. El sol hace mucho tiempo que señorea el cielo y hoy, además, lo hace con rabia.

Ve avanzar, a la hora exacta, el coche de Ramiro.

Viene, como siempre, sonriendo.

Fue de aquella sonrisa de la que se enamoró. Ramiro es guapo. Pero lo mejor de su cara es, o era, su sonrisa, sobre todo cuando significaba, o ella pensó que significaba, amor, deseo, eres lo único para mí. Ramiro la quiso al principio, o ella pensó que la quería. Incluso con la fuerza romántica y llena de pasión de los versos que un día Ramón Gándara, poeta asesinado y arrojado a una fosa común en Vila Flavia, le escribió a Ana. Así se sentía también querida por él. Al menos al principio.

Aparca junto al coche de Anxela. Apaga el motor y se gira para coger algo atrás. Le muestra, con una sonrisa amplia, el deseado libro, agitándolo festivo en el aire como diciéndole: ¿Ves? Yo cumplo. Ella suspira aliviada. Sí, parece que va a cumplir su promesa.

Y desde luego que sí.

Claro que sí.

Por supuesto que va a cumplir su promesa.

# 55

Los ángeles hablan.

O, por lo menos, aquel ángel hablaba.

—Ni se le ocurra, mi teniente. Baje ahora mismo esa pistola o tendré que matarle.

El teniente Darío Rocha aún tarda en entender que quien le está apuntando con su fusil reglamentario es un soldado. El mismo que dejó de guardia en el pazo, el que lleva ya tantos días con él.

—¿Qué estás haciendo, imbécil?

—Insisto, mi teniente. Baje el arma o tendré que matarlo. Y no querría hacerlo. Ya ha habido mucha muerte por aquí estos días.

Darío Rocha sonríe y se rasca la entrepierna con la mano que no está agarrando la pistola pegada al entrecejo de la mujer. Le pica, pero es agradable, después de lo que acaba de hacerle. Por fin. A la segunda.

—Imagino que sabes lo que les espera a los traidores como tú. Amenazar a un oficial se castiga con la muerte.

El soldado no contesta.

El teniente se ríe. No está nervioso. De hecho, quizás sea el momento en el que mejor se ha sentido durante toda su vida.

Aprieta el gatillo y Ana cae, muerta.

Acto seguido cae él, abatido en el pecho, en las piernas, en un brazo.

Cae.

Casi encima de ella.

Casi, pero no.

# 56

—Pensabas que no te iba a traer el libro, ¿a que sí? —dice desde el interior del coche.

Ella pretende mantener la calma. Solo quiere eso. Que se lo dé. Y que se vaya rápido. Había quedado con él en el pazo para que no entrara de nuevo, como había hecho la víspera, en su cuarto. Al aire libre todo parece más fácil. Y más seguro. Pasaría el trance de hablar con él, aunque ya sabía lo que iba a decirle. Podemos tener una segunda oportunidad. Todavía estamos legalmente casados. Si no has querido firmar los papeles del divorcio es porque en el fondo piensas que podemos arreglarlo.

Sabía cómo iba a ser.

Tanto lo sabía, tanto, que no se sorprende cuando lo ve avanzar hacia ella después de cerrar el coche con el libro de Ramón Gándara en una mano y un cuchillo enorme en la otra.

*Como tantas veces, el mismo ritual: ir al gabinete, abrir las gavetas de la que un día fue la mesa del médico, extraer un cuaderno marrón de hojas blancas. Escribir. Dejar en palabras el testimonio de la vida.*

*Ya es muy mayor.*

*Después de este, espera Muerte.*

**ÚLTIMO LIBRO**

**ENTREGAR A ANXELA, DE LA ASOCIACIÓN DE LA MEMORIA HISTÓRICA DE FLAVIA**

Querida:

Cuando termine este cuaderno no escribiré más. Espero que mis palabras le sean de utilidad para saber qué fue lo que pasó, todo lo que nunca pude contar y que probablemente usted tampoco deba contar, al menos mientras yo esté vivo. Que se sepan ciertas cosas que voy a relatarle en este cuaderno, el último que escribiré, solo pueden traerme problemas. Y ya soy demasiado mayor y con pocas energías como para afrontar ciertas cuestiones problemáticas. Espero que mi confesión también le alivie y la ayude a llevar mejor la dureza de la vida y, sobre todo, de la memoria.

No es fácil vivir con un secreto. Sé bien de lo que hablo, como en nada comprenderá. No es fácil estar sufriendo día y noche por cicatrices que supuran y que siempre duelen. Por eso reaccioné como lo hice el otro día. Discúlpeme. Es mucho el dolor y son muchos los años.

Como sabe, ayer cerramos la fosa grande. Imagino que cuando dentro de unos días aparezcan sus compañeros de la asociación para recoger los aparatos que aún quedan por ahí se extrañarán de que ya esté tapada. Invéntese algo. Dígales cualquier mentira. Que como se quedó más días por aquí, en el hostal, que ya la cerró usted. No creo que nadie pregunte, pero si lo hacen, Duarte y yo corroboraremos su versión.

Antes dije que hemos cerrado la fosa grande. No fue del todo así. En realidad, lo hizo Duarte. Fue él quien hizo que el ciclo de la historia se cerrase de nuevo, que el eterno retorno de lo que retorna eternamente —la vida, la belleza, la tragedia de la existencia humana, el amor— se completase de nuevo.

Duarte cerró la fosa y dentro, como sabe, está el cuerpo de quien un día fue su marido y le dio tan mala vida. Sé que por él no ha llorado. No debe hacerlo. Era una mala persona. Era un animal. De hecho, ni persona era. Conocí a mucha gente así durante la guerra y, sobre todo, después. Está muerto y bien muerto, como sabe, a manos de mi querido Duarte. Fue él quien pudo, y casi no llega a tiempo, desarmar a aquel animal con aquel cuchillo cuando usted ya no podía más, allí en la Pena do Abalo, justo antes de que usted perdiese el conocimiento después de caerse del peñasco. Duarte pudo acabar con él con el mismo cuchillo con el que pretendía matarla a usted. Duarte, el hijo de aquel militar que acabó con Darío Rocha después de asesinar a mi Ana. Aquel hombre bueno que nos dio de comer a Ana y a mí durante nuestra estancia en aquel agujero bajo las cocinas durante tantas semanas.

Como su padre hace tantos años, él hizo justicia por todos nosotros. Su padre fue quien mató a Darío Rocha. Y él, heredero de un destino que, pienso, es menos trágico —hacer justicia nunca lo es—, acabó con su marido. Ese descansa ahora —y espero de corazón que no pueda— en una fosa común, la misma que ocuparon otros antes que él. Ahí no lo buscarán. ¿Quién revolverá una fosa por segunda vez?

Duarte, más tarde, llevó muy lejos el coche de su exmarido a un desguace de confianza donde nadie lo buscará nunca.

En este último cuaderno dejo ya de fingir para siempre. Después de setenta años adoptando la identidad de Darío Rocha, aquel que murió aquella noche de justicia en la Pena do Abalo, dejo escrito, para quien quiera saberlo, que yo soy Ramón Gándara, único superviviente de una odisea miserable que comenzó un agosto de 1936 y que muy pronto, con mi muerte, llegará a su fin. De no ser por tus pesquisas —dejo ya el usted para siempre, tenemos confianza—, estas mis palabras nunca serían escritas y yo habría muerto como quien para la historia fui: Darío Rocha, militar retirado después de la guerra, dueño de este pazo del que viví de rentas toda la vida y del que no he salido desde que todo aquello ocurrió. Toda una vida aquí, encerrado. Sin casi contacto con el exterior ni con los vecinos. Solo de vez en cuando y solo en estos últimos años para ir al médico. Por eso fue fácil hacerme pasar por Darío. No me veían. Nadie podía sospechar.

Sobreviví a la muerte segura gracias al soldado Manuel Espasandín, padre de mi Duarte, marido de Mercedes Queiruga, con quien vivió este muchacho que ha trabajado aquí, a mi lado, toda la vida. Manuel murió hace ya más de veinticinco años. Dos años antes había muerto Mercedes. Los dos descansan en el cementerio del pueblo.

Oficialmente, y a ojos de todos, pues así lo dictaminaban los papeles, Manuel Espasandín, ya retirado de la vida militar después de la guerra, sirvió como criado en este pazo a las órdenes de Darío Rocha. Al servicio, en teoría, de aquel teniente del Ejército sublevado en 1936 y que asesinó con sus propias manos a todos esos hombres que aparecieron en la primera de las fosas y, después, a mi amada Ana Varela, hija del doctor Emilio Varela, que tú descubriste.

Ya que lo citamos, debo decirte que el doctor, después de no pocas dificultades, consiguió pasar a Portugal, precisamente con la ayuda de Espasandín, que se encargó primero de ayudarlo a curar mis

heridas, y después, y ya desde Buenos Aires, adonde pudo llegar casi dos años más tarde, de arreglar los papeles necesarios para que Darío Rocha —en teoría, yo— se quedase con la propiedad del pazo de Vila Flavia, donde he vivido todos estos años cuidando de la memoria de Ana. En aquella época estas cosas pasaban con toda la naturalidad del mundo, y fueron muchas las propiedades expropiadas a sus legítimos dueños que fueron a parar a las sucias manos de los fascistas vencedores de la guerra.

El doctor sobrevivió a su hija solo un par de años más. Se murió de tristeza. Aunque nunca nadie lo vio llorar.

Manuel Espasandín, mi amigo más grande y de quien nunca hemos podido contar nada, fue quien me ayudó a enterrar a Ana. Y suya fue, por cierto, la idea de ponerle mi libro entre las manos.

Sobre los libros, los otros, escribí muchos, como ya sabes. Mi deseo es que nunca vean la luz. Por eso Duarte los quemó todos ayer por la noche. Todos, excepto el que tú posees y que tu marido trajo en el coche. Haz con él lo que quieras, pero, por favor, nunca lo publiques. Ese libro iba a publicarlo Ánxel Casal, aquel editor que ya sabrás que fue fusilado por los fascistas el mismo día que Lorca, y que fue también alcalde de Santiago. No salió entonces. Que no salga. Queda en la memoria de Ana. Donde yo quiero que esté.

Sobre mí, quiero que me recuerdes como un hombre que quiso y dedicó su vida a guardar la memoria de quien amó. Y también como alguien que, como le dije a Ana tantas veces, sabe que la vida es, a pesar de todo, muy hermosa.

Quiero que me recuerdes así. Y quiero, también, que Duarte lleve mis cenizas al lugar donde tú dispongas que deban descansar los

restos de Ana. Donde tú digas, para mí estará bien, pues lo que quiero es estar con ella.

Ahora, después de que leas este último cuaderno, te pido que te vayas. No sé cuánto voy a durar, pero lo normal es que sea poco. Me conformaría con tener tiempo para terminar estas letras. Tengo todo ya preparado para que, en el momento de mi muerte, pase todo a manos de Duarte, el hijo de Manuel, mi amigo más grande. Cuando eso suceda —deseo que sea pronto, ya nada me retiene aquí —, él te avisará. Mientras tanto, quedo aquí, en este pazo donde fui feliz durante unos años y, después, depositario de los recuerdos de un hombre, el doctor, y de una mujer, Ana, irrepetibles. El primero soñó un futuro, una nueva era, una utopía que las armas se encargaron de asesinar. La segunda fue regalo y fue vida. Aunque se la robasen tan temprano. Aunque no nos hayan permitido disfrutarla.

La veo cada noche. La siento conmigo en mi cama. Noto su olor, la cadencia de su voz y el calor de sus pechos.

En ellos habitaba la vida.

No me creerías si te dijese que aún los saboreo en este paladar que no olvida. Que no puede olvidar. Que no quiere.

Adiós, Anxela. El Demonio ya no está. La vida todavía es posible.

Sé todo lo feliz que puedas.

Ana y yo, puedes creerme, fuimos muy felices. Muchísimo.

Tanta felicidad, de verdad que sí, justifica una vida y tantos años de silencio.

«Al final exigiremos cuenta estrecha de las conductas dudosas o traidoras».

General Francisco Franco

«Fue en España donde mi generación aprendió que uno puede tener razón y ser derrotado, que la fuerza puede destruir el alma, y que a veces el coraje no obtiene recompensa».

Albert Camus

# Sobre el autor

Francisco Castro (Vigo, 1966) es editor y escritor. En la actualidad es el director general de la Editorial Galaxia. Fue presidente de la Asociación Gallega del Libro Infantil y Juvenil (Gálix). Es también comentarista en la prensa gallega y catalana, y en la radio y televisión públicas de Galicia. Autor de larga trayectoria, en su obra destacan libros como El niño perro, Memorial de infortunio, Generación perdida, Un bosque lleno de hayas, Spam, Me llamaba Simbad, Tienes hasta las 10 o Iridium. Posee la práctica totalidad de los premios literarios de Galicia y algunas de sus obras han entrado en la prestigiosa Lista IBBY que reconoce los mejores libros del mundo en el ámbito literario infantil y juvenil. Muchos de sus libros están traducidos a lenguas como el catalán, euskera, portugués de Brasil, italiano o serbio.

En Twitter: @chamademesimbad

Página web: www.franciscocastro.gal

Primera edición en papel, 1000 ejemplares: febrero 2020

Primera edición digital: abril 2020

Título original: Tantos anos de silencio

© Francisco Castro

© de la traducción del gallego, Raquel Ferrón Martínez, 2020

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2020

Diseño de la cubierta: Tono Cristòfol

Fotografía de la cubierta: © Constantino Suárez (Muséu del Pueblu d'Asturies)

Fotografía del autor: © Judit Cendón

Correctoras: Nuria Ochoa, Gisela Baños

Producción editorial: Víctor Sabaté

Composición ePub: Víctor Sabaté (Iglú de libros)

Publicado por Rayo Verde Editorial, S.L.

Gran Via de les Corts Catalanes 514, 1º 7ª

08015 Barcelona · rayoverde@rayoverde.es

www.rayoverdeeditorial.com

RayoVerdeEditorial

@Rayo_Verde

ISBN ePub: 978-84-17925-19-2

THEMA: FBA, FXS, FYT, FHP, FV

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

# Tabla de contenidos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

Último libro

Sobre el autor